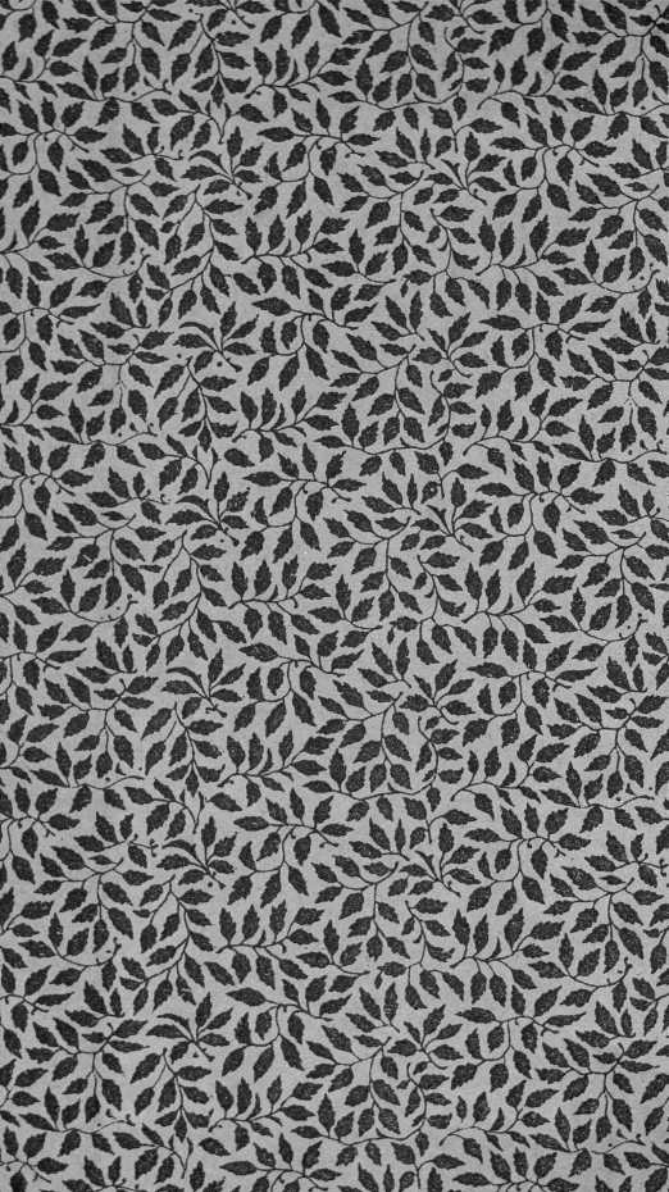


DGCL
A

t. 62127
e. 1214572

AGRIDULCES.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

(DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.)

	Ptas.	Cs.
Ripios Aristocráticos. (Quinta edición), un tomo en 8.º	3	»
Ripios Académicos. (Segunda edición), un tomo en 8.º	3	»
Ripios Vulgares. (Segunda edición), un tomo en 8.º	3	»
Fe de erratas del Diccionario de la Academia. (Tercera edición), tres tomos en 8.º	9	»
Capullos de Novela. Un tomo en 8.º	3	»
Pedro Blot. (Versión de Paul Zeval), un tomo	2	»
Historia del corazón, idilio (segunda edición)	»	50
Agridulces Políticos y Literarios. Un tomo en 8.º	3	»

(Los pedidos á LA ESPAÑA EDITORIAL. Mendizábal, 34.)

EN PRENSA.

Agua turbia. Novela.

EN PREPARACIÓN.

Vida del Beato Juan de Prado.
Los cazadores de dotes. Novela.
Ratoncito Nosemás. Novela.

AGRIDULCES,

POLÍTICOS Y LITERARIOS,

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA.

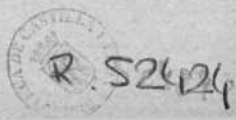
(MIGUEL DE ESCALADA.)

(Primera toma.)

MADRID
LA ESPAÑA EDITORIAL
OFICINAS: MENDIZÁBAL, 34.
Correo apartado, núm. 144.

Es propiedad del Editor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID: 1892.—Imp. de J. Cruzado, Divino Pastor, 9.



NO MÁS SIETEMESINOS.

Parecería una vulgaridad comenzar este artículo diciendo que de los Estados-Unidos es de donde vienen todos los inventos maravillosos.

Mas aunque no pareciera una vulgaridad, sería una impertinencia.

Porque precisamente el invento maravilloso que me ha puesto la pluma en la mano, como suele decirse, no viene de los Estados-Unidos, sino de la vecina Francia.

Por eso no quiero comenzar el artículo de esa manera, sino de esta otra...

Será verdad que los Estados-Unidos marchan á la cabeza...

Y el caso es que tampoco es verdad.

Porque no marcha, ni se ha movido de su sitio, la América del Norte.

A ver de otro modo:

No se puede negar que...

Tampoco voy bien; porque negar, se puede negar todo; hay quien lo niega todo, hasta la decadencia de Cánovas.

En fin, el caso es que un médico francés, el doctor Trapacier de la Boule ha hecho un descubrimiento originalísimo, que está llamado á producir una revolución, sin necesidad de sargentos.

He leído la noticia en un periódico, y desde entonces no acierto á pensar en otra cosa.

Figúrense Vds. que el susodicho doctor Trapacier, médico de un asilo de niños allá en París, ha inventado una maquinilla para incubar los niños sietemesinos y hacerles llegar sin novedad á la plenitud de la vida.

El aparato es por el estilo del que se usa para sacar pollos artificiales.

El pollo, digo, el sietemesino se coloca debajo de una caja de madera cubierta con un cristal corredizo; el fondo de la caja se mulle con lana para que el niño no se lastime.

El resultado del primer experimento fué que colocado un niño en la incubadora, privado de toda luz y provisto de su correspondiente biberón, manteniendo allí la temperatura constante de veintiséis grados y medio, al segundo día cesó de llorar y comenzó á dormir tranquilamente durándole el sueño sesenta días, sin más interrupción que la necesaria para alimentarse chupando.

A los sesenta días el niño diz que esta-

ba grueso y fortachón como si tuviera lo menos año y medio.

La experiencia, si hemos de creer al periódico que da la noticia (en lo cual haríamos muy mal), se ha repetido con 360 niños, de los cuales sólo ha muerto uno por efecto de una enfermedad especial, que es por lo que se muere cualquiera.

Los trescientos cincuenta y nueve sietemesinos restantes, después de haber estado en la incubadora dos meses, pesaban por término medio una arroba, y en cuanto salieron del aparato echaron á andar, tardando muy poco en aprender á hablar.

Desde luego saltan á la vista las grandes aplicaciones, no sólo biológicas, sino literarias, políticas y sociales que puede tener el invento.

El último dato solamente, el de que en saliendo de la incubadora en seguida se aprende á hablar, bastaría para hacer apreciabilísimo el artefacto.

Podría aplicarse en primer lugar á los académicos de la lengua, metiéndolos en la incubadora por tandas, para no dejar completamente abandonado el... *erradero* de la calle de Valverde...

¡Ah!.. Y por cierto que la incubadora podría muy bien instalarse en el lujoso palacio que para la Academia están construyendo los conservadores, á costa de los contribuyentes, junto á la iglesia de San Jerónimo.

Supongamos que en la primera tanda metíamos en la incubadora á Mariano Catalina y á D. Antonio Cánovas del Castillo...

Si á los dos meses salían ya sabiendo hablar, como asegura el doctor Trapacier, metíamos en seguida á los dos hijos de D. Pedro José Pidal, que también fué académico, y que, como en su tiempo no hubo incubadora, se murió diciendo *escribidu*.

Supongamos que también los dos académicos de esta segunda tanda aprendían hablar á los dos meses.

Pues... tercera tanda: el conde de Casa-Valencia y D. Aureliano.

Cuarta tanda: Santiago Liniers y el conde de Cheste, el cual aprendería á no decir en castellano *nequicia*, ni *greje*, así como el primero aprendería á no decir en latín *quosque tandem*...

Quinta tanda: Comelerán y D. Benito, á ver si éste salía ya diciendo: «Yo quisiera confesárselo todo», en lugar de «*yo quisiera confesarle todo*», como ahora dice.

Tanda sexta: D. Víctor Balaguer y D. Pedro Madrazo, que acaso aprenderían allí leyes y todo.

Sétima tanda: el duque de Rivas y su Augusto tío...

Y así sucesivamente.

Y como, según el doctor Trapacier, para aprender á hablar no se necesita estar en la

incubadora más que dos meses; y como por otra parte, los académicos que no saben hablar no son más que unos treinta de los treinta y seis que hay de número, metiendo á incubar dos académicos cada dos meses, en dos años y medio dejábamos la Academia como nueva.

Pues si pasamos de la literatura á la política, ¿quién es capaz de prever ni de calcular los resultados de este descubrimiento prodigioso?

Supongamos que Sagasta ó Cánovas trataban de hacer unas elecciones para renovar los chirimbolos del sistema parlamentario.

Y supongamos otra cosa, que no es muy probable que digamos, pero basta con que sea posible... supongamos que se encontraban sin candidatos de que hacer diputados y senadores...

Pues nada: una vez comprobado el procedimiento para sacar hombres artificiales como se sacan pollos, la resolución de este problema era ya la cosa más fácil del mundo.

Como que se reducía á hacer una leva de sietemesinos, para lo cual ni siquiera se necesitaba salir de Madrid, meterlos á todos en la incubadora nacional, que podría establecerse como he dicho en el nuevo palacio de la Academia, ó aunque fuera en lo que ahora se llama Palacio de las Cortes, y á los dos meses teníamos seis ó setecientos diputados y se-

nadores útiles y dispuestos para cualquier cosa... mala.

La operación no dejaría de salir carilla, porque ya habrán ustedes reparado que los sietemesinos incubables, aun dentro de la incubadora, donde están á oscuras, necesitan estar provistos de biberón, y es seguro que chuparán muchísimo.

Pero cara y todo, á trueque de vernos completamente libres de sietemesinos, sería aceptable.

Por cierto que este último detalle del biberón, merece ser muy tenido en cuenta.

Un sietemesino puede perfectamente pasar un par de meses á oscuras, tan perfectamente, como que la mayor parte de ellos pasa toda la vida de ese modo. Pero ninguno puede pasar sin biberón ni un par de días. Siempre han de estar chupando.

Los hay que, no pudiendo chupar de otra manera, se procuran credenciales de barrenderos de la villa.

Y, por supuesto, no barren, pero cobran.

Desde los cuerpos colegisladores podíamos irnos á los ministerios, donde, si la incubación de empleados no se hacía por tandas como la de los académicos, había que adoptar este otro sistema.

Así como ahora se cierran las oficinas dos días á principio de invierno para esterar y otros dos en la primavera para desesterar,

entonces se cerrarían, para incubar, dos meses.

Y así como ahora suele publicarse en los periódicos este aviso: «Mañana y pasado mañana no habrá oficinas en el ministerio de Gracia y Justicia por causa del estero», entonces aparecería este otro: «En los próximos venideros meses de Marzo y Abril, estarán cerradas las oficinas del ministerio de la Gobernación, por tener que pasar los empleados á la incubadora.»

Tal cual círculo político ó de simple recreo cerraría sus puertas durante el espacio de dos meses, á no ser que se presentara ocasión de alquilar interinamente el local para una exposición de acuarelas.

En este último caso los periódicos darían así la noticia al poco más ó menos:

«En los espaciosos y elegantes salones del... (aquí el nombre y apellido del club ó casino de referencia) se acaba de instalar una escogida y abundante exposición de cuadros, que sólo estará abierta dos meses, ó sea todo el tiempo que los apreciables socios de aquel centro han de pasar en la incubadora.»

Apenas quedaría un sietemesino con empleo que no pidiera dos meses de licencia para la incubadora, como ahora se piden para baños.

Como en todos los ramos del saber, ó, si se quiere, del no saber, hay sietemesinos, á todos

alcanzarían las consecuencias de la invención maravillosa del doctor Trapacier de la Boule.

Las redacciones de algunos periódicos políticos se quedarían en cuadro, y no sería raro leer noticias como la siguiente:

«Nuestro querido amigo y antiguo compañero en la prensa, el señor Fernández y Pérez, se ha vuelto á encargar de la dirección de *La Etapa*, por haber pasado á la incubadora el joven director de nuestro colega.»

Otro día se leería en varios papeles una cosa así por este estilo:

«El excelente periódico semanal de literatura y de salones titulado *La Goma*, ha suspendido su publicación por dos meses á causa de haber ingresado en la incubadora todos sus apreciables redactores.»

También se leería esta otra noticia:

«Mañana publicará *La Gaceta* el Real decreto convocando á elecciones en el distrito de Bamba que se declara vacante por haber sido promovido á la incubadora el joven é ilustre diputado que le representaba.»

Y cuando éste saliera hecho un hombre, y á él y á todos los demás incubados se les viera por ahí gordos y robustos, pesando todos más de una arroba y hablando sin ceceos y de corrido, excusado es decir cómo se pronunciaría el movimiento.

Hasta se me figura que una mañana, la primera mañana que acertara yo á pasar por

la calle de Alcalá á eso de las once, me encontraría con el brigadier Estancado, un brigadier muy viejo que conocí en una casa de huéspedes, cuando era yo estudiante.

—¿Qué es eso, brigadier,—le diría viéndole bajar hacia el ministerio de la Guerra—cómo ha madrugado usted tanto?

—Voy á la oficina.

—¡Hombre! ¿Está usted colocado? Cuánto me alegro.....

—Estoy de secretario de la Dirección.

—¿Pues qué ha sido del brigadier Parvulete que desempeñaba ese cargo? ¿Le han ascendido ya otra vez?

—No señor: le han trasladado... á la incubadora.

—¿De secretario?

—No, de sietemesino.

¡LA CORRESPONDENCIA!

(1880) [1]

Hubo en la primera mitad de la presente centuria un español ilustre que escribió un libro, con el laudable fin de que los progresistas dejaran de serlo.

El libro es notable; pero casi no es menester decir que el autor no salió con su intento. Porque desde luego se comprende que infundir á los progresistas sentido común, acierto para juzgar y discernir las cosas, *criterio*, en una palabra, es empresa demasiado superior á las humanas facultades.

Ello es, sin embargo, que proponiéndose el autor de este libro notable y grandemente original combatir la costumbre, hoy más generalizada que entonces, de hacer una persona todos sus estudios leyendo periódicos, y tratando de demostrar que la instrucción que se adquiere leyendo periódicos es siempre incompleta, asentó á la cabeza de dos capítulos estas dos proposiciones, á todas luces inexactas: 1.ª *Los periódicos no lo dicen todo acerca*

(1) Se suplica al lector que repare en la fecha, en todos los artículos que la lleven.

de las personas. 2.ª Los periódicos no lo dicen todo acerca de las cosas.

La inexactitud de estas dos proposiciones salta á la vista. Pero la verdad es, y sea dicha en descargo del filósofo catalán, la verdad es que la inexactitud de esas dos proposiciones ha venido mucho después de que las escribiera el ilustre autor de *El Criterio*. Balmes no conoció, ni pudo conocer, á *La Correspondencia*, que es principalmente quien ha venido á dejarle por mentiroso.

Porque *La Correspondencia* lo dice todo, absolutamente todo, acerca de las personas y acerca de las cosas, acerca de los cielos y acerca de la tierra, acerca de lo humano y acerca de lo divino, acerca de los vivos y acerca de los muertos; todo, absolutamente todo.

Lo que hay es que todo lo dice mal.

Echamos mano á un número de ese periódico, no importa cuál, como dicen los franceses para decir cualquiera, y lo primero que nos encontramos en la primera columna de la primera plana, en el principio del periódico, en el sitio en donde ponían la cruz nuestros padres cuando escribían, es este anuncio en letras gordas:

«FOLIES ARDERIUS

(TEATRO DE LA ALHAMBRA.)

De dos á cuatro de la tarde se admiten coristas y bailarinas *agraciadas*. Las que no se hallen en este último caso que no se presenten.»

Ya ven ustedes si lo dice todo *La Correspondencia* sobre este particular. Hasta dice que no se presenten las coristas y bailarinas que no se hallen en ese último caso, que es verdaderamente el último caso en que pueden hallarse. ¿Qué más puede decirse de las coristas y bailarinas?

Y es de advertir que el día que *La Correspondencia* no traiga este anuncio, traerá en el mismo sitio el anuncio de una Agencia que se encarga de conducir *señoritas* á París, por supuesto, agraciadas, es decir, que se hallen en el último caso; y el día que tampoco traiga este anuncio, traerá el de que se compran en algún circo niños de siete á nueve años, para descoyuntarles los huesos y vender luego al público sus habilidades en la gimnasia.

Pasamos adelante, y después de otros tres ó cuatro anuncios al símil, que por ir en berlina, como si dijéramos, pagan mucho más que los otros, hallamos unas letras gordas también, que dicen EDICION DE LA NOCHE, si *La Correspondencia* es de la mañana, y EDICION DE LA MAÑANA, si *La Correspondencia* es de la noche; y por debajo, entre un inmenso fárrago de noticias inútiles, encaminadas á contentar la vanidad personal del que las inspira ó las escribe, y en todo caso las paga; entre un montón de sueltecillos en que se alaba la elocuencia de algún orador sagrado, como si *La Correspondencia* enten-

diera de esas cosas, ó en que da cuenta del restablecimiento de la salud de algún personaje á quien nadie, absolutamente nadie conoce; después de crear alguna provincia como la de Tudela y de poner á Busdongo, que está en los confines de León y Asturias, en la provincia de Logroño; después de hacer cambiar de provincia á todos los pueblos de que tiene que hablar por incidencia, podemos hallar algún telegrama del tenor siguiente:

«*Es* objeto de grandes comentarios *los* preparativos belicosos que Rusia está haciendo en la frontera de Bulgaria.»

Y este otro:

«En vista de las tentativas evasivas...» etcétera.

Más adelante nos dará noticia de unos ladrones que, después de haber robado y asesinado á una infeliz, «cerraron todas las ventanas y la puerta de entrada, llevándose la llave, y luego... se marcharon.» Es decir, que se marcharon mucho después de haberse llevado la llave.

Mas todas estas cosas son pequeñeces. Porque después de decir *La Correspondencia* que hubo un incendio no sé dónde, y que ha llegado á Cádiz el capitán general de Andalucía, y que tal cual diputado de la fusión no es partidario del retraimiento, aunque lo es del poder, y después de hablar de los catarros gastro-intestinales y de la próxima llegada

del conde de Toreno; después de decir, dándose mucho pisto: «Escriben de Toledo...» y ensartar en seguida una larga explicación de un documento del Eminentísimo señor Cardenal Arzobispo, para decir al día siguiente que de Toledo escribían lo que les daba la gana y sin el menor conocimiento del señor Cardenal, que dice que «lo escrito escrito está, y que las palabras de su mandato son claras, explícitas y terminantes, y que sólo la torpeza (de *La Correspondencia*) y la malignidad han podido tergiversarlas»; y después de otras mil y mil contradicciones é insustancialidades, encontraremos este otro telegrama del *servicio particular* de *La Correspondencia:*

«BURGOS 15 (1-10 tarde).—El tren correo ha tenido que detenerse en el kilómetro 374, á consecuencia de la rotura de uno de los tubos de la máquina.

Entre los viajeros *venía* el gobernador de la provincia.

Después de media hora, una máquina de socorro ha conducido el tren á Burgos *de regreso.*

De donde se deduce que el tren descarrilado se dirigía á Burgos, puesto que en él *venía* á Burgos el gobernador de la provincia; y se deduce al mismo tiempo que el tren descarrilado había salido ya de Burgos y se alejaba de Burgos, puesto que una máquina de socorro «ha conducido el tren á Burgos de regreso.» Es decir, que de éste y de todos los tele-

gramas del servicio particular de *La Correspondencia*, cada cual puede deducir lo que más le guste, con tal que no sea la verdad de los hechos. ¿Se puede decir algo más de un tren descarrilado?

Más adelante habrá otro suelto que comience:

«Ha oido referir *El Globo*, *cuya* noticia transcribimos en la edición de la mañana, que un conocido hombre..... etc.»

Donde cualquiera puede aprender que *El Globo* no da más que una noticia, ó que *El Globo* es una noticia, ó que *La Correspondencia* ha transcrito en la edición de la mañana la noticia de la existencia de *El Globo*, ó cualquier cosa. Bien es verdad que saltando otra columna donde *La Correspondencia* da noticias tan extraordinarias y tan importantes como la de que con el Sr. Cánovas ha venido á Madrid Ramon, encontraremos que *La Correspondencia* tiene en las aguas de Ontaneda un corresponsal de los más rumbosos: nada menos que una red telegráfica dice que se va á establecer entre aquel punto y Torrelavega; una red, como si no bastara un hilo; aunque los corresponsales de *La Correspondencia*, por punto general, no distinguen los hilos de las redes. Tampoco se puede decir más de globos, de redes y de hilos.

Ahora verán ustedes si se puede decir más

de lo que dice *La Correspondencia* en materia de diplomacia:

«El gobierno de Méjico rechaza todo acomodamiento con el Vaticano para entrar en relaciones diplomáticas.

Persistiendo Su Santidad en su sabia política de conciliación, enviará, no obstante, á los obispos mejicanos instrucciones precisas de concordia entre la Iglesia y el Estado.»

Instrucciones precisas de concordia entre la Iglesia y un Estado que rechaza con la Iglesia todo acomodamiento. ¡Si estará enterada *La Correspondencia!*

Pero lo más interesante del número que tenemos entre las manos, es el siguiente, curioso y verídico relato:

«La reina de Siam y uno de sus hijos, el predilecto del rey, Khanlalou Korn, han perecido de una manera trágica. Hallábanse la reina y su hijo embarcados en el río Monou, una noche en que iban á cumplimentar al rey á su palacio de verano de Bang-Pa-In, cuando el yatch real fué pasado por ojo por un vapor. La reina, su hijo y casi todos los tripulantes se ahogaron.

»Al recibir el rey la noticia de uno de sus secretarios, que iba con la reina y había logrado escapar de la catástrofe, se desmayó en presencia de la corte.»

Aquí lo más grave del caso es haberse desmayado en presencia de la corte. Pero apostaríamos cualquier cosa de gusto á que sobre este particular ha ocurrido algún *quid pro quo*

lamentable en la redacción de *La Correspondencia*. Mucho nos equivocaríamos si la precedente noticia no fuera la minuta del argumento de un drama para los Bufos, que traerá entre manos alguno de los redactores, quien la daría á la imprenta por equivocación entre las noticias. De todos modos, tampoco se puede decir más del rey de Siam. Ni de la reina.

Pues ahora, figúrense ustedes que *La Correspondencia* quiere enterar á sus lectores de lo que pasa en San Sebastián, y nada más natural sino que envíe allí un corresponsal al efecto. Así como también es muy natural que el corresponsal entere de lo que pasa en San Sebastián á los lectores de *La Correspondencia*. Pues todo menos que eso. El corresponsal telegrafía largo y tendido, y dice:

«SAN SEBASTIÁN 15 (8 y 50 n.)—Hoy se ha verificado la última corrida de la temporada, lidiándose, etc....»

Y basta, porque con decir á ustedes que la corrida del 15 era la segunda de cuatro, ya se sabe la fe que merece todo lo demás del telegrama, y cuán enterados quedarán los lectores.

Después ya no hace *La Correspondencia* en este número más que copiar sin comentarios una larga relación en que la *Gaceta de Cataluña*, especie de *Globo* que se publica en Barcelona, se burla indecorosamente de los exor-

cismos de la Iglesia, y con eso, y con poner en conocimiento del embajador de S. M. británica en Madrid lo sucedido á un pobre diablo de un pastor protestante, que fué obsequiado por el católico pueblo de Manacor con una cencerrada y algunas piedras, todavía tiene este mismo número de *La Correspondencia*, á disposición del que quiera seguir leyendo, otras cinco columnas, mas el folletín, que suele ser alguna novela impía y obscena, como aquella que escandalizó á *El Imparcial;* mas los anuncios de la cuarta plana, que vienen á ser casi tan buenos como los de la primera.

Por supuesto, también suele traer *La Correspondencia* la vida del Santo; y entre la vida del Santo y las Cuarenta Horas la función de la *Infantil* y la temperatura máxima.

Todo esto y mucho más dice *La Correspondencia* en un solo número mal leído, porque es imposible leerle bien.

Dígannos ustedes ahora si es posible leer treinta números de *La Correspondencia* seguidos sin que el paciente se vuelva loco.

Porque el que *La Correspondencia* tenga tantísimos lectores habituales, nada prueba en contrario: el doctor Ezquerdo y el sentido común están conformes (aunque no sea más que por esta vez) en afirmar que los tontos no enloquecen nunca.

El resultado es que si Balmes resucitara y

leyera un día *La Correspondencia*, probablemente modificaría su opinión en lo relativo á los periódicos. No diría que «los periódicos no lo dicen todo acerca de las personas,» ni que «los periódicos no lo dicen todo acerca de las cosas». Lo que es posible que dijera, es que los periódicos (tomando por tipo á *La Correspondencia de España*, eco imparcial de la opinión y de la prensa) no dicen una palabra que no sea un desatino. O dos; porque hasta dos desatinos sabe decir *La Correspondencia* en una palabra sola.

Y también es posible que dijera, si por añadidura se enteraba de que *La Correspondencia* es en España el periódico más leído; también es posible que dijera, de seguro lo decía, que si no hubiera otras pruebas de haber sido la Biblia divinamente inspirada, el hecho solo de no haber periódico más leído que *La Correspondencia*, acreditaría como dictadas por el Espíritu Santo aquellas palabras del sagrado libro del *Ecclesiastes: Stultorum infinitus est numerus.*

LOS FUSIONISTAS Y LOS PAVOS.

(ARTÍCULO DE FAMILIA).

(1886)

—No hay peor cuña que la de la misma madera—exclamaba haciendo la rueda y dejando colgar el moco un pavipollo de los más atrevidos.

—¡*Gor, gor, gor, gor!* (¡*Eso es, eso es!*), contestaban en señal de aprobación todos sus compañeros del sexo fuerte.

—¡*Pau, pau!*—añadían modestamente las pavas.

La escena se verificaba la otra tarde en la pradera del Canal, en el sitio donde han sido confinados los pavos por virtud, ó por vicio, de un reciente bando fusionista.

Y excusado es decir, que los confinados continúan en la actitud más revoltosa, y expresándose en el tono más amenazador del mundo.

Es cuestión peliaguda, ó más bien *plumiaguda;* que alguna vez se habían de volver hasta las plumas en daño de los que hacen á pluma y á pelo.

La vida de los pavos tenía hasta ahora, en cambio de lo breve, sus atractivos y sus compensaciones.

Nacían, ó hablando con más precisión, salían de la cáscara del huevo allá en Gradefes ó en Armunia, y se comían en los primeros días una papilla de ortigas cocidas y leche, aderezada por una de aquellas riberiegas amables.

Después entraban á comer salvados y grana de carbana; y ya contra el otoño, se daban cada atracón de grillos!...

Por último venía el pavero, los ajustaba, los pagaba y echaba á andar con ellos por delante.

¡A Madrid!

Lo cual ya por sí solo es una fortuna.

¡Cuántos fusionistas se mueren sin poder venir á Madrid!

Casi tantos como vienen y se tienen que volver á marchar lo mismo que vinieron, sin el destino, que no se les puede dar á causa de la ley de los sargentos que dejaron hecha los conservadores.

El camino de Madrid era ya de suyo muy divertido para los pavos: andando aquí, volando allá, picando en todas partes, había veces que hasta ejercían de cazadores.

Llegaban, por ejemplo, á una viña, donde estaba dormida una liebre... ¡Pobre liebre! Desgraciada como empleado fusionista á la

subida de un gobierno conservador..... Ya la había caído la lotería.....

En cuanto la veía un pavo y hacía un aspaviento de los suyos, acudían todos los demás, la rodeaban, empezaban á hacer el *gor, gor, gor*, todos á un tiempo, y así la tenían asustada, hasta que llegaba el pavero por detrás y la echaba la mano.

Es verdad que la liebre, luego, no la comían los pavos, pero la cenaba el pavero, y ¿quién les quitaba á ellos la gloria de haberla cazado?

Es lo que pasa en todas las cosas. Los fusionistas, por ejemplo, coligados con los republicanos, echaron abajo la situación conservadora, derrotándola en las elecciones, y los conservadores se comen el fusionista, digo, el pavo de Navidad tranquilamente.

Pero, volviendo á la vida de los pavos, entre unas y otras, en mes y medio, á jornadas dobles, llegaban á Madrid.....

Yo les he visto entrar en la corte, majestuosa y reposadamente por la calle de Segovia, mirar al viaducto sin mala intención, pararse un poco en la plazuela de Puerta Cerrada, y contemplar luego entusiasmados la plaza Mayor, en toda su prosáica grandeza. Y áun los había tan afortunados, que pasaban por la Puerta del Sol y por la Carrera de San Jerónimo, como cualquiera de los fusionistas que van á votar á Cánovas para la presidencia del Congreso.

Después de estas expansiones y estos regalos de la vista, que verdaderamente no son moco de pavo, ya la muerte, aunque prematura, era menos sensible.

¡Pero ahora!... ¡Morir sin ver á Madrid más que por fuera!....

Porque han de saber ustedes que el alcalde de esta situación liberal, hasta cierto punto, es decir, liberal con permiso de Cánovas, ha publicado un bando prohibiendo la libre circulación de los pavos, vestidos al natural, por dentro de la corte, con lo demás que dice la letra.

Y he aquí el origen de la presente trifulca entre los pavos, poco menos encarnizada que la de entre los conservadores.

Y la verdad es, que no les falta razón á los ilustres gallináceos, porque lo que ellos dicen... Oigámosles:

—No hay peor cuña que la de la misma madera... Cuando cree uno estar entre los suyos, le hacen á uno las mayores injurias...

—*Gor, gor, gor, gor,* el coro masculino. *Pau, pau,* el femenino.

—Sí, entre los nuestros—continuaba el orador, porque todos somos de la familia. Los pavos, en buena hora lo diga, siempre hemos sido monárquicos parlamentarios..... Como que según oí á mi madre, nuestros abuelos se vinieron de América adivinando que por allí había de proclamarse la República.

—*¡Gor, gor, gor, gor!... Pau, pau.....*

—A más de que—añadió otro pavillo apidalado, es decir, moquilargo y de poco pesquis—á más de que el bando es muy injusto, ¿En qué se funda nuestro destierro? ¿En qué se dice si tenenos ó no tenemos viruelas? ¿Y qué? ¿No son ellos el sarampión, que es casi lo mismo? ¿No les ha llamado á ellos sarampión una dama de alto coturno? ¿Pues por qué no ha de ser la ley igual para todos?...

—*¡Gor! ¡gor!... ¡Pau! ¡pau!....*

—Máxime cuando, repito, que todos somos unos—añadió el orador primero—con corta diferencia. ¿Y qué dice el bando en resumen?.....

—No—replicó otro—el bando, según mis noticias, no se ha publicado en *El Resumen; El Resumen*, que ya es otra vez órgano del general, se hubiera guardado muy bien de perjudicar á la clase: se ha publicado en las esquinas.

—*Gor, gor, gor, gor*, etc.

—El diputado, digo, el pavo que me interrumpió, no me ha entendido: yo no he dicho que el bando se haya publicado en *El Resumen:* he dicho que qué dice el bando en resumen, y continúo... El bando tiene tres disposiciones... Dos y media más que el ministro de Gracia y Justicia... ¿Estamos? *(Gor, gor)*, tres disposiciones. La primera, dice:

«Queda prohibida en absoluto la *libre cir-*

culación y venta de pavos dentro de la población y sus zonas de ensanche.»

Esto, compañeros, está mal escrito. En primer lugar, está casi en verso: «Queda
prohibida en absoluto
la libre circulación,
y venta de pavos, dentro,
dentro de la población.»

A más de que, como la circulación y la venta van juntas detrás del mismo verbo, y como el sujeto de la circulación somos nosotros, pues por nuestro propio pie circulamos, parece como que también somos los sujetos de la venta; es decir, que nos vendemos nosotros mismos, y á esta vileza todavía no hemos llegado... Eso no lo ha hecho ningún pavo en su pluma propia... Eso lo harán los otros... Los que pueden circular libremente.....

—*¡Gor, gor, gor, gor, gor! ¡Pau, pau, pau!* Muestras de aprobación unánimes.

—La segunda disposición, dice: «Las manadas de dichas aves, que se encuentren dentro de la capital, así como las que se introduzcan por los fielatos.....»

¿Quién dice que nosotros nos introducimos por los fielatos? Calumnia, que algo queda, como dijo Botija.....

—Pido el gorgorito, digo, la palabra—clamó otro pavo, haciendo el *gor, gor, gor,* con mucha fuerza; y cuando obtuvo el silencio del

auditorio, continuó diciendo:—No discutamos la literatura del bando, porque, al fin, ya es bien sabido que los pavos tenemos buen gusto. (¡Ojalá no le tuviéramos tan bueno!) Lo que importa es tomar resoluciones salvadoras... ¿Hemos de resignarnos á no entrar en Madrid? ¿Hemos de obedecer servilmente el bando de los fusionistas?.....

Propongo á ustedes burlar el bando, vistiéndonos como ellos. Tomemos para las hembras unos abrigos de esos de la última moda que llaman *Regente*, y para los machos unos trajes baratos del Águila.

—¡Qué horror! El águila es nuestra enemiga.....

—Yo digo el Águila de la calle de Preciados.

—Se nos descoserían pronto y á lo mejor se nos vería la cola.

—También á algunos fusionistas se les ve la oreja.

—Propongo acudir á la Sociedad Protectora de Animales.

—Los miembros de esa Sociedad no cuidan de defender á los pavos.

—¿Pues de qué cuidan?

—De comernos.

MODUS VIVENDI.

(MONÓLOGO INFERNAL).

(1885)

¡Cuántas vueltas da el mundo!

Una cada día, por lo pronto, según dice el cofrade Galileo, que vive, si esto es vivir, en la zahurda colindante.

Pero no es esto; no son estas vueltas sobre las que yo me proponía filosofar de puro aburrido, sino las vueltas que dan las cosas del mundo.

Y áun las personas, si se quiere.

Ahí tenemos á Elduayen... Digo, tener no le tenemos todavía, aunque no será difícil que venga con el tiempo; pero en fin, quiero decir que allá por la superficie está Elduayen, que primero fué Pepe, después papá, más tarde Pazo ó marqués del Pazo (todo con P), y sin dejar de ser Gorriti, ha llegado á rey de Pontevedra.

Ahí tenemos... ¡Dale con las equivocaciones! Iba á decir que ahí tenemos á Pidal, y todavía no le tenemos tampoco... Por allá arriba anda Pidal, que era ultramontano fu-

rioso, defensor de la unidad religiosa, é intransigente hasta el extremo de haber afirmado que no transigiría áun cuando se lo mandara el Sumo Pontífice; y luego, sin mandárselo nadie, ni siquiera Romero Robledo, ha transigido con la tolerancia religiosa, establecida en la Constitución, con el reino de Italia, del que antes dijo perrerías, y con todo lo que había que transigir (menos con el conde de Toreno), por llegar á una cosa que él llama la *hipótesis*, y que consiste en disfrutar *per accidens* diez mil reales mensuales y el coche...

Ahí está Villaverde... No, tampoco ha venido aún, y dejémosle por ahora que se cure las contusiones recibidas de las cigarreras en la última batalla...

Me he distraído un poco, y no sé por dónde iba... ¡Ah, ya!

> Estaba *desaminando*
> Cómo *cambean* los tiempos.

Tempora mutantur, que decía el amigo Juvenal en nuestra lengua latina.

Porque el penúltimo conservador que ha llegado de España, es decir, el que llegó anteayer, pues conservadores vienen aquí lo menos uno cada día, me ha dicho que en una población grande y casi nueva, que la llaman no sé si la Villa del Oso ó de Bosch, acababan de votar los *Patres Conscripti* de mi tierra,

después de quince días de acalorada discusión, un *modus vivendi*.

Modus vivendi... Antiguamente y allá entre nosotros, no quería decir más que modo de vivir.

Después, los castellanos de los últimos siglos, según me ha dicho un ministro de Carlos III, dieron á la frase latina cierto sentido apicarado, así como el de industria de mala ley ó modo de vivir á costa del prójimo.

Y por último, ¡quién se lo había de figurar en estos infernales barrios! el susodicho conservador que bajó anteayer me asegura, que ahora un *modus vivendi* es un tratado de comercio.

¿Me habrá engañado?... Sí, probablemente. A menos que no le llamen así por lo que pueda rozarse con la política; pues recuerdo haber oído varias veces á esos conservadores oscuros que llegan cada día ponderando lo bien que les iba por allá, que entre ellos la política era un *modus vivendi*.

Me han contado cosas horribles. ¡Ah! Me han dicho que allí ya no hay principios; no hay más que presupuestos.

He preguntado qué cosa son los presupuestos, y me han dicho que son una invención moderna, no sé si conservadora ó diabólica, y un compatriota algo poeta, me los ha figurado en forma de una caldera grande donde un cocinero de gorro blanco, que le suelen llamar

de apodo ministro de Hacienda, va echando la sustancia del país, extraída por un procedimiento análogo al que se emplea para obtener la carne Liebig, que se conoce con el nombre de sistema tributario (aunque de todo suele tener menos de sistema...) y de allí va dando de comer á los que se le arriman.

También he preguntado por qué los llaman conservadores á esos que, por decirlo así, gobiernan ahora, pues era cosa que me daba no poco en qué entender, que les llamaran conservadores, cuando de esa manera derriten al país... y me han contestado que es por lo bien que conservan las carteras ministeriales y todos los demás destinos.

En este particular, sobre todo en la conservación de las carteras y de los sueldos, convienen mis vecinos y compañeros de infortunio en que los conservadores ó *conservaduros*, pues también parece que los llaman así, han elevado el sistema á un grado de perfección increible.

Hasta encontrar el verdadero *modus vivendi*, el modo de vivir perpetuamente en el poder, y de gozar perpetuamente del presupuesto.

Antes, por un quítame allá esas pajas, dicen que había una crisis. El camino de la política parece que estaba erizado de obstáculos. Un día la conciencia, otro día la dignidad, otro día la delicadeza, otro día la consecuen-

cia... lo cierto es que aquellos pobres ministros de otros tiempos, según me ha contado Martínez de la Rosa, no tenían hora segura; tan pronto estaban de ministros como de simples particulares; ninguno duraba veinticuatro meses; la generalidad fluctuaba entre veinticuatro semanas y veinticuatro días, y los hubo que no pasaron de veinticuatro horas.

No sabían tras de lo que andaban.

Hoy, según me cuentan, aquellos ministros tienen algunos, pero pocos, muy pocos discípulos, y no entre los conservadores ciertamente.

Lo que es entre estos últimos, las crisis vienen á ser un artículo puramente histórico. Ni los motines, ni las disidencias, ni las contradicciones, provocan ya una crisis, ni media.

Antes, por ejemplo, cada motín, por insignificante que fuera, daba en tierra con todo el gobierno.

Ahora ni media docena de motines seguidos son capaces de producir una crisis parcial.

Tanto le importa al gobierno conservador que se subleven los estudiantes, como que se insurreccionen de hambre los obreros.

Lo mismo se defiende de los puritanos que de las cigarreras.

Nada, no le derriba ni un terremoto.

Ni muchos.

Me han dicho que un día fueron los actuales ministros á Palacio á celebrar Consejo inmediatamente después de haber resuelto en

determinado sentido una cuestión, esa misma del *modus vivendi*, y el jefe del Estado les dijo que no le gustaba la resolución.

Otros ministros de los de antes, hubieran presentado en el acto respetuosamente sus dimisiones.

¡Qué tontería! Estos de ahora parece que dijeron: «¡Ah! ¿No le gusta así á V. M.? Pues lo haremos de otro modo, ó si no de otro...» Y así sucesivamente.

Pues otro día parece que un paisano mío le dijo á un ministro que llaman Pidal:—Pero hombre, si V. antes decía que los conservadores éramos muy malos, y áun ahora de cuando en cuando dice V. que no somos buenos... usted no puede estar aquí sin renegar de...

—Sí señor—dicen que contestó el aludido —renegaré de todo lo que sea necesario para estar con ustedes, sin perjuicio de renegar también de ustedes cuando el cuerpo me lo pida: mas hoy por hoy me pide que no me marche, y no me marcho.

Pues otro día me han dicho que fué Elduayen el que se empeñó en que el *modus vivendi* saliera en cierta forma, y en efecto, salió en la contraria.

Cualquier ministro de los de antes hubiera comentado aquella salida saliéndose él del ministerio.

Pero este conservador... ¡quiá! dicen que ni pensarlo...

Antes que dejarse arrancar de la poltrona, se dejan éstos arrancar una muela ó aunque sea una mandíbula...

¡Calla! se oyen gritos desaforados... ¿Qué diablo será?... Villaverde... Cos-Gayón... las cigarreras... los catalanes...

¡Ah, no! según me dice un Obispo galicano que pára enfrente, es el pobre Francisco I de Francia, que está dado á dos mil demonios porque dice que le han arrebatado su *gloria*, suplantándole en España su frase célebre.

Parece, en efecto, que ya no se dice entre los hijos de los vencedores de Pavía: *Todo se ha perdido menos el honor.*

Los ministros de ahora han hecho popular entre los españoles esta otra frase: *Todo se ha perdido menos la cartera.*

MARCIAL.

¡PARA QUE VEAS!

(1889)

—

—¿Qué te mandó tu abuela?—le preguntaban á uno á quien se le había muerto hacía poco la madre del autor de sus días,—¿qué te mandó tu abuela?

—Los anteojos.

—¡Anda, anda, hijo!... ¡Eso es para que veas!

Para eso mismo, querido Juan, para que vieras, te mandé yo á tí los anteojos, no por testamento, que no le tengo hecho todavía, sino por el correo de Mansi.

¡Vana ilusión! Cuando yo creía que estabas ya viendo por los anteojos una porción de cosas, y especialmente, que no te olvido, resultó que no habías visto nada de lo que yo creía que ibas á ver, sino otra cosa muy distinta.

Porque, á lo que es cuenta, alguno de los súbditos de Mansi se enamoró de los anteojos y se quedó con ellos.

¡Para que veas!

Tú dirás que no, que ha sido precisamente

para lo contrario, para que no veas; pero te equivocas.

Es para que veas cómo administran ó cómo gobiernan estos liberales.

Para que veas que lo hacen mal, muy mal. de la peor manera del mundo.

Y si no, ahí está el servicio de Correos que no me dejará mentir... ¿Qué me ha de dejar... si por no dejar ni siquiera deja llegar las cartas á su destino?

Ni las cartas, ni los anteojos, ni nada que valga.

Puse yo los míos, ó más bien los tuyos, ó mejor todavía los de Mansi, con todas las reglas y todas las precauciones que aconseja la teoría... y digo la teoría y no la práctica, porque lo que ésta última aconseja es no poner en el correo de Mansi ninguna cosa...

Puse yo los anteojos, con mucha curiosidad, en una caja con algodón por dentro y por fuera, y sobre el algodón una envoltura de papel y otra encima, y después de bien lacrado y después de puesto el sobre y en él la indicación de *medicamento*, requisito necesario según me había dicho el óptico, deposité el paquete en el buzón con el franqueo suficiente.

Ya ves... digo, me parece que verás, aunque sea sin anteojos, que habiendo puesto tanto esmero en el cumplimiento de tu encargo, era lo más natural del mundo que me quedara satisfecho y tranquilo en la creencia de

que al tercero día tenías ya los anteojos donde tiene hoy el Presidente á todos los hombres políticos que pueden formar un Ministerio intermedio: montados en las narices.

¡Figúrate, pues, amigo Juan, cuál sería mi sorpresa al saber por tu carta que no había tales Mansis!

Es decir, Mansis los había, y aún los hay por desgracia; dos á falta de uno, Angel y Rufino: lo que no había en realidad eran anteojos, ó si los había no estaban en tu poder como debían de estar, sino en poder de uno de los muchos secuestradores que *trabajan* en la Administración pública.

Pero ¡vete á saber en poder de cuál de ellos!

Y te digo que vayas tú á saberlo, porque yo ya fuí y no adelanté nada.

Lo cual no quita que á tí te suceda lo mismo.

Pues, sí; como te iba diciendo, en cuanto recibí tu carta escrita para que viera yo que los anteojos no habían llegado, me fuí á la calle de Carretas y me personé en la Dirección general del ramo... que así le llaman, aunque yo creo que impropiamente; porque, mal andan ahora los correos, pero si fueran de verdad un ramo, andando la gente que anda alrededor, ya no quedaría de él ni una hoja.

Me personé, como digo, en la Dirección y pregunté:

—¿El señor Mansi?...

—Mansí, querrá usted decir—me replicó un vejete vivaracho;—¿no pregunta usted por el señor Director?

—Por el Director pregunto, y Mansi he querido decir, y Mansi he dicho... ¿puedo verle?

—¡Ah! Usted perdone, pero había entendido *Manso*. Como hay muchos que vienen con bromas... Pues en este momento no está, pero... ¿es usted Diputado?

—No, señor, ni gana.

—Pues entonces, ya no puede usted verle esta tarde, porque no recibe más que á los señores Diputados y Senadores de cuatro á cinco. Pero el sábado le podrá usted ver; el sábado á la misma hora...

Volví el sábado, y no encontré ya al vejete del lunes, sino á otro empleado que era un progresista, así en... Mansi, vamos, quiero decir, sin pulimentar, el cual me preguntó con poca gracia:

—¿Qué deseaba usted?

—No sólo deseaba, sino que deseo todavía ver al señor Mansi.

—Pues hoy no puede ser... ¿Trae usted recomendación?...

—Sí, señor.

—¿A ver?

—¿Tiene usted por ahí la Constitución?

—No, señor, ni la he leído nunca.

—Yo tampoco, pero me figuro que me recomendará para que me reciba el señor Mansi, porque no dejará de decir, si no explícita, cuando menos implícitamente, que los empleados están puestos para servir al público.

—Eso es verdad—dijo el pobre progresista mordiéndose una uña;—pero, mire usted, esta tarde no viene...

—¿Y entonces de qué me serviría haber traído recomendación?

—Porque con recomendación le recibiría á usted acaso mañana... Pero le advierto á usted que si es para alguna reclamación, y no se quiere usted molestar, lo mismo es que usted me la haga á mí.

—Bueno, pues á usted se la haré...

Y le conté lo de los anteojos.

—¡Ay, ay, ay!—me dijo cuando concluía.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que esos ya no parecen.

—¿Y el Director no puede hacer que parezcan?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque esos cuente usted que los cogió algún empleado porque le vendrían bien, ó para venderlos, y vaya usted á saber quién habrá sido.

—Pues á eso vengo...

—Y crea usted que el que los cogió no lo

hizo para volvérselos á usted, aunque el Director los reclame.

—Pero creo yo que el Director debía de abonarme el importe.

—Quiá, no señor. Si fuera á abonar el importe de todo lo que se pierde en Correos, no le bastaba el sueldo. Eso si usted los hubiera certificado...

—¡Ah! De suerte, que de lo no certificado pueden los empleados impunemente coger lo que quieran.

—Y á mí, ¿qué me dice usted?

—¿Pues no decía usted que á usted podía hacerle la reclamación?

—Eso sí, pero...

Otras dos veces fuí á ver á Mansi, con igual resultado, con el de no verle; pero la última le dije al vice-Mansi que me recibió:

—Dígale usted que él no me abonará los anteojos, pero le han de salir más caros, porque lo he de contar todo en un artículo, para que vea la gente lo que pasa.

Así lo prometí, amigo Juan, y así lo cumplo.

¡Para que veas!

REFLEXIONES SOBRE UN TELEGRAMA.

(AL MISMI MANSI.)

No voy á hablarte, amigo Manso, digo, Mansi... amigui, de la flamante *Carta Postal y Telegráfica de España*, hecha bajo tu dirección oficial, y plagada naturalmente de disparates y de omisiones.

Como que faltan en ella muchísimos pueblos con carterías y estafetas pagadas por el Estado y servidas por subordinados tuyos, aunque te esté mal el saberlo.

No; por hoy no voy á decir nada de esa *carta*, que por desgracia no se ha perdido como se pierden tantas otras que no se debían de perder, quizá por lo mismo que es la única que hubiera debido perderse.

Tampoco voy á hablarte de la reforma, llamémosla así, que has introducido en el ramo, llamémosle así también, sin pasar por las Cortes y como si no las tuviéramos, reforma que consiste principalmente en hacer el servicio más caro y más inútil para la li-

brería, rebajando de seis á cuatro kilogramos el peso máximo de los paquetes.

Por cierto que con esta reforma has hecho sin querer una cosa buena, como es la de impedir que el *Diccionario* de la Academia circule por el correo, porque siendo de cuatro kilogramos el paquete máximo, no puede ir nunca por el correo el *Diccionario* académico, que pesa cinco.

Y créete que si para esto hubieras hecho la reforma, se te podría perdonar; pero como de seguro no la has hecho para eso, sino para molestar al público, no te lo perdono y te la criticaré con mucha suavidad otro día.

Como te criticaré el que hayas suprimido la devolución de los sobres de los certificados, estableciendo en su lugar un recibo que hay que pagar aparte. ¡Mira tú que como costaban poco ya!... ¡Y como se perdían pocos también!...

Pero repito que no quiero hoy hablarte de estas cosas.

Tengo delante de los ojos un telegrama, que por cierto no tardó más que dos días y medio en venir desde Valladolid, y gracias que llegó, lo cual no á *todos les sucede*...

En la semana pasada, sin ir más lejos, telegrafió una señora de Irún á Madrid, avisando su salida de aquella villa para ésta, y todavía no ha llegado acá el parte.

Siendo lo más gracioso que al preguntar por él en la estación de Madrid, le dijeron al reclamante que lo más que podían hacerle era abonarle el importe del telegrama (una peseta) si lo pedía en una solicitud en papel de á tres reales.

Pues como te iba diciendo, sobre ese telegrama, es decir, no sobre éste que no ha llegado de Irún en una semana, sino sobre el otro que llegó de Valladolid en dos días y medio, te voy á hacer algunas reflexiones.

Hay un refrán, amigo Mansi, que dice que las cifras, y otra cosa que no hace al caso, por lo cual contraeremos el refrán á las cifras, no las entiende más que el que las pone.

Pero, con permiso del refrán, en este despacho telegráfico, hay cifras que no las entiende ni el que las ha puesto.

Y si no, vamos á ver: ¿á que no las entiendes tú que las pusiste, ó por lo menos eres el director del que las puso?

Indicaciones eventuales; dice un letrero que hay en el medio del telegrama debajo de la solapa de cerrar, y luego la primera indicación es P. P.

¿Qué dirás tú que quiere decir ahí P. P.?

¿Crees que quiere decir Pepe, ó sea José Luis Albareda, que ocupó la jefatura de la casa de Correos en la era de Cañamaque?

No; porque si cuando era Ministro José Luis hubieran puesto en los telegramas esas

dos pes como cifra de su nombre, ahora que ya lo es Capdepón, debieran ser T. R. C.

¿Crees que esa cifra P. P. quiere decir que es excelente, vaya, que es de pe pe y doble V el servicio del ramo?

Tampoco debe de ser eso, no solamente porque falta la doble V, sino también porque el servicio del ramo es detestable.

¿No das en ello?

Pues bien: la cifra P. P. diz que quiere decir *correo pagado*.

Dirás tú, con tu progresista sencillez, que por qué la cifra de *correo pagado* no ha de decir C. P., y así la entendería cualquiera, aunque fuera un progresista al natural.

Y tienes razón, por más que el caso parezca raro, tienes razón; lo que no tendrás es noticia del fundamento de esa cifra extraña.

Pues has de saber, Mansi amigui, que la cifra de *correo pagado* no dice C. P., sino P. P., porque en Francia el correo se llama *Poste*.

No vayas á creer que este *Poste* es un poste cualquiera, como los que tú tienes en la Dirección, por ejemplo, en el departamento de certificados impresos, que no se mueve n aunque haya mucho público esperando, y suelen dejar que escriba sólo un empleado muy corto de vista.

No, el *Poste* francés quiere decir posta, no de las de cazar, porque á vosotros los progre-

sistas todo hay que advertíroslo, sino de las de llevar noticias apresuradamente.

¿Dices que qué tenemos nosotros con Francia? Pues pregúntaselo al ministro de Gracia y Justicia, que aunque apenas traduce, busca quien le traduzca del francés las leyes y los reglamentos, y hasta la manera de ponerse las gafas.

La verdad es que áun cuando para el servicio internacional se empleara la cifra francesa, para servirnos acá, en el interior de España, debían estar los telegramas en castellano, y no dejarían patitieso á cualquiera que se encuentra con cifras como esas: P. P., *correo pagado*.

La cifra siguiente es R. P., y la traducción dice *respuesta pagada*, porque dicen *réponse payée* los franceses; y aunque en España no se suele llamar *respuesta* á la telegráfica sino *contestación*, puede pasar.

La que ya no pasa es la siguiente, que dice T. C. y se traduce *telegrama colacionado*.....

La mitad de los españoles ignoran lo que es telegrama colacionado, y tú el primero.

¿A que no sabes tú, con ser tan Director general de Correos y Telégrafos lo que es telegrama *colacionado*?....

Nada, que no lo sabes. Porque, no vayas á creer que se llama así por haberse recibido en noche de Cuaresma.

Otra cifra dice C. R. y se traduce *acuse recibo.*

¡Vamos! ¡cualquiera entiende que C. R. quiere decir acuse recibo! De entre vosotros los progresistas, nadie... como no sea Canalejas que sabe un poco de francés de Ciboure.....

Pues la última también es buena: dice F. S., y se traduce *telegrama á hacer seguir*, F. S... *hacer seguir.* Todo porque los franceses dicen *faire suivre.*

Ya ves, amigui Mansi, que eso parece un juego de despropósitos; ya ves cuán conveniente sería reformar esos telegramas impresos de una de dos maneras: ó poniendo la explicación de las cifras en francés ó poniendo las cifras en castellano.

POLÍTICA DEL SANTO

Sacrilegio parecería llamar política del Santo á la política que ahora se usa, no explicando el sentido que tiene la frase.

Expliquémosle.

Las romerías se establecieron para honrar y venerar á los santos; pero la imperfección humana, poco á poco, las convirtió en ferias.

Creciendo cada día los defectos y los vicios de los hombres, dicho sea sin licencia de los que creen en el progreso indefinido, siendo la humanidad cada vez más mala, porque cada vez se aparta más de la ley de Dios, las ferias se han ido convirtiendo en exposiciones de mentiras, donde van los hombres á engañarse unos á otros, y donde apenas vende nadie más que objetos falsificados.

Y es natural que así suceda.

Roto el freno del séptimo mandamiento del Decálogo, si no engaña un tendero á sus parroquianos ó compradores habituales, es por temor de que cambien de tienda; pero en

la feria, á los compradores de casualidad, que Dios sabe si volverán á otro año, los engaña sin reparo ninguno.

Por eso, viniendo á la romería de San Isidro, que se ha convertido en feria como las demás, apenas se vende allí cosa que no sea falsificada.

El zapatero hace expresamente para la feria zapatos con suela de cartón, como si los hiciera para una contrata del ramo de penales, y los llama *zapatos del Santo*.

El confitero envuelve en un baño de azúcar rebojos de pan duro y los llama *dulces del Santo*.

El tabernero vende con el nombre de *vino del Santo* un vino, llamémosle así, que no tiene otra santidad más que la de haber sido bautizado repetidas veces.

El cafetero vende por *café del Santo*, agua de gamones.

Y hasta los sobrinos de la tía Javiera, de Fuenlabrada, que fué una especialidad en hacer rosquillas, venden ya como *rosquillas del Santo*, una masa sucia de salvados y huevos hueros, recubierta con baño de azúcar y cochinilla por aquello de que *qui male agit odit lucem*.

¿Qué más? ¡Si hasta el empresario de la Plaza de Toros, llámese Casiano ó Mazzantini, suele dar para los concurrentes á la romería una corrida de bueyes, á los que el

público llama toros del Santo; no precisamente porque con bueyes araba el Santo Labrador, sino porque, como toros, son tan falsificados por lo menos como las rosquillas.

Y ahora ya se comprenderá lo que significa el epígrafe de este artículo *Política del Santo;* es decir, política de feria.

¿Qué otra política se usa en estos malaventurados tiempos?

Varios partidos divididos en fracciones que suelen subdividirse en grupos, se disputan encarnizadamente el Gobierno del país, cuya felicidad todos dicen que anhelan, y á cuya ruina todos contribuyen.

Y es que como se consideran en feria perpetua, no tienen escrúpulo de llamar felicidad á la desgracia.

Hay personaje que se ha comido media provincia ultramarina ó peninsular, y dice que se ha sacrificado por ella.

Llaman á elecciones. Comienzan en el Ministerio de la Gobernación, en el centro esencialmente político, á hacer el *encasillado*, es decir, la adjudicación de los distritos. Hay allí, delante del Ministro, peleas tenaces entre fracción y fracción, entre grupo y grupo, entre candidato y candidato. Y cuando, después de muchas dificultades queda el encasillado concluído, se va el Ministro al Congreso, tiene que hablar y dice: «ahora que *el país va á elegir* sus representantes.....»

Se acerca el día de la elección; el Ministro llama á su despacho á unos Gobernadores, escribe ó telegrafía á otros: «Cuidado no me deje usted ahogar á Fulano (un candidato ministerial); puede usted dejar salir á Citrano (un candidato de oposición.....)» Y después de estas órdenes que el Gobernador recibe del Ministro y trasmite al Alcalde y en caso necesario al jefe de puesto de la Guardia civil, para que las cumplan á rajatabla, las cumplen y... los Diputados así elegidos se llaman representantes del país.

Y casi llegan á creer que lo son, ó por lo menos aparentan creerlo; pues no es raro que algún diputado *elegido* por el gobernador y la Guardia civil, así suavemente, por medio de una batalla en que ha habido muertos, heridos y contusos, se levante en la Asamblea y diga: «El distrito que tengo el honor de representar *me ha enviado aquí*... etc.»

Se trata de formar los presupuestos. Conviene todo el mundo en que el país está agoviado y hay que rebajarle las cargas, y comienza un simulado rebusco de gastos inútiles que no se encuentran.

—Suprimamos *tal cosa*—se le ocurre decir á uno.

—Eso no se puede suprimir—le contesta otro.

—Que sí.

—Que no.

—Yo no cedo—dice el sostenedor de la economía;—lo primero es el bien del país, no busco más que el bien del país.....

Y de pronto se calla, y á los pocos días resulta que buscaba un destino.

Se traba una discusión, un debate político, verdaderamente político, y todo el mundo acude á las tribunas á presenciarlo.

—Su señoría lo está haciendo muy mal;—dice á un Ministro un ex-Ministro que quiere sacudirse la partícula.

—Peor lo hizo su señoría en *tal época*, cuando hizo *tal* y *tal* cosa;—le contesta el Ministro que no quiere dejar de serlo.

—Pues peor lo hizo todavía su señoría en aquella otra época anterior, cuando *tal* y *tal* —replica el primero.

—Su señoría es un *tal*, por no *cual*.

—Que se escriban esas palabras.

—Que se expliquen.

—Las explicaré: es cierto que he dicho eso, pero no he tenido intención de ofender á su señoría.

—¡Ah, entonces!....

Y todos son buenos; pero la capa del país no parece.

Tal es la política de ahora, política de personalidades, política de enjuagues y de miserias, política de mentiras y falsificaciones, *política del santo*.

¡Qué diferencia de esta política á la verda-

dera política del santo labrador, del santo patrono de Madrid!

—¿Qué no tuvo ninguna? Se equivocan ustedes. San Isidro tuvo política, la verdadera política, la que consiste en obedecer pacíficamente las leyes, cumplir con el deber, ser buen ciudadano, trabajar tranquilamente en su oficio.

Si todos siguieran esta política, no se dirían tantos discursos, pero tampoco pesarían sobre el país tantos males, ni se vería agonizar la agricultura y morir el comercio, ni estaríamos á dos dedos de la bancarrota.

Pero estos son los frutos de la política que se estila, de la *política del santo*.

LAS NUEVAS OCHENTINAS.

(1889)

La noticia tiene cierto aspecto consolador, y conviene que corra.

No andamos tan sobrados de noticias agradables para que no convenga dar circulación á una que lo es, aunque lo sea sólo por un lado.

Hacía mucho tiempo que en la Casa de Moneda no se acuñaba más que plata, ese metal que fué precioso y que ahora ha caído tan en desprecio por todas partes, como que en algunos países ha quedado desmonetizado y en otros sólo se le recibe en cantidades muy pequeñas.

Reacuñamos primero las pesetas borrosas, porque eran feas, y naturalmente, estando borrosas no podían dar idea clara de la prosperidad del país.

Reacuñamos después los duros isabelinos, que no estaban borrosos ni eran feos, pero que en la recogida podían ser materia de un buen negocio.

Y cuando creíamos que ya no había nada que mandar á los troqueles, como no decidiéramos reacuñar los fusionistas que están borrosos también y próximos á desaparecer de la circulación, se nos dice que se han acuñado unos cuantos millones en oro, con tan extraña solemnidad que el mismo Ministro de Hacienda, D. Venancio en persona, no se ha desdeñado de presenciar el espectáculo.

¡Ahí es nada! ¡Acuñar unos cuantos millones en oro! Cuando ya las monedas de oro puede decirse que han pasado á la historia, y hay muchísimos españoles que no las conocen ni las han tenido nunca en la mano, ni las han visto, y que se irían al otro mundo sin saber el color de este precioso metal, si no le vieran en los retablos de las iglesias... ¡Acuñar unos cuantos millones en oro!

¡Ah! Pero no hay que entusiarmarse. De ese oro recién acuñado no circulará por España ni una chispa. Todo ello, y más que fuera, se necesita para pagar en París y en Londres los intereses de las innumerables deudas contraídas por los malos Gobiernos que se gastan aquí, porque está estipulado que el pago sea en oro precisamente.

De modo que por acá tendremos que conformarnos con la plata de ley, y áun con la *Meneses* por ahora, y más tarde con billetes del Banco, que llegarán á tener circulación forzosa si Dios no lo remedia; porque, como

dice el refrán, quien siembra Venancios recoge bancarrotas. (1)

He aquí por qué la noticia no es consoladora más que por un lado.

Pero tiene otro lado gracioso, que es el que principalmente me ha decidido á escribir sobre ella.

La acuñación de ese oro no se ha hecho en centines, como se venía haciendo desde la mitad del reinado de doña Isabel, ni tampoco en aquellas hermosas monedas de veinte duros, que nadie ha visto más que en un decreto de Figuerola, pero que desde luego se puede asegurar que habían de ser muy hermosas. La acuñación se ha hecho en ochentinas, ó en piezas de veinte pesetas como ahora las llaman.

¿Y el sistema?—ocurre preguntar á don Venancio—¿y el sistema?

¿No habíamos quedado en que el sistema decimal era el descubrimiento más sublime que pudo caber en cabeza humana? ¿No habíamos quedado en que el sistema decimal era una de las más preciosas conquistas de los tiempos modernos? ¿No habíamos retirado la antigua calderilla para dejar el campo libre á los *perros chicos* y á los *perros grandes*,

(1) El refrán que dice: *Detrás vendrá quien bueno me hará*, se está cumpliendo en este punto al pie de la letra; porque Cos-Gayón ha hecho á D. Venancio bueno y áun excelente. ¡Qué tal llevarán los conservadores la cuestión económica, cuando han logrado hacernos grata la memoria de los fusionistas!

y acomodar al sistema decimal toda la moneda? ¿No habíamos cometido todo género de tiranías para implantar ese sistema, amenazando y multando hasta á las pobres fruteras y verduleras para que no vendieran y á las pobres cocineras para que no compraran por el sistema antiguo?...

Y después de todo esto, cuando parecía que el sistema decimal debía tener asegurado su reinado para siempre, viene un ministro con sus manos á medio lavar y restablece el imperio de la ochentina, de esa moneda que es cuádruplo de la coronilla y del duro, duplo del escudo de oro ó de *la de á cuarenta*, mitad del doblón de á cuatro ó de la media onza, y cuarta parte del famoso doblón de á ocho, ó sea la onza de oro celebérrima y característica en el sistema antiguo, pero que no tiene con el sistema decimal entronque imaginable ni avenencia posible.

¡Y para esto habéis impuesto multas á los vendedores ambulantes y habéis colocado á los agentes del Municipio en el duro trance de ser descalabrados por las verduleras de la plaza de la Cebada!

¡Y para esto habéis repartido á la fuerza aquellas cartillas de equivalencias, y habéis puesto en cada tienda de comestibles un municipal encargado de hacer pedir y despachar por un sistema que ni la vendedora ni la compradora ni el municipal entendían!

Una vez llegó una criada á una carnicería á comprar dos libras de carne, pero estaba el municipal presente, y no se atrevió á pedir dos libras para no incurrir en la multa. Tenía la criada una idea vaga de que las dos libras equivalían á una unidad del nuevo sistema, pero en lugar de acordarse del kilogramo, se la vino á la memoria el metro, y pidió muy formal un metro de carne. La carnicera, que no estaba mucho más enterada, fué á mirar la tabla de equivalencias y encontró: «Metro, 3 pies» y una fracción. Para mayor seguridad consultó el caso con el polizonte, diciéndole:

—Un metro viene á ser tres pies y medio: ¿verdá usted?

—Sí, eso es—contestó el municipal tan grave como Alonso Martínez, cuando acabó de firmar el Código. Con lo cual la vendedora no vaciló en dar á la criada tres patas de carnero y un pedazo de otra.

Pues bien: después de tantas ridiculeces como ha costado la implantación del nuevo sistema, hemos vuelto al antiguo de la noche á la mañana.

Se dirá que, no siendo la unidad monetaria el real, sino la peseta, no está ya tampoco el centín arreglado al sistema nuevo.

Corriente. Pero este argumento podría valer contra los centines y para acuñar la moneda de cien pesetas que soñó Figuerola ó la

de diez pesetas, que también teníamos antes; nunca para acuñar la de veinte pesetas, que ni con la actual unidad monetaria, ni con la anterior, encaja en el sistema decimal adoptado.

Lo que hay es lisa y llanamente que los franceses, por una inconsecuencia y una infidelidad al sistema, tienen en circulación monedas de veinte francos, y D. Venancio, que es una especie de León Say, de mayor volumen y en rústica, y que no quiere ser menos que su amigo Alonso, viendo que éste traduce del francés los Códigos y los juicios orales y no le va mal, ha querido traducirnos también las monedas, y las ha traducido sin darse cuenta de que volvía al sistema antiguo.

Voilà tout. (Para que lo traduzca también don Venancio). *Voilà tout.*

Apuradamente hay un refrán que dice: *Berzas que no has de comer, déjalas cocer,* el cual, aplicado al presente caso, quiere decir: Ochentinas que no has de cobrar, déjalas rodar.

Es decir que, como ese oro recién acuñado no ha de circular entre nosotros, lo mismo es que esté acuñado por el sistema decimal, que por el viejo.

¿Qué nos importa?

REMEDIOS HERÓICOS.

(1889)

—

Salvo lo odioso de la comparación, este Gobierno liberal que padecemos viene á ser así como el célebre caballo de Atila.

Donde él pone los pies, ó las manos, que para el caso lo mismo da, no vuelve á nacer trigo.

Ni cebada siquiera.

Como que oprime á los labradores á fuerza de tributos, hasta obligarles á abandonar ó á dejarse embargar y vender las tierras por no poder pagarlos; y es claro, el trigo, no habiendo quien lo siembre, no nace.

Porque ya está bien averiguado que nada se cría espontáneamente, por más que algunas plantas, es verdad, que se dan con muy poco cultivo, como las patatas y los Diputados de la mayoría.

Pero no voy á tratar de las patatas ni de los melones en particular, sino del Gobierno en general, en sus relaciones con la agricultura, que no son relaciones amorosas, por supuesto.

No: en materia de amor, ya se sabe que el Gobierno fusionista lo reserva todo para los republicanos, desde Castelar á Ricardo Becerro, pasando por Gumersindo Azcárate.

El cual es uno de los que más ayudan al Gobierno á defenderse contra el país, así como Becerro es uno de los que más le ayudan á remediar la crisis agrícola.

¿Saben ustedes cómo?

Pues muy sencillamente. Creando un Ministerio de Agricultura.

El procedimiento, como se ve, no puede ser más simple; pero tiene de malo que no es original del todo.

Porque se parece mucho al de aquel zapatero remendón de Valladolid, que una mañana que sus hijos lloraban porque no tenían nada que almorzar, se salió á dar un paseo por el Campo Grande, y como tropezara con un perro que andaba por allí perdido, le halagó y se fué con él á su casa muy contento.

El país está muerto de hambre como la familia del remendón valisoletano; la agricultura está perdida; de todos los lados de España se levanta el triste clamoreo de los labradores que no pueden pagar tan crecidos impuestos... ¿Qué ocasión mejor ni más oportuna para echarles encima unos cuantos millones más creando un nuevo Ministerio?

El zapatero aquél, al volver á casa, de su expedición matutina, no llevaba á sus hijos el

pan que les hacía falta, pero llevaba una boca más que les ayudara á comerlo cuando lo tuvieran.

Los remendones políticos de la pandilla gobernante é islas republicanas adyacentes, no tratan de dar á la agricultura con leyes protectoras y con economías saludables la vida que la falta; pero tratan de echar sobre la agricultura una carga nueva, haciéndola pagar el lujo de un nuevo Ministerio de Agricultura, que áun cuando hubiera agricultura floreciente y rica, no haría falta; pero que, no habiéndola, para maldita de Dios la cosa sirve.

Al que puso á asar la manteca no consta que se le ocurriera nada parecido.

Mas no por eso vayan ustedes á creer que la manteca es del todo extraña al proyecto.

Porque si damos fe al maestro Ferreras, cronista obligado de estas cosas, el proyecto de creación de un Ministerio de Agricultura le han presentado á la Comisión general de presupuestos los señores Moret, Becerro de Bengoa, Puigcerver, López (D. J. J.), Ariño, Manteca (¿ven ustedes cómo había manteca en el proyecto?) y Antequera, que es por donde suele salir el sol bajo el poder ya medio eclipsado de los fusionistas.

Hay en el proyecto *manteca* y hay *becerro*, para que no se dude que es un proyecto mamatorio. Lo que falta es la vaca, y por eso de vaca tiene que hacer el país agrícola.

Por supuesto que el proyecto diz que va ó viene, aunque parece mentira que pueda venir, precedido de un «extenso y razonado preámbulo» en el que sus agrícolas y mantecosos autores «*desarrollan* (es frase de *El Correo*) los motivos que á su juicio apoyan la creación del nuevo Ministerio.»

Entre estos motivos, que, según confesión de *El Correo*, abogado de la nueva economía, están *arrollados*, figura en primer término «lo complejo y *difícil* del departamento de Fomento que requiere del que está á su frente las facultades y condiciones más diversas y más *difíciles* de reunir, por lo cual se comprende la escasa atención que un ministro de Fomento puede dedicar á la Agricultura...»

¡Ajá, já! Ya pareció la causa de la agonía de nuestra agricultura: la escasa atención que la puede dedicar el Ministro de Fomento. Y pareció también la causa de esta escasa atención: la dificultad de reunir las facultades y condiciones más diversas.

Por la cuenta, estos autores y patronos del proyecto de aliviar y reanimar la agricultura aumentándola el peso que la oprime, creen que todos los españoles nos hemos caído de un nido, ó se han caído ellos.

¿Pues no sabe ya todo el mundo que para ser Ministro liberal no se necesita saber nada, ni tener facultades ni condiciones de ninguna especie?

Otro de los *arrollados* motivos que los señores Becerro, Manteca y demás, *desarrollan* en el preámbulo, es el de que existe ya Ministerio de Agricultura en Francia, en los Estados Unidos, en Prusia, etc.

Que es como si el pobre albañil que vive en la bohardilla de mi casa dijera á su mujer esta tarde al volver del trabajo: «Mira, hija, que el Duque de Fernán-Núñez va en coche; con que es preciso que nosotros nos echemos también una berlina.»

Por supuesto, que á los autores no se les olvida decir que el proyecto no grava el presupuesto en lo más mínimo, pues se pagaría el nuevo centro con los fondos destinados á la Dirección de Agricultura que había de suprimirse. Pero esto lo dicen siempre los que pretenden hacer pasar alguna reforma cara, y luego nunca resulta cierto.

Lo mismo se dijo al establecer las Audiencias del perro chico y las Administraciones subalternas, y ahora resulta que unas y otras cuestan un riñón al país.

En suma: que no hay ningún motivo que abone el proyectado despilfarro, como no sea el desbarajuste que actualmente reina en lo referente á la agricultura.

Pero como no hay razón ninguna para suponer que el futuro Ministerio había de andar mejor arreglado que la actual Dirección, resulta que este motivo tampoco vale.

Si el actual desbarajuste se hubiera de remediar con nuevas creaciones, entonces sí sería cosa de crear, no un Ministerio de Agricultura, sino cuatro ó cinco.

Porque lo que es el desorden actual en lo referente á la agricultura no puede ser mayor seguramente, dicho sea con perdón del Conde de Xiquena.

A una provincia que cononozco yo mucho, se enviaron hace poco, de orden de S. E,. un montón de sacos de guano sin decir al Gobernador para qué eran, y el Gobernador, que no sabe qué hacer de ellos, pues no hay allí granja provincial ni campo de experiencias, está fastidiado por el mal olor, y además por la duda de si poner tienda de guano ó volvérselo al Ministro respetuosamente.

El resultado será que los sacos, atacados por el amoniaco, se irán rompiendo y se perderá el guano que habrán pagado muy caro los contribuyentes.

Pues con motivo de la filoxera, verán ustedes lo que hizo el Conde.

Envió á esa misma provincia que yo conozco, á combatir la filoxera, un ingeniero agrónomo con un ayudante y varios ordenanzas.

El ingeniero se fue desde luego á reconocer el terreno invadido, del cual formó un plano detallado que envió al Ministerio con una Memoria explicativa de las condiciones y la extensión de la plaga y de la necesidad

de poner los medios para exterminarla cuanto antes.

Hecho lo cual se quedó esperando órdenes... é ingredientes.

Pasó un día y otro día,
pasaba un mes y otro mes,
y la orden no venía...

Pero al cabo de tres ó cuatro meses ¿qué dirán ustedes que envió el Ministro al ingeniero?...

—¿Sulfuro de carbono?...

—¡Quiá! Un escribiente con seis mil reales de sueldo.

IMPRESIONES.

San Sebastián 18 de Agosto de 1889.

No soy impresionable.

Pueden ustedes creerlo. Sé andar viajando todo un verano sin que me impresione ninguna cosa.

Lo cual no tiene nada de particular, porque, bien mirado, ¿qué le puede ya impresionar á un hombre que ha vivido tres años y tres trimestres bajo el Gobierno, llamésmole así, pero llamémosle también detestable, de los fusionistas.

Sin embargo, hay cosas que todavía le impresionan á uno, porque... es aquello del tío Antonio el ciego, cuando la tabernera dudaba de su desgracia fundándose en que si fuera ciego no hubiera conocido que estaba el cuartillo sin llenar:

—Bastante ciego soy—dijo el tío Antonio;
pero es usted capaz, tía tabernera,
de hacer abrir los ojos al demonio.

Lo mismo pasa en el caso presente. Yo soy

de *suyo*, como diría *La Iberia*, muy poco impresionable; pero hay cosas capaces de impresionar á Mansi mismi, cuanto más á un hombre que, aunque muy curado de espantos, á fuerza de ver y sentir las barrabasadas progresistas, al fin y al cabo no es un adoquín, ni mucho menos un Académico.

Pues bueno; figúrense ustedes que, después de haber estado un mes fuera de Madrid, vengo á San Sebastián á los toros y ¡paf! lo primero que me encuentro al volver una esquina es.....

—¿Mansi?....

—No: Mansi no fué lo primero; fué lo tercero ó lo cuarto.

—¿Abascal?

—Tampoco; al Alcalde afortunadamente no le he encontrado. Un ser mucho más dañino que Mansi y que Abascal todavía. Lo primero que me encontré por venir á los toros fué.....

—¿Un toro?.....

—Poco menos... Un revendedor de los de Madrid, de los auténticos, que me dijo á quema-ropa: «Señorito, barreras por su precio, catorce pesetas.»

Catorce mil pares de demonios que te lleven, hubiera yo dicho si me hubiera dejado dominar por la mala impresión; pero gracias á Dios la dominé yo á ella y callé y pasé, sintiendo, creo que por primera vez en mi vida,

no tener autoridad para llevar aquel hombre á la cárcel.

Porque, vamos á ver, ¿por qué habían de andar en libertad los revendedores? me decía yo. ¿No están encerrados los toros? Pues bicho por bicho, creo yo que son en su tanto más dañinos los revendedores.

Porque al fin los toros cuando están en libertad, allá en la dehesa, si no se les llama la atención, si no se les hacen añagazas, por ejemplo, con un trapo colorado, no se suelen meter con nadie; mientras que los revendedores estando en libertad, le asedian á uno y le meten los billetes por los ojos y no le dejan sosegar hasta sacarle el dinero del bolsillo.

Y no se contentan con estarse en Madrid, que es como si dijéramos, su dehesa, ni con hacer allí su agosto por el invierno, sino que quieren aprovechar también el agosto natural y se vienen aquí, á más de setenta leguas, á echar el alto en una bocacalle al infeliz parroquiano que reputaba por la mayor de las venturas del veraneo, la de haberlos perdido de vista.

¿Pero será verdad ó habré yo soñado? me dije fregándome los ojos cuando me fuí reponiendo del susto.

Me volví á mirar, y la maldita realidad volvió á darme en los ojos... y en los oídos, porque el revendedor tomó la mirada por una

tentación y tornó á repetir toda su tonadilla, incluso lo de las catorce pesetas.

No había duda: era un revendedor madrileño, y para mayor ignominia era *el mismo*.

¿Saben ustedes á cuál llamo yo el mismo? Al que me cobró este invierno treinta duros por cinco butacas del Español para la función en honor de Rafael Calvo. ¡Treinta duros por cinco butacas que costaban dos duros cada una!

¿Por qué habían de andar en libertad los revendedores? continuaba yo diciendo para mí, hasta que de pronto vi claro, me dí una palmada en la frente, y me volví á decir:

—¡Qué inocente soy! ¿Pues no sé que vivimos bajo un Gobierno progresista?

¿Cómo quiero llevar á la cárcel á los revendedores de billetes, cuando andan por ahí en libertad los revendedores de destinos...?

De todos modos, confieso que me costó trabajo resignarme á pasar por las horcas moretinas del revendedor, y seguí quejándome del Pilatos fusionista de aquí, que los consiente; como si para esquilmar á los aficionados á la noble y hermosa fiesta nacioual no fuera bastante Arana sólo.

Este Arana... y recomiendo mucho cuidado á los cajistas no vayan á poner eñe por ene, porque parecería maliciosa la equivocación; este Arana es un empresario de espectáculos que se conoce que ha tomado por modelo al

Gobierno, pues nunca suele cumplir lo que ofrece.

Y así como el Gobierno ofrece economías, y despues de mucho ofrecerlas da inmoralidades en Cuba ó en Cuenca, ó en cualquier otro continente, sin excluir el Ayuntamiento de la Villa y Corte, así Ara... ¡cuidado! Así Arana ofrece, verbigracia, seis toros, y da seis babosas ó cinco.

Pero en cambio pone muy caros los billetes, y váyase lo uno por lo otro.

Verdad es que caros y todo los vende, porque con la afición á nuestros toros que se va despertando en Francia, en cuanto Arana hace un cartel muy extravagante, á siete tintas, y le fija en San Juan de Luz, y en Bayona, y en Dax, y en Pau, etc., ya tiene la plaza llena de franceses, y más grande que fuera.

Por cierto que, á fin de hacer la plaza más grande,

¿Qué dirán ustedes
que es lo que ha *inventao*
este *buen* Arana
el año *pasao*?

Lo de *buen* es un ripio. Ya se conoce; pero lo *advierto* por si acaso.

Pues ha *inventao* nada menos que poner á la plaza un piso más; levantar sobre los palcos y andanadas otro orden de localidades que él ha bautizado con el nombre de *sobrepalcos*, y que comprenden una fila de asientos

adelante, junto al balaustre, y un paseo como en los circos, desde el cual se ven los toros al sol, y sin sentarse, por tres pesetas; media más de lo que cuesta en Madrid la andanada de sombra.

Tal es el resultado de esta nueva invasión francesa, más temible que la del año ocho, porque de aquélla se defendieron nuestros abuelos á tiros, pero de ésta no hay manera de defenderse.

Y no sólo produce el mal de encarecer la fiesta, sino el de echarla á perder completamente. Porque como los franceses lo aplauden todo, los toreros se echan á la *vita bona* y torean en francés, es decir, que hacen chapucerías dignas de presidio.

Para los franceses la gracia está en que el banderillero clave los palos sea donde quiera y como quiera, y en que el matador meta la espada por cualquier parte.

El día de Nuestra Señora asesinó el *Maestro* un toro, dándole á la media vuelta un meteisaca por delante del brazuelo, sin haber intentado siquiera pasarle y herirle á ley. Pues no se pueden ustedes figurar cuánto celebraban los franceses aquello.

—¡*Mocha pogontituda*!—decía entusiasmado uno que chapurreaba el castellano un poco.

—Y mucha barbaridad—le dijo un madrileño que estaba junto á él, ya cansado de oirle desatinos.

—¡Ah! *¿Ce n'est pas bien?*—preguntó el francés asombrado.

—No, señor; muy mal; eso es un degüello indecente.

—*¡Oh! Mais il l'a tué...*—repuso el francés envalentonado al ver que el toro se echaba.

—¡Es claro! También le hubiera podido matar con un fusil.

—*¡Oh! Mais...*

Y, nada; no se les saca de su idea.

Cuando un picador raja á un toro la paletilla de arriba abajo, prorrumpen en aplausos frenéticos. Aquello creen que es lo mejor; y eso que son protectores de los animales y tienen horror á la sangre, etc.

—*¡Très bien! ¡Très bien placées!*—decía con mucho énfasis y mucho pulmón un francés que estaba á mi lado, al ver un par de banderillas de las que la una estaba en el costillar y la otra cerca de la oreja.

También suelen contribuir á estropear la función los presidentes, que dirigen mal, y los periódicos locales que lo aplauden todo en sus revistas.

El otro día hubo un toro de Aleas que tenía la cuerna en forma de anillo casi completamente cerrado: no mató ni hirió á ningún caballo porque no podía acornear: en cualquier plaza formal que se hubiera presentado, se le hubiera echado en seguida al corral por defectuoso. Pues aquí se lidió, y á la mañana

siguiente todos los revisteros indígenas le llamaban en sus revistas *bien armado*.

Ya se ve lo que entenderán de armaduras.

Dejando los revendedores y los toros y viniendo á los progresistas, que tienen también invadida esta hermosa ciudad, con no menos fuerza ni menos daño que los franceses el circo taurino, diré á ustedes que efectivamente los tales progresistas lo llenan todo y lo estropean todo.

Donde quiera que uno va encuentra los mismos progresistas con los mismos collares, ó con las mismas colleras, que si no llevaban merecían llevar ahí por Recoletos, y las mismas progresistas, del sexo que llamamos bello, por galantería las más de las veces.

Y cuidado que las progresistas son, si cabe, más fastidiosas que sus excelentísimos maridos.

—¿Qué es lo que más te ha gustado?—preguntaba anoche al salir del casino después del concierto de Albéniz una diputada á una directora general.

—Todo me ha parecido bien, pero lo que me ha gustado más ha sido eso último que tocaron *á duo los tres* instrumentos.

Como comprenderán ustedes, tal invasión de progresistas de ambos sexos da á esta colonia veraniega cierto tono cursi que no merecía tener.

Pero que no se puede evitar, no siendo de

una de estas dos maneras: ó echando abajo el Gobierno, ó poniendo aquí á la entrada de la ciudad una compañía de miqueletes con esta consigna: No se admiten ministeriales.

Este segundo procedimiento me gustaría mucho... Casi tanto como el primero.

DE TAL PALO TAL ASTILLA.

NOVELA DE PEREDA.

(1880)

I.

Por desgracia ó por fortuna, que casi no sabré decirlo á punto fijo, siempre me ha tocado hablar de los libros de Pereda, después que ya los ha juzgado todo el mundo.

Mas esta vez indudablemente ha sido para mí una verdadera suerte el llegar tarde.

Porque si hubiera podido escribir de esta última novela tan pronto como vió la luz pública, hubiera tenido que reducirme á dar á conocer á grandes rasgos el asunto y hacer del desempeño los fervientes elogios que son de justicia, y que no por serlo hubieran dejado quizá de parecer producto de amistad personal ó de apasionamiento de escuela.

Pero ha corrido un mes desde que se presentó en los escaparates de los libreros *De tal palo tal astilla*, cuya primera edición, por más señas, está ya agotándose, y en ese tiempo no

ha quedado revista, ni periódico apenas con pretensiones de literario, que no se haya creído en el deber de dar á sus lectores noticia del libro con más ó menos literatura, ni ha quedado escritor que presuma de crítico, que no haya tenido la bondad de emitir su opinión acerca de esta obra, desde la ínfima categoría de los comparsas, hasta las primeras partes del teatro racionalista.

Y como quiera que (y esto casi no es necesario decirlo) á toda esa bullidora colmena de sabios la ha gustado la novela del ilustre escritor montañés, casi tanto como cualquier dolor agudo, tampoco es necesario decir que la novela no puede ser mejor, que es excelente, que el autor ha dado en el quid y ha logrado hacer un verdadero libro de batalla, y áun de victoria, si vale la frase.

Y aquí permítaseme alabar á Dios por la mudanza de un crítico, no racionalista, sino católico, y por cierto de erudición vastísima, sin que me atreva yo á asegurar que ande tan arriba como en erudición, en discernimiento. (1)

Enamorado, al parecer, de las formas clásicas, y un si es ó no es hasta del fondo, venía este crítico sosteniendo, á propósito de los libros de Pereda ó de cualesquiera otros libros,

(1) Aludía al señor Menéndez Pelayo, cuya erudición es maravillosa, pero cuya falta de criterio en ésta como en otras materias, es verdaderamente lamentable.

la estrambótica y *non sancta* teoría del cultivo de *el arte por el arte*; es decir, que los escritores, aunque sean como el señor Pereda, y todos los demás artistas, han de hacer sus obras por hacerlas, ó cuando más, por venderlas.

Todavía no va un año desde que el escritor á quien hago referencia escribía con motivo de la novela de Pereda que precedió á la de ahora, del *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, estas terminantes palabras: «Yo no admito que el señor Pereda se haya propuesto en esta novela probar nada,» y daba la razón, añadiendo con cierto desdén entre paréntesis: «Es demasiado artista para eso.»

No es ciertamente ocasión ahora de refutar estas especies, lo uno por haberlas ya refutado con alguna extensión entonces, y lo otro porque el mismo autor de ellas se ha encargado de refutarlas por su cuenta con un artículo reciente, en donde á más de llamar á esta novela «primorosa obra literaria y BUENA OBRA MORAL,» dice luego: «Es lo cierto que de sus novelas (las de Pereda) como de toda obra artística que sea fiel trasunto de la vida humana, se infieren, no una, sino muchas y variadas lecciones. Así, del conflicto religioso que en la novela del señor Pereda estalla, sacará cualquier lector de buen seso, entre otras consecuencias no menos trascendentales, la siguiente...» y pone entre comillas una especie de teorema que

sin ser el principalmente desarrollado en la obra, es sin duda uno de los corolarios que de ella pueden deducirse. Más adelante añade, elogiando la manera cómo el novelista resuelve el conflicto religioso planteado en su obra: «Convertir al impío al fin de la novela hubiera sido echar á perder *la tremenda lección que de toda ella se deduce* y que el doctor Peñarrubia (padre) formula así: «¡Señor, tremenda es tu justicia!»

Por donde se ve claro que el joven y apreciabilísimo escritor ha caído de su burro y tiene la lealtad y franqueza de confesarlo, conociendo que si *humanum est errare, sapientis est mutare consilium.* (1)

Y es tanto más de celebrar el nuevo rumbo del escritor indicado, cuanto que iba ya comenzando á formar escuela.

No há mucho que un biógrafo aturdido, escribiendo en una publicación ilustrada y católica, decía de Paul Feval, en son de alabanza, que nunca se proponía en sus obras resolver problemas ni demostrar doctrinas. Y lo decía con tan poca oportunidad, que casi al mismo tiempo escribía en la segunda parte de sus *Etapas de una conversión* el ilustre convertido estas palabras:

---

(1) Desgraciadamente, después ha vuelto el Sr. Menéndez Pelayo á defender la teoría del arte por el arte, y á tronar contra las novelas *tendenciosas*. De donde resulta que como crítico no tiene atadero.

«El Sr. Barante, allá en el tiempo en que estaba en boga, quiso desenterrar aquella carcomida sentencia, *scribitur ad narrandum*.... ya puedes figurarte el éxito que tendría entre los que leen saltando páginas..... Yo por mí confieso francamente que si no tuviera nada que probar me callaría. SCRIBITUR AD PROBANDUM sería mi divisa si yo mereciese tener una divisa, ó cuando más me permitiría *escribir para narrar*, pero sólo á condición de *narrar para demostrar*.»

Me he detenido quizás demasiado en este punto, porque le considero de suma importancia. Pero vamos al cuento.

II.

En un hermoso lugarcillo de la montaña de Santander llamado Valdecines, vive en compañía de su madre y de una hermana más niña, una joven llamada Agueda, rica en bienes de fortuna, bastante más rica de gracias y perfecciones naturales, y mucho más rica todavía en discreción, talento y virtudes, que hacen incomparable la hermosura de su alma.

En otro lugarcillo no muy distante del anterior vive el doctor Peñarrubia, médico descreído que alcanzó gran fama en la córte, y que poco satisfecho de ésta y de aquélla, que debieron darle más de un disgusto, se ha

retirado á vivir tranquilamente en su pueblo natal, mientras su hijo Fernando, gallardo mozo de clarísimo talento, pero que no ha recibido ninguna educación religiosa, y que por consiguiente milita en las filas más avanzadas de la impiedad materialista y atea, concluye en Madrid, con gran aplauso de los suyos, la carrera de medicina.

Fernando y Agueda se conocieron y se amaron con ese amor tierno, desinteresado y puro, que donde prende una vez ya no se apaga sino con el postrer suspiro de la vida: parecían formados el uno para el otro.

Pero un día doña Marta, la madre de Águeda supo que Fernando era incrédulo rematado, y le cerró severa y terminantemente las puertas de su casa.

Fernando se volvió á Madrid á continuar sus estudios, harto preocupado con aquella determinación, aunque confiaba en que no había de ser duradera, y en que estando, como estaba, seguro del amor de Águeda, no dejarían al fin de verse logradas sus recíprocas aficiones.

Cae después gravemente enferma la madre de Águeda, y ésta, que ni fía demasiado en el saber de D. Lesmes, pobre charlatán que hace de cirujano en Valdecines, ni da importancia á los cuentos del vulgo sobre las brujerías que se atribuyen al doctor Peñarrubia, conocido con el terrible nombre de *Pateta*, le es-

cribe una carta pidiéndole para su madre los auxilios de la medicina.

El doctor, va en efecto, á visitar á doña Marta, y aquí comienza la narración.

El primer capítulo de la novela es el paso del doctor y de Macabeo, que le ha llevado la carta y le sirve de espolista, por la hoz que hay entre Valdecines y Perojales, durante una tempestad horrorosa.

Los auxilios de la ciencia son ya tardíos; el doctor apenas llega más que á presenciar la cristiana muerte de la madre de Águeda.

Esta se queda sola con su hermana menor, la niña Pilar, y ambas, pero principalmente la primera, tienen que sufrir por unos días bajo la tutela de D. Sotero, administrador que fué de la casa en vida de doña Marta, tan malvado y tan hipócrita, que el diablo no tiene por donde desecharle.

Fernando vuelve de Madrid esperanzado de poder ahora casarse con Águeda, no habiendo ya nadie que legítimamente pueda oponerse á sus mutuos amores, y tiene con ella alguna entrevista; pero Águeda cumple su deber de cristiana con heroico valor, sofoca en su pecho como puede el amor que siente por Fernando, y le prohibe, igual que su madre, volver á verla mientras no crea y obre como católico.

Lucha Fernando con su amor y con su incredulidad, y en la imposibilidad de vencer

al primero, trata de vencer á la segunda: celebra al efecto una conferencia preliminar con el sabio y virtuoso Párroco de Valdecines; mas en esto llegan á sus oídos los rumores de la maledicencia popular excitada por don Sotero (que desea que Águeda se case con un sobrino suyo ó no se case con nadie), propalando que el hijo del doctor quiere hacer la pamema de que se convierte para hacerse dueño del pingüe caudal de Águeda, y con esto y con lo difícil que le parece su conversión, y con lo imposible de vencer sin ella la noble resistencia de Águeda, se le amontona el juicio y pone término violentamente á su carrera en el mundo.

Tal es así por encima el argumento de esta novela, que narrado de la tan especial manera como Pereda sabe narrar; y adornado de bellísimos é interesantes episodios, forma un libro que, una vez abierto, no se acierta á cerrarle.

Siento en el alma no dedicar un rato á referir sus bellezas; mas ¿cómo lo haría, si para enumerarlas todas me había de faltar tiempo y espacio, y por otra parte no me creo con valor para entresacarlas?

¡Qué descripciones! ¡Qué diálogos! El primer capítulo de la obra, en el que se describe la hoz por donde pasan el doctor y Macabeo en una noche de tempestad, bastaría por sí solo para formar la reputación de un novelista.

Y ¿qué podría decir del diálogo entre Macabeo y Tasia en el capítulo IX? Y ¿qué de la sencillez y de la verdad de aquel otro entre Fernando y la niña Pilar en el jardín de la casa, y de la exquisita ternura de otros varios entre las dos huérfanas, por ejemplo, el del final del capítulo VII? Y en otro estilo, ¿qué cosa más graciosa ni más al vivo pintada que la escarapela de la botica entre el cirujano, el boticario y el maestro?

Sin embargo, donde verdaderamente aparece inimitable Pereda en esta obra, es en los personajes. Hasta los de menor importancia son figuras tan caracterizadas, tan verdaderas y tan interesantes que no puede olvidarse de ellas el que las ha conocido. Don Sotero, áun con ser la figura menos real, es una terrible encarnación de la avaricia que, consentida en principio y halagada, llega á embotar hasta un punto increible la sensibilidad de la conciencia. El animalejo de su sobrino está perfectamente concebido y dibujado, y Macabeo es una joya artística. Á don Lesmes el cirujano, natural de Vitigudino, se le ve hablar y gesticular, y hasta el metal de su voz cree uno estar oyendo. Los Peñarrubias, padre é hijo, son tipos de primer orden.

Pero el gran carácter de esta novela es Águeda, y el mejor de cuantos ha creado Pereda con haberlos hecho tan buenos. Mo-

delo acabado de la doncella cristiana, dotada de un corazón noble, apasionado y sensible, ama con todo su corazón, pero subordina á la razón sus afectos, somete su corazón á su conciencia, y cumple su deber como si fuera la cosa más fácil y natural del mundo, con verdadero valor cristiano. La poderosa sencillez de sus razonamientos es tal, que el mismo Fernando, contra cuya aspiración los emplea, incrédulo y todo como es y apasionado como está, reconoce que no son hijos del fanatismo, sino que su resistencia es razonada, persuasiva y heroica, puesto que en la lucha arriesga Agueda lo mismo que él, y no la arredra el peligro ni la detienen humanas contemplaciones.

Agueda personifica la santa intransigencia católica que, en cuanto se toca al honor de Dios, se cierra á la banda, así se atraviesen en la contienda todos los intereses y todos los afectos del mundo; y la novela en que Agueda es la protagonista es un himno á esa santa intransigencia de que maldicen los malos y de que se avergüenzan algunos buenos, que también son malos, aunque tengan la ridícula candidez de creer que son buenos.

Agueda es de la madera de los mártires, y si hubiera vivido en tiempo de persecución religiosa á mano armada, hubiera muerto indudablemente en la hoguera ó en el circo: porque no se necesita en verdad menos he-

roismo que para dar la vida de una vez al fuego ó á las fieras ó al filo de la espada, para darla lentamente gota á gota, esprimiendo entre amarguras y tristezas el corazón contrariado. Y Agueda ofrece á Dios su vida de esta manera cuando, convencida del estado tristísimo y desgarrador en que se encuentra el entendimiento del hombre á quien ama, y de lo difícil y casi imposible de lograr ya lo que ella ha creído su felicidad en la tierra, derrama su corazón delante de Dios en esta oración hermosísima:—«¡Señor y Redentor mío, inspírale! ¡Envía á su corazón una chispa de tu gracia! ¡Que crea y se salve, aunque yo le pierda! Y si el peso de sus errores ha de vencerle, que no me falten las fuerzas para llevar con resignación la cruz de mi desventura...»

III

El mejor elogio de la novela de que vengo tratando, y la más autorizada confirmación, á la vez, de los que dejo hechos por mi cuenta, es la dureza y el furor desplegados contra ella por la crítica racionalista.

Ya indiqué arriba que apenas quedaba periódico que no la hubiera anunciado con frases más ó menos hostiles, ni crítico de alguna fama que no hubiera echado sobre ella

toda la bilis literaria almacenada en su librepensamiento. En la imposibilidad de hacer mención de todos, haréla no más de los menos fanáticos, que se han dignado ¡oh generosidad! ponderar la novela por su forma, al condenarla unánimes por reaccionaria y defensora de la intolerancia.

El autor de un artículo publicado en *El Demócrata*, acusa al libro de pesimista sin más razón para ello, á lo que se me alcanza, que el que no pasen allí las cosas á la medida de los humanos deseos y á gusto del mundo, y hasta llega á negar á la novela la condición de tal, porque «al carácter humano de todos los afectos resisten presiones exteriores, que son las únicas que dificultan la solución del conflicto.»

¡Presiones exteriores! Y ¿qué entiende el articulista por presiones exteriores? ¿La fe de Agueda tal vez? ¿La ley de Dios acaso? ¿La gracia divina suavemente moviendo, pero dejando obrar libremente á la voluntad humana? ¿La misma voluntad humana separándose libremente de la ley divina, ó sometiéndose libremente á ella?

Pues estas son las causas que concurren en la obra de Pereda á la creación y á la solución del conflicto.

Por eso hay verdadero conflicto, verdadera acción, verdadera lucha.

Porque ni la fe, ni la gracia matan los

afectos del corazón: cuando más, los subyugan, pero los subyugan luchando.

Y de aquí la inmensa superioridad de la literatura cristiana en comparación con las literaturas antiguas, porque ha utilizado el interesante y variado ejercicio del libre albedrío del hombre, ora rindiéndose á la gracia, ora resistiéndola, ora triunfando de la tentación con el auxilio de la gracia, ora desperdiciando este auxilio y sucumbiendo á la tentación, en lugar de la fría y monótona fatalidad del paganismo.

Decir luego que la Religión «es hermosa cuando une, y *cruel* y *horrible* cuando separa,» es una vulgaridad progresista; porque ni la Religión, ni nadie, puede unir la luz con las tinieblas; y hacer unión donde no hay para ella términos hábiles, es hacer la más lamentable de las confusiones.

Lo mismo que decir que «el problema de la intolerancia ó se aborda con valentía, ó resulta fríamente ortodoxo y descarnado de elementos estéticos.»

No parece sino que el articulista ha trocado los frenos y ha escrito esas frases en lugar de escribir estas otras, es á saber: que el problema de la intolerancia, ó se aborda con valentía, como el Sr. Pereda le ha abordado, ó resulta fríamente heterodoxo y descarnado de elementos estéticos, como en la obra á que manifiestamente alude el articulista.

Mas lo que tiene muchísima gracia es la peregrina ocurrencia de este crítico, cuando á propósito de la educación del hijo del doctor Peñarrubia, pregunta todo escandalizado al señor Pereda si «no le repugna el espectáculo *increible* de un padre que arranca á su hijo las ilusiones de la creencia en la edad en que más él *necesita creer para seguir viviendo bien y honradamente.*»

Donde aparte de eso de las *ilusiones*, hay la confesión, chistosa en un racionalista, de que, sin creer, no se puede ser bueno y honrado.

¿Y esto, habrá dicho para sí el Sr. Pereda, me lo pregunta un partidario decidido de los gobiernos, llamémosles así, que suprimieron el Catecismo en las escuelas? ¡A qué extremos conducen la pasion... y la ignorancia!

El periódico titulado *El Liberal* ha publicado también sobre esta novela su correspondiente artículo.

El autor de él, después de disertar un poco acerca de las grandes condiciones y facultades de Pereda como novelista, se lamenta amargamente de que todas sus obras «das inspire un espíritu reaccionario é intransigente,» sin lo cual «resultarían, á su entender, más acabadas y *plausibles.*»

Relata luego á su manera el argumento, hace después, igual que el crítico anterior y lo mismo que el subsiguiente, la obligada

comparación entre esta novela y *Gloria*, y continúa fluctuando entre su natural rectitud, que le lleva á reconocer que la obra está «primorosamente escrita,» que tiene «cuadros de luz esplendorosa y brillante» y tipos «admirablemente retratados», y el espíritu de secta, que le hace hallar en el libro falta de interés, de pasiones, de grandes caracteres y hasta de verdad artística.

Todo para concluir con estas sentenciosas frases:

«En *Gloria*, el amor triunfa de la intransigencia religiosa; en Agueda puede más la fé que el amor. (*¡Inde irae!*) El Sr. Pereda ha hecho un buen libro, pero no ha logrado su propósito. Quiso, inútilmente, que Agueda fuese el reverso de la medalla de Gloria, porque Gloria no tiene reverso.»

Lo que no tiene es anverso, como tendré el honor de demostrar algun día.

IV.

Bien quisiera poder trasladar aquí literalmente las alabanzas que *De tal palo tal astilla* arranca al crítico de *El Imparcial*, que es, de entre todos, el que aborda el asunto con más pretensiones de erudito.

Pero es imposible; haría este artículo interminable.

«Paisajes hermosos con tanta luz como los de Claudio Lorena, con tanta verdad y sabia composición como los del Pussino», «la natural sencillez de un diálogo de Timoneda», «la dulzura melancólica de una égloga de Garcilaso», «cuadros de costumbres de la aldea comparables sólo á lo mejor que en este género pueda haberse escrito,» «una conferencia digna de cualquier médico de aquellos que inmortalizó Molière», seguridad de «que no cabe más arte en la descripción del país y de las costumbres...» Todo esto y mucho más que dice, desleído en una columna de letra pequeña y apretada, ha encontrado el crítico de *El Imparcial* en la novela del Sr. Pereda.

Mas ¡oh dolor!... es decir, ¡oh ventura!... porque realmente, ¿de qué le servirían á mi querido amigo Pereda todos estos elogios por más que sean desinteresados é imparciales?

El verdadero elogio y el más apetecible y estimable viene ahora.

Después de todas esas alabanzas, resulta que al crítico de *El Imparcial* le parece muy mala, detestable la novela de Pereda. Por parecerle mala, hasta le parece peor que *Don Gonzalo*, que, dicho sea para satisfacción del autor, tampoco le pareció buena.

Y las razones, si así puede llamárselas, son: «Porque el Sr. Pereda ha querido dar su opinión sobre el conflicto religioso», «porque ha

hecho una novela *tendenciosa* de esas que demuestran ó poco menos lo que al autor se le ha metido en la cabeza que es la verdad, aunque no lo sea», porque «el Sr. Pereda mejoraría sus obras si en ellas prescindiese de mezclar lo humano con lo divino y no se acordase de que había en el mundo positivismo, Ateneo ni facultad de medicina», y en suma, porque «*De tal palo tal astilla* cojea del mismo pie que *D. Gonzalo González de la Gonzalera*, pero cojea mucho más.» Lo cual en cristiano viejo quiere decir que *De tal palo tal astilla* es todavía mejor que *Don Gonzalo*.

«Como á mí me gustan las cosas claras, continúa el crítico de *El Imparcial*, digo que el Sr. Pereda ha querido darnos la triaca del veneno (aquí vuelve *Gloria*) que el Sr. Galdós nos propinó con su *Gloria*... Es *De tal palo tal astilla*, una *Contra-Gloria*... *Contra-Gloria* se llama Águeda, y es en resumen una fórmula algebráica de la más vulgar mojigatería...» Y de aquí para adelante, el sapiente escritor, como dejase ya agotado el diccionario de los elogios, se entretiene en apurar el de los dicterios.

Pero vamos á cuentas: el crítico de *El Imparcial* dice, con todos los demás críticos racionalistas, que *De tal palo tal astilla* es una novela mala por ser una novela *tendenciosa*, y sin embargo confiesan esos críticos que *Gloria*, que para ellos es una novela excelen-

te se propone probar *esto ó lo otro*, es decir, que también es una novela tendenciosa; luego lo que al crítico de *El Imparcial* y á todos los críticos racionalistas les parece mal en la novela *De tal palo tal astilla* no es el que sea una novela *tendenciosa*, sino que su tendencia sea buena, es decir, el que sea una novela católica.

De suerte, que con decirlo así por lo claro, se ahorraban todos estos críticos tanta palabrería y tantos rodeos para venir á parar en que Águeda, la discreta y simpática y bellísima protagonista, es para ellos «sosa como una calabaza», porque no sabe á protestantismo.

De esta laya es todo lo que queda del artículo de *El Imparcial:* amontonar injurias contra Águeda y contra el novelista que ha creado á Águeda; decir de ella que es una mujer tan soberbia, tan desabrida y tan sin caridad, que no merece que la quiera ningún hombre, cuando aparte de su fe y de su clarísimo talento, es toda humildad, toda sensibilidad y toda ternura; quejarse de que «los novelistas *neos* no representen jamás el libre examen en hombres que crean en Dios y en la otra vida, sino en librepensadores de brocha gorda; decir diatribas mal encubiertas contra los milagros; llamar á los magníficos diálogos entre Águeda y Fernando *puerilidades peseudo-religiosas*, y repetir y volver á re-

petir todo esto, como si á fuerza de repetir muchas veces las mentiras se tornaran verdades.

«En suma, dice el crítico racionalista de *El Imparcial*, el Sr. Pereda ha escrito una novela monótona, fría, inverosímil, por seguir las huellas de escritores que tampoco han dado en el clavo (estos son Alarcón y Valera;) y por oponerse á otros (este es Galdós: ¡fuera sombreros!) que viven en *regiones* á que no debe aspirar el autor de *Don Gonzalo*.»

¡Ah! Esas regiones supongo yo que serán las logias; porque allí es donde se le ha decretado á Galdós una reputación de novelista sin saber escribir ni aun medianamente el castellano.

Pereda es un «artista admirable» y «no cabe más arte» que el de Pereda, según dice el crítico de *El Imparcial;* pero realmente no debe aspirar á las regiones en que se fraguan los esperpentos como *Gloria*, cuya menor desgracia no es ciertamente la de merecer la aprobación absoluta del crítico de *El Imparcial* y de todos los críticos *ejusdem fur furis*.

V.

En suma, digo yo, *De tal palo tal astilla* es una novela trascendental y bellísima por la in-

tención y por la manera admirable como está hecha, ó dígase por el fondo y por la forma.

Lo único que en ella no me gusta es el capítulo XXI, que considero un tanto peligroso y que si el Sr. Pereda me hiciera caso, suprimiría en la segunda edición, sustituyéndole con una sencilla noticia del consejo diabólico que da D. Sotero á su sobrino.

Por lo demás, repito que las críticas agrias y destempladas de los racionalistas, son la prueba más clara y más ineludible de que el señor Pereda ha puesto con su novela el dedo en la llaga, de que ha dado en lo vivo, pues de lo contrario no escocería como escuece.

Y en efecto, su novela tiene importancia religiosa y social como ninguna. Porque no es sólo contra los librepensadores y los indiferentistas, encomiadores fanáticos de la transigencia de *Gloria*, sino también contra el positivismo y la tontería de muchas hijas y muchas madres que se dicen católicas, y que en cuestión de matrimonio entran con todas como la romana del diablo, contra quien hay que presentar el tipo de Agueda, el tipo de la mujer católica de verdad, que piensa en lo que debe á Dios, en lo que se debe á sí misma y en lo que debe á sus hijos, si á Dios pluguiere dárselos. Contra esas madres y esas hijas, de las que ya en su tiempo decía el P. Martínez de la Parra, en su libro titulado *Luz de verdades católicas:* «Sepa ganar dineros

(el novio) y áun quizá hurtarlos, y concluyóse; aunque él sea un mal hombre, y aunque se dude por sus acciones si es cristiano»; contra esas es contra quien hay que predicar que, según los Divinos Oráculos *no hay paz con los impíos*, y que hay que *buscar lo primero el reino de Dios y su justicia*, y que *todo es vanidad fuera de amar á Dios y servirle*, y que *de nada le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma.*

FRA-DIAVOLO.

(ARTÍCULO DE POCO MÁS Ó MENOS.)

(1881)

Si no la invención, porque está sacado del natural, por lo menos el primer apunte conocido de este personaje, me pertenece.

Recuerdo que le exhibí por primera vez una tarde á media luz en las columnas de *El Siglo Futuro*, con ocasión de sacar á relucir algunos abusos del ramo de Correos, y le gustó tanto á *El Imparcial*, que quiso reproducirle ampliado en su primer fondo al otro dia por la mañana. Mas como no le había visto sino á media luz, no conservó con fidelidad sus rasgos todos, y equivocó muchísimos detalles.

Así es, que el retrato de *El Imparcial*, aunque bastante parecido, no salió perfecto.

Y no hay más remedio que volver á retratar á *Fra-diavolo*.

Fra-diavolo es el cacique liberal-conservador de un partido rural cualquiera.

El Imparcial dijo que *Fra-diavolo* era

sastre y procurador, y en esto padeció una confusión, hija sin duda de la media luz en que vió el boceto. *Fra-diavolo* no es sastre, es casi siempre abogado; si bien es verdad que lo mismo podía ser sastre, y que si no ha sido nunca sastre así como suena, ha sido siempre lo que se llama un buen sastre.

Quedamos en que *Fra-diavolo* no es sastre ni procurador.

Fra-diavolo, por sí, no es más que abogado en ejercicio, registrador de la propiedad, contratista de abastos, labrador, molinero y patrón de casa de huéspedes.

Pero tiene gente de suyo para ser todas las demás cosas que hay que ser en un pueblo cabeza de partido. Un hermano, por ejemplo, puede ser administrador de Estancadas, jefe de los estanqueros... aéreos, ó que si no son aéreos todavía, pueden llegar á serlo con el tiempo, si se les escamotean los premios reglamentarios.

También se dan casos de haber un cuñado que sea secretario de Ayuntamiento, bajo cuya jurisdicción cae todo bicho viviente por fas ó por nefas, casi siempre por nefas, porque el que no paga contribución territorial paga matrícula, cosas una y otra que así pueden disminuirse como aumentarse.

A más de que bien sabidas son las universales atribuciones de estos funcionarios.

No es raro tampoco que en la misma casa

de *Fra-diavolo*, que para algo es casa de huéspedes, sea uno de estos el juez de primera instancia del partido. «Pleito bueno ó malo, el escribano de tu mano,» dice el refrán; pero *Fra-diavolo* va más allá que los refranes, y, sin perjuicio de tener un escribano amigo, tiene á pupilo al juez, y de esta manera, cuando *Fra-diavolo* defiende algún pleito, ó cuando *Fra-diavolo* está procesado (que también se dan casos de estar procesado *Fra-diavolo*) tiene mucho más de lo que en punto á pleitos exige el refrán susodicho.

Y por último, *Fra-diavolo* tiene también á su disposición un sastre (ahora viene el sastre con quien confundió á *Fra-diavolo El Imparcial*) sastre y procurador habilitado, y á ratos mesonero y hasta síndico del Ayuntamiento, sin perjuicio de ser administrador de correos por añadidura.

Este es uno de los más importantes auxiliares del cacique, y quizás el que más ventajas y utilidades le proporciona; porque, si como procurador habilitado, que funciona contra lo taxativamente preceptuado en reciente real orden, puede prestarle muy buenos servicios en los malos negocios, y todo sin comerlo ni beberlo, que es como si dijéramos sin saber leer ni escribir, también como síndico puede ser un poderoso elemento de prosperidad en la secretaría.

Y luego, como administrador de Correos,

confunde la correspondencia con el sayal y la corta por donde quiere, entregando la que no le da la gana de abrir, y decomisando en beneficio de su señor toda carta ó periódico sospechoso.

Amén, por supuesto, de otra ventaja no menor, cual es la de que, estando ocupado en todas estas cosas, no puede echarle á perder como sastre ningún gabán ni cosa por el estilo.

¿Puede darse una organización más completa?

Ríanse ustedes de los califatos de tierra de Mahoma y de las satrapías de la India. No hay un sátrapa en toda la tierra que sea tan sátrapa como *Fra-diavolo*; y eso que parece tonto, y además lo es.

Como abogado trabaja poco y mal, por supuesto; pero pleito que él defienda no se pierde nunca.

Por varias razones.

La primera, porque los malos pleitos son comúnmente los que se ganan, y los que él defienda, dicho se está que han de ser los peores.

La segunda, por el refrán aquel del escribano, refrán que *Fra-diavolo* hace extensivo al juez, á quien también suele tener de su mano como queda dicho. Tan de su mano, que se han dado casos de que el juez le haya pedido por favor que le dictara la sentencia

en algún pleito por él defendido, y de que él, *Fra-diavolo*, por su excesiva amabilidad, no haya tenido cara para negarse.

La tercera, porque áun cuando la Audiencia pudiera revocar estos fallos dictados por el abogado defensor, ya cuida *Fra-diavolo* de hacer caer por allí, como de casualidad, unas cuantas cartas del diputado cunero, su protegido, y sin que estas cartas ejerzan presión en los magistrados que han de fallar, les pintan las cosas de una manera que casi no pueden menos de fallar confirmando la resolución *fra-diabólica*.

Como Registrador de la propiedad, *Fra-diavolo* puede tener los libros hechos una lástima, ó hechos un embrollo, que aquí viene á ser lo mismo; pero no hay miedo que vaya por allí la visita á darle, cuando menos, un susto, porque ya el diputado cunero, su protegido, cuidará de espantarla y de conjurarla, y de mandarla ir por donde menos daño haga, como á las nubes.

Verdad es que una vez ya estuvo procesado por no haber ingresado en la administración unos derechos de traslación de dominio, y áun es verdad que el caso llegó á ponerse serio; pero de la noche á la mañana dieron vuelta las cosas, y todo se arregló satisfactoriamente, si no para la justicia, para *Fra-diavolo*.

Como político, *Fra-diavolo* es un modelo de

consecuencia, por más que algunos le llamen el judío errante de la política. Antes de la revolución de Septiembre no había sido más que progresista, unionista y moderado; progresista en el bienio, unionista en el quinquenio, y moderado y unionista, y otra vez moderado en las alternativas políticas de los cinco años anteriores al 68.

¿Qué menos había de ser?

Cuando supo el triunfo de la Revolución de Setiembre, gritó *¡viva la libertad!* por de pronto, porque aquel grito no podía ser malo, y se quedó á ver venir las cosas. Vino Amadeo, y mandó tocar las campanas. Se marchó Amadeo, y las mandó tocar también. La república no le hizo caso, y se dedicó á hacer mimos á los carlistas, que no le hicieron caso tampoco.

Pero llegaron los conservadores, y con los conservadores ha estado como el pez en el agua.

Casi tan á gusto como estaría hoy con los constitucionales, si los constitucionales no le hubieran dado con la puerta en los hocicos.

El administrador de Estancadas, que también pertenece á la familia *fra-diabluna*, también puede ser procesado por estafas á los estanqueros *(aéreos)* ó por falsificarles las firmas, ó por desacato al gobernador civil, ó por cualquier otra causa; pero con aquello del refrán susodicho, y con otros refranes de no menor eficacia todo se arregla.

Y si otro día se queja algún señor forastero de que los cigarros de cinco céntimos se vendan á diez en el distrito de *Fra-diavolo*, también esto se oye como quien oye llover, y también se arregla.

Y si el administrador no paga las libranzas á los que no votan á su gusto en las elecciones, á no ser con un fuerte descuento, pretestando no haber recibido el aviso, el registrador, por su parte, pone todas las trabas é inconvenientes necesarios, y algunos más, á las inscripciones solicitadas por los que no votan *para él*, y vamos andando.

Como molinero, *Fra-diavolo* no tiene más pretensiones que la de derribar otro molino que le hace sombra, y para derribarle intriga en el Gobierno civil y en el ministerio de Fomento. Y si antes de dictar resolución definitiva se pide que informe el pueblo sobre la conveniencia de derribar ó no el otro molino, es decir, sobre la verdad ó falsedad de los perjuicios generales alegados por *Fra-diavolo*, entonces *Fra-diavolo*, repartiendo promesas y empleillos de alguacil ó de peatón, trata de inducir á los vecinos á que declaren bien, es decir, mal, en la cuestión del molino.

Todo sin perjuicio de amenazar á cada paso, es decir, á cada elección, con el procedimiento ejecutivo, á los que le deben dinero de lo que tiene por allí prestado á usuras.

Aparte de todo esto y de otras menuden-

cias que no son para referidas de prisa, *Fra-diavolo* suele ser una buena persona, capaz, si á mano viene, de llevar cirio en las procesiones.

Este es *Fra-diavolo*.

Considérese ahora que hay un *Fra-diavolo* en cada distrito, donde no hay dos, y dígaseme si la hacen falta inundaciones ni canovistas ni otras calamidades á esta pobre patria nuestra para ser infeliz del todo.

FRÍO EXTRA-OFICIAL.

(RECUERDOS DE VIAJE.)

El primer oficio que había de estar prohibido, si hubiera gobierno, es el de componer calendarios.

Porque los tales calendarios, con capa de inocentes, suelen ser los libros más perniciosos del mundo.

Cuéntase de un infeliz que, por fiarse del calendario, fué á una feria, andando para ello diez ó doce leguas, y se encontró con que hacía ya quince años que no se celebraba.

Y también se cuenta, ó por lo menos se va á contar ahora, de otro que ha pasado, por culpa del calendario, un frío terrible.

La escena se desarrollaba en un vagón de primera clase, marcado con las iniciales A. G. L.

¿Ustedes saben lo que quiere decir esta marca?

Difícilmente; porque si siempre las cifras han sido de suyo malas de entender, cuando

detrás de ellas hay una tontería, se entienden menos.

En fin, si ustedes no lo entienden, se lo diré yo, y es lo mismo.

A. G. L. quiere decir *Asturias, Galicia y León*, que es como llaman ahora al antiguo ferrocarril del Noroeste.

Por cierto, que al bautizador le debió de quedar muy descansado el entendimiento.

Probablemente sería algún académico de la lengua, de los que promiscuan y son, á la vez que académicos de la lengua, académicos de ferrocarriles, ó consejeros, que tanto vale.

Porque convendrán ustedes conmigo en que llamar, aquí en Madrid, al ferrocarril del Noroeste, ferrocarril de *Asturias, Galicia y León*, es una tontería que sólo á un académico de la lengua puede ocurrírsele.

Dado que los académicos son aquí hasta ahora los únicos, á Dios gracias, que invierten por sistema el orden de las cosas.

Un dependiente de una fábrica de encajes que salga de Madrid para Francia por la estación del Norte, si le preguntan ustedes á dónde va, no les dirá á ustedes que á Irún, á Burgos y á Valladolid, sino viceversa; y un contratista de patatas para una fábrica de alcoholes, que salga de aquí para Aragón, tampoco responderá al que le pregunte por su viaje, que va á Huesca y á Zaragoza, sino á Zaragoza y á Huesca.

De seguro.

Y sin embargo, la Compañía ferroviaria del Norte y el Gobierno, le dicen á todo el que viaja por las líneas de Palencia á la Coruña ó de León á Gijón, que va á *Asturias, Galicia y León;* es decir, á León lo último, cuando es lo primero que se encuentra.

Dícese que esa nueva nomenclatura del ferrocarril del Noroeste, está puesta por orden alfabético; mas la verdad es que, en materia de rótulos de ferrocarriles, el orden alfabético, tiene mucho menos entronque con la razón que los académicos con las patatas.

Pero dejemos á los académicos y demás gente indocta que sigan diciendo ferrocarril de *Asturias, Galicia* y *León,* en lugar de decir de *León, Asturias y Galicia,* que es como mandan decir el sentido común y la lógica. Al fin y al cabo nada ó casi nada tiene esto que ver con el frío, que en la noche del 19 al 20 del pasado Octubre, recordarán ustedes, ó no lo recordarán, pero recuerdo yo que era horroroso.

Aunque extraoficial por supuesto.

Es decir, que como el calendario, en lugar de marcar el 15 de Diciembre ó siquiera el 2 ó el 3 de Noviembre, no marcaba todavía más que el 19 de Octubre, y el frío oficial ó reglamentario no comienza en España hasta el día de Todos los Santos, no había caloríferos.

En España somos así.

Lo reglamentamos todo, absolutamente todo, hasta los cambios atmosféricos. ¡Y todavía tenemos fama de desarreglados!

Verdad es que luego no solemos observar los reglamentos; pero como haya alguna disposición que sea completamente disparatada, esa no la quebrantamos casi nunca.

Ponemos á los agentes de O. P. (estas cifras no quieren decir Oliver Palo), una esclavina de hule, por cierto que están con ella monísimos, y se la ponemos, por ejemplo, digo, por paraguas, desde el 1.° de Abril al 30 de Setiembre.

Les ponemos asimismo un capote, y se le ponemos, por ejemplo, es decir, por abrigo, desde el 1.° de Octubre al 30 de Marzo.

Después hará frío en Abril y no lloverá, pero no importa; el agente de O. P. tendrá esclavina y no tendrá capote.

Lloverá y hará calor en días de Octubre ó de Marzo, y el agente de O. P. tendrá capote y no tendrá esclavina.

Lo mismo pasa en los ferrocarriles.

Hemos determinado que el frío oficial comience el 1.° de Noviembre, y dure, verbigracia, hasta el 31 de Marzo.

Helará y nevará en los últimos días de Octubre, ó en los primeros, que de todo se dan casos; hará frío, eso sí, muchísimo frío, pero será un frío antireglamentario, un frío furtivo, como si dijéramos.

Contra el cual no habrá estufas; pero habrá el derecho de decir que no es legal, y que se ha presentado indebidamente.

No diré que el frío del 19 de Octubre no fuera extraoficial y áun de contrabando; lo que sí digo es que era grande.

Y para que del todo lo fuera, venía conmigo un empleado de la compañía, bastante feo y un poco sordo, destinado naturalmente á la sección de reclamaciones, el cual en todas las paradas abría la portezuela para saludar y ofrecerse á los empleados subalternos.

Con lo cual el coche se enfriaba cada vez más y la estancia en él era cada vez más insoportable.

Si no llega á faltar el calendario, no sé lo que hubiera sido de nosotros.

Afortunadamente, el jefe de la estación de Valladolid, á quien no tengo el gusto de conocer más que para servirle, y cuyo nombre desearía saber, para darle aquí un aplauso *nominativo*, no tenía calendario, que es lo mejor que le puede suceder á cualquiera, ó si le tenía, no le hacía caso, que es lo que deben hacer los que le tienen; y como conociera que hacía mucho frío, no queriendo saber en qué día vivía, mandó calentar agua para los caloríferos, y el llegar el tren allí, nos los puso.

¡Dios se lo pague!

A no ser por él, quizá no estuvieran ustedes leyendo estas notas.

Porque la cosa iba ya tan mal, que hoy todavía, y eso que hace sol,

Cum subit illius tristissima noctis imago,

al recordar la estampa de aquella noche triste, me estremezco y digo asustado: ¡qué frío!

IGNORANCIAS NEAS.

(1886)

No hay gente más ignorante que los neos. Ni más presumida tampoco.

Demonstratur...

Pero antes de hacer la demostración, que es facilísima, hay que advertir que los neos no son los carlistas, como se cree comúnmente.

El antiguo partido carlista, en el cual hay hombres de poca y de mucha instrucción, de poco y de mucho talento, como los hay en todas partes, siempre ha sido por su consecuencia y su constancia un partido digno del respeto de sus adversarios.

Los neos son otra cosa. Los neos son entre los carlistas la moneda falsa (1).

Hecha esta advertencia, que me pareció necesaria para dejar la verdad en su lugar,

(1) Posteriormente, los neos á quienes se aludía en este artículo, desertaron casi todos con gran estrépito del campo carlista capitaneados por Ramoncito Nocedal que perdió los estribos, porque D. Cárlos no le quiso nombrar jefe del partido en sustitución de su padre. Hoy hacen de católicos á la exclusiva con el pomposo y ridículo nombre de *integristas*.

que no es ciertamente el lugar de los neos, vamos adelante.

Es cosa averiguada que en cuanto un periódico neo publica un disparate, lo cual sucede con harta frecuencia, todos los demás de la cofradía le reproducen. Especialmente si el primero que ha publicado el disparate es *El Siglo Futuro*, ó si habiendo sido otro el primero, ha reproducido el disparate *El Siglo Futuro*, la reproducción se hace luego en los demás periódicos de la secta inmediatamente y como por encanto.

Que diga *El Siglo Futuro* que París es la corte de Portugal, ó que la infusión de uñas de usurero hace nacer el pelo á los calvos, y se verá cómo lo repiten todos los periódicos neos al otro día por la mañana. Todos; lo mismo el que en Santander se llama *La Verdad* por antifrasis, como el que los insustanciales neos bilbainos llaman *El Vasco*, como el que los de Zaragoza llaman *El Intransigente*, como el que unos arbolarios de Asturias llaman *La Cruz de la Victoria*.

Cosa de dos meses hará que, con motivo de haber sido nombrado obispo de León el Sr. Gómez Salazar, hermano del señor obispo de Málaga, que por entonces fué á su vez nombrado arzobispo de Burgos, se le ocurrió decir á un periódico neo de la antigua capital de Castilla la Vieja, palabra más ó menos, lo siguiente:

«La circunstancia de ser dos hermanos obispos á un mismo tiempo, como lo van á ser los señores obispo de León y arzobispo de Burgos, no se ha dado en la historia de España, más que otra vez en los tiempos de San Isidoro y San Leandro, hermanos, que fueron también obispos al mismo tiempo, uno de León y otro de Toledo. Siendo de notar además ahora, que el obispo de León va á ser sufragáneo de su hermano el de Burgos.»

Excusado es decir que apenas el aludido papel burgalés soltó el desatino, casi todos los periódicos de la secta se apresuraron á copiarle; unos para demostrar que se puede repetir fielmente, como repite su papel cualquier comediante, un trozo de la Historia Eclesiástica de Rhorbacher, venga ó no venga á cuento, y no saber una palabra de historia; otros para dar á entender que se puede presumir de anticuario y ser un mamarracho; y así sucesivamente.

Y esta es la hora en que no ha habido un neo que rectifique en forma aquella sarta de desatinos.

Pues bien, ilustre recua de ilustradores del pueblo; no hay en todo eso ni una palabra de verdad.

Ni es verdad que no se haya dado en España muchas veces el caso de ser dos hermanos obispos, como lo fueron, sin ir más lejos, á fines del siglo pasado y principios del

presente los hermanos Cuadrillero, uno de León y otro de una diócesis de Galicia, y los hermanos Lorenzana, uno de Toledo y otro de Gerona; ni los hermanos San Leandro y San Isidoro, fueron obispos á la vez, ni ninguno de los dos fué obispo de León, ni de Toledo, ni hay nada que no sea desatino en esa afortunada cita de Historia Eclesiástica.

Afortunada por lo mucho que ha circulado y por lo bien acogida que ha sido del infinito número de los ne...os, pues por cualquier otro concepto, no ha podido ser más desgraciada.

San Leandro y San Isidoro fueron hermanos y fueron obispos; pero lo fueron ambos de Sevilla, y por consiguiente, no pudieron serlo á la vez, sino sucesivamente, sucediendo San Isidoro á San Leandro.

Ninguno de los dos tuvo más relación con la diócesis de Toledo, que la de haber presidido allí algún concilio, como tampoco tienen otra con la de León, que la de hallarse allí el cuerpo de San Isidoro, en la colegiata que lleva su nombre y que vulgarmente se llama *San Isidro*, no en la catedral, como ha dicho otro periódico neo de Andalucía que tocó este detalle.

¿No es verdad que es enorme la ignorancia de todos estos rivales del maestro Ciruela?

Pues esto es el pan nuestro de cada día, como suele decirse.

Aún no hace dos meses que en un folletín semanal que publica el repetido periódico neoburgalés, dirigido por el lectoral de aquella metropolitana, que según parece, se llama el señor Metóla, apareció un artículo titulado *La matanza de los dominicos de Madrid*, y en el tal artículo había un párrafo que decía: «El padre fray José Fernández Narayo, natural de Medinaceli (Guadalajara)...» cuando es sabido que Medinaceli pertenece á la provincia de Soria.

En este mismo año, apareció también al pie de un grabado de un periódico neo, que se publica en Barcelona con el risible título de *La Hormiga de Oro*, el rótulo siguiente: «La Catedral de Siena», en lugar de Sena, que es como se llama en castellano á la patria de Santa Catalina. Pero el neo ilustrador habría visto *Siene* en algún periódico francés, y no hizo más que mudar la *e* en *a*, tan campante.

Pocos días hace que salió *El Siglo Futuro* encabezando un articulito traducido del francés con estas palabras:

«Monseñor Lachat, antiguo obispo de Bale (Suiza), en la actualidad arzobispo de Damientan», etc.; y un poco más adelante decía que hay sacerdotes *que absuelven al ciego*, en lugar de «absuelven á ciegas», y como si absolver *al ciego* fuera un pecado.

Verdad es que ésta ya es costumbre añeja

en *El Siglo Futuro*, que ha traducido las *pequeñas hermanas* de los pobres por las *hermanitas*, y, lo que es más grave, *versos* por *gusanos*. Pero lo notable del caso presente es que casi todos los periódicos neos han reproducido el articulejo de *El Siglo Futuro*, y, hemos tenido cuidado de leerlos, como no sea uno de Vitoria, que ha enmendado los disparates poniendo en lugar de *Bale*, Basilea, y en lugar *al ciego*, á ciegas, todos han reproducido el *al ciego* y el *Bale*.

Y cuenta que todos estos disparates son sobre asuntos eclesiásticos; por lo que naturalmente ocurre preguntar: ¿Si tal y tan bien desbarran los neos hablando de cosas de la Iglesia, qué harán cuando hablen de otros asuntos? O de otra manera: ¿De qué entenderán estos neos, si no entienden ni una palabra de lo que de ordinario traen entre manos?

De nada. Ni les hace falta por lo visto.

Porque los neos que á sí propios se llaman *hormigas*, y áun otros que no se lo llaman, profesan en materia de periódicos, la misma teoría que en materia de retablos profesaba Maese Pedro: Llene yo mi talego... etcétera.

UN CUARTO Á ESPADAS.

(1884)

—

Con la sencilla operación mental de poner, donde dice espadas, conocimientos populares, quedará ya el discreto lector suficientemente advertido de que no va á encontrar por aquí abajo más que algunas observaciones sobre eso que con frase inglesa, más ó menos difícil de traducir en castellano, pero no intraducible, han dado en llamar *Folk-lore*.

Observaciones que, aunque ligeras y desnudas de autoridad, no creo ciertamente fuera de propósito, sino al contrario, muy convenientes y oportunas.

Porque pasa con esto del saber popular lo que con todas las cosas, aún las más elevadas é importantes, que si se las manosea mucho ó se las trata con alguna falta de discreción ó sin la madurez y cordura necesarias, pierden su encanto, se hacen fastidiosas y llegan á caer en ridículo.

Inspiránme estas reflexiones, ó lo que fue-

ren, unos artículos muy eruditos, aunque, en mi sentir, no muy meditados, ni tan abundantes como en noticias en discernimiento, publicados há poco en un diario con el título de *El Folk-lore de Avila*, por el ilustrado escritor D. Antonio Machado y Alvarez, que es, por decirlo así, en materia de *Folk-lore*, el que nos ha traído las gallinas. Gracias sean dadas á su talento y á su no poco admirable constancia, y Dios le premie lo mucho que ha contribuído á despertar el amor á los conocimientos populares; pero ni la gratitud ni la admiración pueden ser estorbo para que la lealtad le advierta y señale aquellas partes de su trabajo menos merecedoras de alabanza.

El primer pecado del autor de los susodichos artículos es el de querer escribir las tradiciones de Avila sin haber estado allá nunca, circunstancia que no sabría yo de cierto, por más que leyendo la hubiera sospechado, si el mismo autor no la confesara en las primeras líneas, donde dirigiéndose á un amigo suyo, amante también de lo popular, le dice que ha cambiado de criada, que la nueva es de Avila y se llama Francisca, y que á ella la debe los datos y las noticias que va á comunicarle. Y en efecto, los nueve ó diez artículos son continuado diálogo entre el autor que va haciendo preguntas, y la criada que va respondiendo lo que acierta.

Desde luego se deja comprender que esto

de oir solamente á una pobre muchacha, que á lo mejor no tendrá entendimiento, y recoger así mezclado cerro con estopa ó bueno con malo, todo lo que diga, no es la mejor manera de estudiar las costumbres y las tradiciones de un pueblo.

Para eso se necesita vivir en él, observar mucho, preguntar á muchas personas de distintas clases y condiciones, reunir, uno de acá y otro de allá, muchos datos de diferentes procedencias, echar luego todos los fragmentos en el crisol de la sana crítica, y, separando con la coladera del buen sentido las escorias y las alteraciones modernas, construir ya de oro macizo el precioso relicario de las tradiciones populares.

Obrar de otra manera es equivocarse ó no entenderlo; y por eso los artículos á que voy haciendo referencia, limitados á reproducir lo que á Francisca la criada abulense la ocurre contestar á las preguntas que la hacen, no veo que en rigor puedan llamarse el *Folk-lore* de Avila, sino á lo sumo el *Folk-lore* de Francisca.

Y vaya una prueba de lo dicho tomada del comienzo del primer artículo del Sr. Machado. Pregunta éste á Francisca si en Avila cantan alguna copla relativa á Santa Teresa, y contesta Francisca diciendo la siguiente:

«Santa Teresita tiene
una paloma al oido,

y yo quisiera tener
de mi amante el apellido.»

Ni en Avila ni en parte ninguna puede ser popular esta copla, que, sobre no serlo de abolengo, tampoco tiene condiciones para llegar á popularizarse; porque ninguna mujer que quiera expresar el deseo de casarse con su novio (que es lo que al parecer expresa el cantar) ha de hacerlo de esa manera exótica, diciendo que desea tener su apellido, aquí donde nunca se ha usado llevar las mujeres el apellido de sus maridos, importación francesa modernísima, desconocida por completo hace un siglo en España, y poco menos que desconocida hoy todavía entre la gente que forma el verdadero pueblo.

A poco que en esto se hubiera fijado el colector del *Folk-lore* de Avila, hubiera conocido que ese cantar moderno y semierudito, sin gusto y sin gracia, podrá haber sido arreglado allí por alguna muchacha romántica, novia temporera de algún cadete de Administración militar, ó por alguna otra lectora de novelas, casada ó casable con algún empleado del ferrocarril, de cinco ó seis mil reales de sueldo; pero no ha podido ser obra de la fantasía popular, ni puede llegar á ser recibido entre la gente sencilla.

De este mismo defecto adolecen otros varios cantares copiados, uno, por ejemplo, en

que se habla de las *pollas*, palabra moderna y nada popular en el sentido de niñas ó muchachas, y otro que concluye:

«Los albañiles borrachos
Y los barberos *guasones*.»

La mitad de Avila puede ser que no sepa hoy día lo que quiere decir *guasones;* pero la otra mitad, hace treinta años tampoco lo sabía, de seguro.

Compárese ahora cualquiera de estos cantares, el primero que es el que he citado textualmente con este otro que voy á copiar del mismo artículo y que también se refiere á la Santa:

«Si yo tuviera la pluma
Que tiene Santa Teresa,
Te escribiría una carta
Con muchísima firmeza.»

Aquí hay ya sabor popular; aquí hay verdad, sencillez y delicadeza, que son los caracteres que distinguen á los cantares que se *sacan* de los que se escriben ó se *hacen*, como se dice ahora.

En otro párrafo del mismo primer artículo dice el autor que interrogada Francisca si no sabe más coplas de la santa, contesta:

—«No me acuerdo de más; cuando el centenario *le* sacaron muchos cantares.....»

Por donde se conoce que el autor no siem-

pre reproduce las contestaciones de Francisca fielmente, porque Francisca, si de verdad es de Avila, no pudo decir *le sacaron* refiriéndose á la Santa, sino *la* sacaron, que es como dice en Avila todo el mundo, y como se dice en Castilla la Vieja y en el Reino de León y en Extremadura, y como han escrito siempre ó casi siempre la mayor y mejor parte de nuestros clásicos, por más que otra cosa mande recientemente la Academia.

Lo mismo hay que pensar de otros varios cantares en que aparecen de esos *les* inverosímiles ó imposibles en Avila, como

«A la señora novia
le canto y digo
Que viva muchos años
con su marido.»

—

«A la señora novia
le canto un cantar.....»

—

«Una casada llora
con su marido,
Que *le* ha da de palos,
lo ha merecido.»

Por cierto que aquí, en este último, á no ser por el indicio del lloro, no podría saberse si el marido había dado de palos á la mujer, ó si había sido viceversa.

Tampoco pudo decir Francisca aquello de que «cuando la quitaron á la imagen de la santa una mano, un devoto *le* puso otra de

oro», y «los frailes *le* pusieron la otra»; *les* que sin entrar ahora á discutir esta cuestión del *la* y el *le*, que merece ser tratada aparte, son de todo punto inverosímiles en boca de una criada avilesa.

Como es inverosímil y además antigramatical aquel otro *le* de unos versos, donde refiriéndose á muchos chiquillos que estorban de jugar á las niñas, se dice:

«Con sus cigarros puros
vienen á presumir,
más vale que *le* dieran
un huevo, y á dormir».

¿Quién puede creer que una moza de Avila diga que á los chiquillos que *vienen le* dieran, cuando eso no lo dicen ni los académicos?

Véase ahora otro cantar mal reproducido:

«La virgen de Sonsoles,
la *chiquetita*,
cuando *le* da la gana
se va visita».

No sé yo si en Avila dirán *chiquetita* (y *chiquenina* que también escribe más adelante el señor Machado): si lo dicen hacen mal, porque como se dice es *chiquitita* y *chiquitina*. Pero, de todos modos, seguramente no dicen «cuando *le* da la gana», sino «cuando *la* da la gana», y tampoco dice el cantar «se va visita», sino «se va á visita» ó «va de visita.»

Y es de advertir respecto del *chiquetita* y del *chiquenina* que el autor de los artículos no

ha subrayado estas palabras, dando á entender que las tiene por buenas y castizas, al paso que subraya otras que de veras lo son, y áun pregunta á Francisca muy asombrado: «¿qué son *tostones*?», «¿qué son las vistas?» «¿qué es zurrar la badana?», palabras las dos primeras y frase la última tan corrientes, que están en todos los Diccionarios, y lo que vale más, en el uso.

En otra ocasión hace el señor Machado decir á Francisca contando los exvotos que hay en la ermita de la virgen de Sonsoles: «Allí tengo también dos trenzas mías de *cabello*.»

¡Qué finuras gastan las mozas de Avila, cuando hablan con los folk-loristas!

Yo comprendo que Francisca si es algo tonta, como me lo está pareciendo desde el principio, diga *bacalado*, *respeuto*, *diferiencia*, y otras cosas al símil, por ponerlo más fino; pero no puedo comprender que ni ella ni ninguna criada castellana hable de sus *trenzas de cabello*, y no diga *trenzas de pelo*, tanto menos cuanto que la palabra CABELLO, así en singular, apenas se usa en Castilla más que para designar el nervio ó tendón en las carnes (raíz del verbo taurino DESCABELLAR, que los académicos dicen neciamente que es despeinar), y el dulce conocido con el nombre de *cabello de ángel*.

Otro cantar mal copiado:

«La puerta *de* san Vicente

tiene una cosa,
que se cierra y se abre
como las otras».

Donde se ve el raro fenómeno de una seguidilla cuyo primer verso es octosílabo, y donde, si el señor Machado reprodujera el cantar como ha debido de oirle, diría de seguro:

«La puerta e san Vicente
tiene una cosa...»

que es como el pueblo, suprimiendo una letra, disminuye una sílaba sobrante.

También están mal copiados estos otros versos:

«Y les digo *requiescant in pace*,
Para que los que nacen lo digan por mí».

Este último se suele cantar de este modo:

«Para que otro día lo digan por mí».

Mas si hay empeño en que figuren en él *los que nacen*, deberá decir en todo caso:

«Porque los que nacen lo digan por mí»,

pues poniendo *para* en vez de *por*, ya se conoce, con sólo tener un poco de oído, que no subsiste el verso.

Igualmente hay error, aunque no se sabe si será de copia ó de Francisca, en lo que á ésta hace decir el señor Machado sobre los preliminares de una boda en los pueblos de la provincia de Avila. «Después... va el novio—dice—con sus padres y sus padrinos y su

acompañamiento á casa de la novia, y allí lo reciben los padres de ésta. Se sientan mientras se viste la novia para la boda, y después que sale ésta ya vestida, y que el novio y el acompañamiento han sido obsequiados con dulces y vino...» No, señor; ni el novio ha podido ser obsequiado con dulces y vino, porque va á comulgar en la misa nupcial, ni Francisca ha podido decir eso de que el novio sea obsequiado en esa ocasión con dulces y vino, porque es bien seguro que no ha visto ni una sola boda en ningún pueblo de Avila donde no comulgen los novios. Tan general es la costumbre.

En el artículo III, que trata de las supersticiones referentes á días señalados, se lee:

«Respecto á San Antón y la Candelaria, díjome (Francisca) esta formulilla, que no acerté á comprender bien:

«Por San Antón
todo el ave pon,
y por la Candelaria
la buena y la mala».

Esto tambien está mal copiado. Se dice así:

«Por San Antón
la buena ave pon;
por la Candelaria
la buena y la mala».

Así leído, aparte de que no es una supersción, sino una observación de economía doméstica consignada en verso, se entiende esto

perfectamente; advirtiendo, por supuesto, que *pon* no es aquí imperativo, sino tercera persona del singular del presente de indicativo *pone*, y quiere decir que por San Antonio de Enero suelen empezar á poner las aves de corral, especialmente las gallinas; pero como hay unas de calidad más fría que otras, y no empiezan á poner tan pronto, añade el refrán que para la fiesta de la Purificación (la Candelaria), ó sea dos semanas más tarde, ya ponen todas, lo mismo las malas que las buenas.

En otros pueblos menos fríos que Avila dicen:

«Por la Concepción
la buena avé pon;
Por la Candelaria
la buena y la mala».

Otro cantar transcribe el autor en el artículo IV, del tenor siguiente:

«La puerta de Sonsoles
tiene una cosa,
que si llueve se moja
como las otras».

Este cantar, zurzido á imitación de otro de los copiados más arriba, es de lo más desdichado que darse puede, ya por la asonancia de *cosa*, *moja* y *otras* de los versos segundo, tercero y cuarto, que ofende al oído, ya porque el pensamiento, en lugar de ser agudo y delicado, es necio, pues no es esencial en las

puertas el mojarse cuando llueve, como lo es el cerrarse y abrirse; antes por el contrario, hay muchísimas puertas que áun cuando llueva no se mojan. De suerte que, si realmente Francisca... y aquí se recrudece mi sospecha de que es tonta de capirote, si realmente Francisca recitó este cantar, el autor de los artículos debió de haberle rechazado de oficio.

Como debió de haber rechazado ó suprimido también, por razones de sana crítica, de buen sentido y de pudor, el *cuento* ó juego de prendas que llama del *cura*, mamarrachada obscena y sin gracia.

Y, por supuesto, sin verdad; porque en Avila y en toda Castilla, como en el reino de León, es popular un juego de prendas parecido á éste, pero que ni se llama así, ni tiene el detalle torpe en que el autor de los artículos ó su criada pretenda dar fundamento al nombre.

Y aquí podría insistir en la necesidad de buen criterio para recoger y coleccionar conocimientos y tradiciones populares, en la necesidad de saber distinguir las verdaderas tradiciones, ricas en poesía é idealismo, de las insulseces y bellaquerías del primer tonto ó mal intencionado con quien uno tiene ocasión de cruzar la palabra.

Pero se va esto haciendo demasiado largo, y, señalados y rectificados ya los precedentes

defectos, que, aunque graves, dada la índole del asunto, casi todos son defectos de forma, voy á terminar en cuanto refute los tres ó cuatro errores sustanciales de más importancia.

Por ejemplo: interrogada Francisca acerca de si se atribuye alguna virtud especial á Santa Teresa, responde:

—«Sí, señor; en Santa Ana, que es un convento fundado por Santa Teresa, hay un avellano y un laurel...»

En efecto, Santa Ana es un convento fundado sobre doscientos años antes de que Santa Teresa fundara conventos, en 1352, según reza una lápida sepulcral de su fundador, don Sancho Dávila, y es un convento de monjas bernardas, donde no sólo no plantó Santa Teresa avellanos ni laureles, sino donde probablemente no entraría nunca.

El convento que fundó Santa Teresa es el de San José, y antes fué monja en el de la Encarnación; allí es donde hay un avellano plantado por la Santa; del laurel no he oído hablar en mi vida.

El resto del párrafo se refiere al uso que se hace de las hojas del laurel y de las avellanas del avellano. De éstas dice Francisca que se hace una horchata, que no será seguramente de tan mal gusto como la literaria que con los recuerdos de Avila nos han hecho entre ella y el autor. De las hojas del laurel dice

que no se pueden cortar más que en Jueves Santo, detalles, este y otros, igualmente exactos que el hecho principal de la fundación del convento de Santa Ana por Santa Teresa.

Un poco más abajo cuenta el autor la que él supone tradición abulense de los amores de la Santa con San Juan de la Cruz, sólo porque así le ha dicho Francisca que «lo dicen las Escrituras» con E grande. E grande que no sé si será de Francisca ó del autor, pero que de cualquier manera está mal, porque las Escrituras con E grande significan la Santa Biblia.

Por lo demás, ¡cualquiera que conozca á Avila le va á creer al señor Machado bajo su palabra, fortalecida con la autoridad de Francisca, que allí es cosa corriente la paparrucha de que Santa Teresa y San Juan de la Cruz tuvieron amores!... ¡Cualquiera!

Y eso que para confirmarlo añaden Francisca y el autor que por eso tuvieron los dos santos que irse de Avila, y que «por eso se dice también que la Santa cuando iba por los *Cuatro Postes*, ya fuera de Avila, sacudió la alpargata y dijo: *de Avila ni el polvo.*»

Esto de la alpargata es una anécdota que se cuenta de muchos santos con referencia á muchos pueblos.

Los *Cuatro Postes*, que nada tienen que ver con esa invención de los amores, son un monumento sencillo levantado como piadoso

recuerdo en el lugar en que la niña Teresa y su hermano Rodrigo fueron detenidos por un tío suyo cuando habían concertado irse «á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá los descabezasen.»

Pero todavía se insiste más abajo en lo de la alpargata y se dice que «quedó estampada en la peana rota de una cruz, en donde San Juan y Santa Teresa se reunían; cruz que está situada en medio de los *Cuatro Postes*.»

¡Perfectamente! Si la Santa no hubiera hecho milagros ya teníamos aquí uno estupendo: el de haber estampado una alpargata en la peana de una cruz que no existía, y que sólo había de existir algún siglo más tarde.

La verdad es que en materia de estampaciones ó huellas en piedra, no recuerdo que se enseñe en Avila más que una de herradura, la de la herradura del caballo ó mulo que conducía el cuerpo de San Pedro del Barco, huella que se ve en San Vicente á través de una verja.

«¿Y á San Juan de la Cruz qué le pasó»—pregunta el autor más adelante?

Y contesta Francisca:

—«San Juan se murió antes que su compañera, y está enterrado en la capilla de San Juan Bautista, en Avila, donde nació.»

Para inteligencia de lo cual no hay que advertir más que lo siguiente: 1.°, que San Juan de la Cruz no nació en Avila, sino en

Fontiveros; 2.°, que tampoco está enterrado en Avila, sino que es en Segovia donde se conserva su cuerpo en un convento de la Orden, y 3.°, que tampoco hay capilla de San Juan Bautista en Avila. Lo que hay con esa advocación es una parroquia de las primeras, á la que perteneció Santa Teresa y donde se conserva la pila en que fué bautizada.

Nueva pregunta, y nueva respuesta, y, ya se sabe, nueva equivocación:

«¿No hay más santos en Avila que San Juan y Santa Teresa?

—Sí, San Segundo que es también avilés, y...» tampoco es avilés San Segundo.

Más adelante. Pregunta:

—«¿De modo que se celebrarán fiestas en honor de esa Virgen (la de Sonsoles)?»

Respuesta:

—«El 15 de Octubre se celebra todos los años.»

Y tampoco es el 15 de Octubre. ¿Qué ha de ser? El 15 de Octubre es Santa Teresa; pero Francisca, si no ha querido reirse de su amo contándole bolas, tiene una afición decidida á cambiar los frenos.

No está mejor enterada Francisca acerca de la Virgen del Cubillo, de que se habla en el artículo III, pues dice que está en Avila á una legua y media... Legua y media que serán unas cinco leguas, pues que está ya fuera de la provincia de Avila, en los lindes de la de

Segovia, sin que esté tampoco muy cerca del pueblo que Francisca llama Sicolozano y que se llama Vicolozono.

En el mismo artículo se habla de la Virgen de la *Soterranea* (Soterraña se dice en Avila), y exclama Francisca:—«¡Toma! esa está en San Vicente... Allí debajo de tierra se apareció entre unos peñascos por donde bajaba una culebra *á darle* de comer (¡qué despropósito!) Allí mismo se ve todavía la rastra de la culebra y el *agujero* por donde salía.»

No se sabe aquí por dónde empezar, porque eso de que la culebra bajaba á dar de comer á la Virgen es de primer orden.

La culebra según la tradición de Avila sobre la cripta de San Vicente, no *bajaba* á dar de comer á la Virgen (!!!) sino que salió á comerse un judío que había ido allí á escarnecer los cuerpos de los santos mártires, y que cuando se halló espirante con la culebra enroscada á la cintura, se volvió á Dios prometiendo abrazar la religión de los mártires y levantar en su honor un templo en aquel mismo sitio.

Allí está en la iglesia representado todo el pasaje en expresivas esculturas góticas, muy conocidas ciertamente de los aficionados á los estudios arqueológicos, puesto que han sido reproducidas por el grabado en alguna publicación artística.

Aún pudiera seguir un buen rato desha-

ciendo equivocaciones tan imperdonables como estas que anteceden, y pudiera también formar una lista bien larga de las tradiciones poéticas, bellas y verdaderamente populares en Avila, que no logran ni áun ligera mención en los artículos del Sr. Machado; pero ni quiero cansar más la atención de los lectores, ni me he propuesto en este artículo enseñar directamente, sino rectificar, ni creo que el ilustrado autor de el *Folk-lore de Avila* necesite más que lo ya escrito para estudiar en adelante por sí las cosas y no volver á fiarse de *Franciscas*.

UN LIBRO SOSO.

(1879)

—

«..... *12 de Septiembre.*

»Mi querido Antonio: Aunque no has contestado á mi última, lo cual me prueba que después de un mes de veraneo todavía estás tan á gusto y tan entretenido en tu pueblo, te vuelvo á escribir hoy por encargo de mamá para que me digas si conoces un libro titulado *Costumbres populares de la sierra de Albarracín*, escrito por D. Manuel Polo y Peyrolón, y, si es que le has leído, qué te parece.

»Mi madre le ha visto anunciado con mucho encomio, no sé si en *La Ilustración Católica* (que alguna que otra vez nos trae versos tuyos), y dice que, según el anuncio, lleva la censura eclesiástica y ha sido oficialmente recomendado por la Academia de la Lengua; mas como en eso de los anuncios suele haber tanta exageración, que no parece más sino que el Doctor Garrido va formando escuela, quiere que tú nos digas si el libro

vale realmente, y si es cosa que pueda darse á las chicas, pues ya sabes lo rígida que es mamá en esta materia.

»Por lo que hace á la recomendación de la Academia, ya la he contado á mamá la anécdota aquella del gitano pobre y el tabernero, que tú me referiste una vez tratándose de un caso semejante:—*Tío Pepe, échele usted media de lo bueno á mi compadre, que yo le fío.* —*¿Y á tí quién te fía, esgalichao?*

»Supongo que tendremos el gusto de verte por aquí á tu vuelta para la Corte.

»Mientras tanto, mamá y las chicas te envían como á toda la familia cariñosos recuerdos, y te abraza

MARIANO.»

«..... *20 de Septiembre.*

»Mi querido Mariano: Cuando recibí la tuya del 12 no había leído el libro por que me preguntas, pero le tenía, gracias á la amabilidad del autor que me le envió hará cosa de un año, y le he estado leyendo estos días para contestarte.

»Es verdad que lleva censura favorable de la autoridad eclesiástica; y es verdad también que le ha recomendado la Academia Española, ahí va, cortada de un periódico, la recomendación:

«Ilustrísimo señor: El libro escrito por don

»Manuel Polo y Peyrolón con el título de »*Costumbres populares de la sierra de Albarra-*»*cín*, que V. I. se sirvió remitir á informe de »la Real Academia Española, con oficio de 19 »de Junio último, justifica, en concepto de »esta corporación, la fama de que goza y los »elogios que le han tributado los periódicos »más graves é imparciales de España.

»Este precioso libro, colección de cuentos »ó novelitas en que se pintan con el hermoso »colorido de la verdad cuadros de la vida de »nuestro pueblo, es, con efecto, por sus ten»dencias religiosas y morales, por la sencillez »de su estilo, por la animación de sus diálo»gos, tan ejemplar como deleitoso, y digno »de la protección oficial que para él se ha so»licitado.

»Cumple, por otra parte, al Gobierno con»tribuir á acreditar las publicaciones llama»das, como la que ahora se trata, á ejercer »en la sociedad una influencia beneficiosa.

»Habrá tal vez padres de familia que no »hayan adquirido las *Costumbres populares de* »*la sierra de Albarracín*, por ignorar que este »libro, como los de Walter Scott, puede ser »el más honrado y seguro amigo de la casa, y »sin duda habrá literatos de tanto mérito y »tan buena intención como el señor Polo que »no se dediquen á componer obras de esta »clase, ó no publiquen las que tengan escri»tas, por considerarlas desnudas de atractivos

»en la actualidad, é incapaces de obtener le»gítima recompensa.

»La Academia, pues, cree deber aconsejar »al Gobierno de S. M. que adquiera el mayor »número posible de ejemplares del citado li»bro, humilde por su precio y tamaño, pero »muy recomendable por sus bellezas literarias »y por su importancia moral.

»Lo que en cumplimiento del acuerdo que »esta corporación tomó en junta celebrada »anoche tengo la honra de comunicar á V. I. »cuya vida guarde Dios muchos años.

»Madrid 19 de Octubre de 1879.—El se»cretario; *Manuel Tamayo y Baus*.—Ilustrísi»simo señor Director General de Instrucción »Pública.»

En primer lugar, me parece, dicho sea con todo el respeto necesario, que D. Manuel Tamayo, ó la Academia, hubieran hecho muy bien en apuntar concienzudamente lo bueno que creyeran encontrar en el libro y elogiarlo, apuntando también y censurando con formal severidad los defectos, en lugar de hacer esos elogios al por mayor ó á carga cerrada como si dijéramos.

Pero, en fin, pues que tu madre quiere saber mi parecer (y repítela una vez más mi agradecimiento por la distinción con que me honra), aquí tienes el juicio que he formado del libro. El libro no diré yo que sea malo. Por lo menos, hay en él una cosa buena, la

intención. Porque es bueno querer dar á conocer las costumbres populares en lo que tienen de noble, de poético y de santo, despertar el amor hacia ellas, hacer amable la sencillez y aborrecible el orgullo, amable la modestia y aborrecible el fausto, amable la abnegación y aborrecible el egoismo; es bueno también tratar de ajustarse á la moral católica hasta en los menores detalles, y enseñar prácticamente que, para dar interés á las novelas como á las demás obras literarias, no es menester basarlas sobre crímenes y pecados; y todo esto creo que entra en la intención del autor, hombre de conciencia, al parecer, que pone sus facultades al servicio del catolicismo, y que no quiere nada contra la doctrina cristiana.

Lo cual en otro tiempo no era cosa, en verdad, que mereciese corona de laurel, ni siquiera mención honorífica, porque era lo usual y corriente; pero en los mal aventurados días que alcanzamos, cuando tantos hay que escriben adrede para corromper los corazones y envenenar las almas, es de alabar mucho.

Hay, sin embargo, en el libro algunas cosas que no lo son tanto; y yo creo que don Manuel Tamayo no ha hecho bien en callarlas, sino que hubiera hecho bien en decirlas. A mí me parece que don Manuel Tamayo debió haber comenzado por leer el libro (casi no puedo creer que después de leerle escri-

biera de él como escribe); pues si entre periodistas es ya cosa corriente alabar los libros sin cortarles las hojas, y si todo el mundo sabe ya por eso el caso que puede hacerse de los elogios de gacetilla, para hablar oficialmente en nombre de una corporación recomendando un libro á la protección del Gobierno, tengo para mí que debe procederse con mayor seriedad y más cautela. Una vez leído el libro, entiendo que don Manuel Tamayo debió haber dicho de él todo lo que yo voy á decirte á tí, y que debió haberlo dicho no sólo en obsequio á la autoridad que pedía el informe y que tenía derecho á ser bien informada, no sólo en obsequio al público que había de leer su juicio crítico en los periódicos y que tiene derecho á la verdad toda entera, sino en obsequio del autor principalmente, á quien las censuras del ilustre poeta dramático le hubieran podido servir de guía para en adelante.

El primer pecadillo del señor Polo es la dedicatoria que de uno de sus cuentos hace Trueba, apellidándole «eminente cantor de las glorias vizcainas y pintor maestro de *sus* honradas costumbres.» Sobre este particular ya te acordarás que hemos hablado muchas veces. Trueba no es el cantor de las glorias vizcainas ni el pintor de *sus* costumbres, como con mala sintáxis dice el señor Polo (porque las glorias no tienen costumbres);

Trueba es el cantor de la *vita-bona* de Vizcaya ó de donde quiera, porque la *vita-bona* es lo mismo en todas partes. Trueba es el cantor empalagoso de los pobres é insulsos placeres de la tierra, lícitos, pero al fin placeres, refractario al sacrificio y á la heroicidad que acaso no comprende, y entusiasta de las que una escritora, su congénere, ha llamado *pequeñas virtudes*. Trueba es el cantor y el pintor de una especie de virtud comodona y muelle, de una especie de materialismo *honrado*, que afortunadamente no está en nuestras costumbres, y que tampoco acierta á imitar este su admirador, porque tiene quizá más viva la fe católica. Contra el pensamiento admirablemente encerrado en el hermoso terceto de Rioja:

> Esta nuestra porción alta y divina
> A mayores acciones es llamada
> Y en más nobles objetos se termina,

los libros de Trueba apegan el corazón á los bienes de la tierra, y de su lectura asídua apenas puede sacarse otro pensamiento más que este: «¡Qué bien se está en el mundo! ¡Si no muriéramos!»

Otra cosa que no es de alabar en esta obra es el estilo. Aparte del abuso de los diminutivos, en cuyo menudeo consiste sin duda para los discípulos de Trueba la secreta gracia de ser escritores de *costumbres populares*, cuando nada hay más extraño en reali-

dad ni que más repugne á las costumbres del pueblo español, viriles y severas en todo, que ese gazmoño martilleo en *itos* é *itas;* aparte de esto, digo, el señor Polo demuestra demasiada afición á las trasposiciones que tanto seducen á todos los principiantes, y que si en verso pueden ser á veces un adorno, en prosa son casi siempre una extravagancia, como «la acequia que rodar hace sus muelas» (del molino); «los que declarada tienen guerra» y otras con mucha frecuencia repetidas, sobre todo cuando parece escribir con más esmero. Emplea además frases y construcciones inusitadas é ilegítimas, verbigracia: «tanto que las echas de valiente», «tanto que dices», en lugar de «tanto como la echas de valiente», «tanto como dices»; «por su cuenta y razón» en lugar de «por su cuenta y riesgo» ó por su cuenta, simplemente; pues donde se dice *razón* es en la otra frase *con su cuenta y razón*, que tiene muy distinto sentido. Emplea varios verbos con una construcción que no les es propia y varios susbtantivos con un género distinto del que les da el uso. Cambia palabras en los refranes, alterando, bien el sentido, bien la armonía; dice *tomemos acta*, subraya creyéndolas, sin duda, puramente locales, muchas voces que están en todos los diccionarios, celemín, por ejemplo, y no subraya otras que fuera de su tierra son perfectamente desconocidas.

»Prueba todo esto que el señor Polo, nacido, según parece, ó largo tiempo avecindado en la provincia de Teruel, no domina demasiado el habla castellana; lo cual se explica fácilmente, pues que en dicha provincia, quizá por el roce con catalanes y valencianos, no tiene el idioma la belleza y abundancia que en la nuestra, donde tú y yo, abogados y casi escritores, nos podemos dar por muy contentos de hablar el castellano con tanta propiedad como tu madre y la mía. Mas lo peor del caso es que el señor Polo, en vez de estudiar el castellano en los libros antiguos de los Luises ó de Cervantes, de Juan Ferreras ó de Solís, de Mariana ó de Florez, ó en los modernos de Fray Gerundio y de Donoso, ha querido aprenderle en la última edición de la gramática de la Academia, y practica con tanto rigor el novísimo precepto de hacer los dativos femeninos en *le*, que muchas veces, cuando nos va refiriendo la conversación de un hombre y una mujer, no sé quien á quien «*le dijo*» y llega á tal punto su celo por cumplir el flamante precepto académico, que escribe *le* hasta en los acusativos femeninos, por ejemplo: fulana hizo esto ó aquello, y zutana «*le* ayudó,» cosa que, á lo menos hasta ahora, no se ha atrevido á prescribir la Academia.

»Dejando el lenguaje y examinando el fondo del libro, no es difícil hallar situaciones

falsas y mal comprendidas, juicios inexactos, hechos inverosímiles. Es impropio y de mal gusto, por ejemplo, el que un mozo haga la declaración de amor á su novia, aldeana pudorosa y sencilla, diciéndola de buenas á primeras: *tú serás la madre de mis hijos*. Es inverosímil que dos mujeres, una de las cuales está muy enferma, salgan á misa á los ocho días del bautizo y á los diez ó doce del parto; y es también inverosímil, y á nada bueno conduce el referirlo, que haya curas en las aldeas que no sepan asentar las partidas sacramentales con todas las noticias necesarias.

»Otro defecto de los cuentos del señor Polo es la falta de riqueza y variedad en la invención: en casi todos se repiten las mismas escenas. En todos hay mozas que al oscurecer van por agua con el cántaro debajo del brazo á la acequia del molino, donde las esperan los mozos, y á la vuelta se agrega cada uno á la señora de sus aficiones y la dice: «Adiós, pimpollo», y la coje el cántaro, y la acompaña hasta su casa hablándola de amores. En casi todos los cuentos, en tres de los cuatro que contiene el libro, hay un capítulo que comienza poco más ó menos: «Era el primer domingo de Abril;... amaneció el primer domingo de Abril, la naturaleza estaba alegre, pero la gente del pueblo, triste...» Y allí se describe, todas las tres veces con los mismos minuciosos detalles, la escena del sorteo de

los mozos para el ejército, y se dice como el pueblo todo rodea la casa del Ayuntamiento, y el alguacil sale á una ventana y lee: «¡número uno!» y vuelve á salir dentro de un poco y lee: «¡Fulano de tal!» y un mozo se queda descolorido, y una madre ó una novia se desmayan, etc., escena interesante en verdad y buena para descrita una vez, mas no para descrita tres veces, en un mismo libro, sin variaciones sustanciales.

»Por último, y pasando por alto mil cosas más por no alargar demasiado esta carta, no encuentro del todo bueno el que en unode los cuentos aparezca una muchacha sosteniendo relaciones amorosas á disgusto y contra la voluntad expresa de su padre, deseando probablemente que á éste se le lleve Dios, como lo deseará el lector que llegue á interesarse por ella, y como en efecto, sucede á tiempo de que la niña se case á su gusto. Es verdad que en estas desavenencias que ocurren todos los días en el mundo, algunas veces no tienen razón los padres, pero estas veces son las menos. La tan execrada tiranía paternal, en la mayor parte de los casos, no es tal tiranía, sino un prudente contenimiento de la inexperiencia y de los caprichos de los hijos. Muchas veces ha sido planteada esta cuestión en las novelas y en el teatro: modernamente la abordaron entre nosotros Eguilaz en *Los soldados de plomo* y Larra en *El bien perdido;*

y si no siempre ha sido resuelta de la manera más justa, casi siempre sin embargo ha sido tratada con ciertas precauciones. El señor Polo no toma todas las necesarias y corre peligro, en mi entender, de que los jóvenes que lean *La tía Levítico*, si se hallan contrariados en sus inclinaciones amorosas, se animen á sostenerlas en la esperanza de que falte del mundo á tiempo la persona que se las contraría. Opino, pues, que estas cuestiones ó no deben plantearse, ó no deben resolverse en determinado sentido, ya porque, como dejo dicho, en la mayor parte de los casos tienen razón los padres, ya porque, áun en los casos en que no la tengan, siempre es más meritorio en el hijo sacrificar su gusto, aunque sea legítimo, que no hacerle prevalecer á costa de la paz doméstica y á costa de la felicidad del autor de sus días; y siempre es verdad que, como dice el catecismo del P. Astete, pecan contra el cuarto mandamiento de la ley de Dios, que es honrar padre y madre, *los que tratan de contraer matrimonio sin su bendición y consejo.*

»Sin querer me he extendido demasiado.—Adiós.—Iré por ahí á la mitad del mes que viene.—Haz presente á tu madre y á tus hermanas c. p. b. con el cariñoso afecto mío, el de toda esta familia.

»Te abraza ANTONIO.»

En el verano ante último se cruzaron entre dos amigos estas dos cartas. El que firma la última, instado á emitir hoy en *La Crónica* su juicio acerca del libro que las dió origen, y persuadido de que debe al público la verdad lisa y llana, lo mismo que á su amigo íntimo, ha creído lo mejor y más acertado copiarlas á la letra.

POSDATA.

Una docena de años después de publicado este artículo, ha salido la señora Pardo Bazán, en la revista que mensualmente imprime poco más que para su uso particular, titulada *Nuevo teatro crítico*, con el siguiente párrafo en el cual no hay apenas otra palabra de verdad más que la última:

«Polo y Peirolón—dice doña Emilia—es autor castizo y ameno, honesto y formal, católico *sin intransigencia* y buen discípulo de Cecilia Bolh, por lo que se refiere á pintar costumbres populares. Aquí no se le nombra mucho; pero él tiene como Trueba (siendo más espontáneo y sincero que Trueba), un público adicto y constante; lo demuestra el hecho de haber reimpreso ahora por sexta vez su novelita *rusticana Los Mayos*, con algunas más inéditas y recientes. Una novela

que consigue seis ediciones y que Menéndez Pelayo llamó *de oro*, no puede ser de paja. Yo me he recreado con ella hoy como ayer. Hay allí un encanto apacible, algo anodino.»

Esta, repito, es la única palabra que pega, hablando de Polo y Peirolón: *anodino*.

Todo lo demás que dice doña Emilia es hablar por hablar, ó desconocer las cosas: faltar á la verdad, ó faltar á la seriedad hablando de lo que no se ha leído.

Porque ni Polo y Peirolón es escritor *castizo*, sino desconocedor del castellano, ni es *ameno*, sino pesado hasta lo insufrible.

Honesto sí creo que lo es, y formal también lo será seguramente.

Lo de *católico sin intransigencia*, tampoco está mal, porque efectivamente creo que ha sido de esos católicos de buen componer, llamados mestizos, que se fueron con Pidal á la *Unión Católica*, por más que después haya vuelto á ejercer de carlista.

¡Discípulo de Cecilia Bohl!.. Puede serlo... como Orbaneja de Velázquez, y lo de «*más espontaneo que Trueba...*» eso es una blasfemia literaria.

El que se haga sexta edición de un libro no siempre es prueba de que el autor tiene *público adicto y constante*, puede ser prueba de que el autor es rico, ó de que tiene amigos en el ministerio de Fomento.

A parte de todo esto, una novela que Me-

néndez Pelayo llame *de oro* puede ser una tontería, no lo dude doña Emilia.

En cambio yo sí dudo que sea verdad eso de que doña Emilia, se haya recreado con *Los Mayos*, ni ayer ni hoy: francamente, yo creo que... no los ha leído nunca. No puedo figurármela con tanta paciencia.

Lo que hay es que doña Emilia no ha visto inconveniente alguno en elogiar sin reservas, y hasta sin justicia, al Sr. Polo y Peirolón, porque ni sus libros han de hacer competencia á otros, ni por elogiar al Sr. Polo y Peirolón se puede incurrir en el desagrado de la Academia.

Pero también hay otra cosa. Y es que por ejercer la crítica así, de espaldas á la justicia y de cara á la conveniencia ó al capricho, se llega á perder toda autoridad, si alguna vez se tuvo, y áun suele llegar á darse el caso de que una revista de mucha fanfarria vea su tirada reducida á mil ejemplares, de los cuales todavía deje el público á disposición del editor algunos cientos.

GIMNASIA POLÍTICA.

(ARTÍCULO LIGERO... Y CARO.)

(1881)

Sin duda por aquello de que «bajo una mala capa suele haber un buen bebedor», sucede á veces que una idea feliz se le ocurre al más desgraciado del mundo.

Yo no sé si el antiguo barricadero Manolo, hoy Exceletísimo señor don Manuel y ex-ministro, tiene mala capa, y el que sea ó no buen bebedor no es ahora del caso; lo único que importa consignar es que la idea de pedir que se enseñe en todas las escuelas de primeras letras gimnasia á los niños, constituye lo que se llama una verdadera ocurrencia.

No es nueva, eso no; porque en las Cortes pasadas ya pidió lo mismo; sólo que entonces pidió gimnasia para los adolescentes de los institutos, y este año, figurándose sin duda que los adolescentes de los institutos están ya demasiado talludos para aprender á dar el salto de la trucha y el salto mortal, ha pedido gimnasia para los párvulos.

Y ha hecho muy bien.

El que ha de ser Rey, dice el proverbio, desde niño le llaman infante, y el que ha de ser liberal desde niño ha de aprender gimnasia.

La petición, sin embargo, no es completa; y es lástima que el autor, acaso por modestia, se haya quedado á medio camino.

Bueno que á los niños se les obligue á aprender gimnasia desde tiernos; pero esta obligación no es por sí bastante para sacar liberales en toda regla, sin la obligación completamentaria de no aprender la doctrina.

Al oficial establecimiento del trapecio debe acompañar la supresión, no menos oficial, del Catecismo; porque es cosa bastante averiguada que, para dar ciertos saltos, estorba.

Y para muchas cosas más. Por ejemplo, para aplaudir comedias malas.

Por eso el autor de las peores que se conocen hasta ahora, le prohibió, cuando fué ministro, adivinando que le había de estorbar con el tiempo (1).

Es verdad que cuando estorba, con olvidarle se sale del paso; pero por más que sea, siempre es mejor y más seguro no haberle aprendido.

Ahora, volviendo á la gimnasia... ¡Oh! Si los políticos de la generación actual hubieran

(1) Se aludía al señor Echegaray.

aprendido gimnasia desde chiquitines, otro gallo le cantara al país.

El gallo de Morón indudablemente.

El mismo don Manuel, abogado parlamentario de la gimnasia en esta legislatura y en la otra, que no ha saltado más que una vez de la república á la monarquía en 1868 y otra vez de la monarquía á la república en 1873, y otra vez de la república á la monarquía (si no ha saltado está para saltar) en 1881 (1), todo ello ó la mayor parte, con la cartera debajo del brazo, ¿qué no hubiera hecho y qué saltos no hubiera dado si el maestro de su lugar le hubiere enseñado gimnasia de pequeño?

¡Lo que nos habremos perdido!

Pues ¿y el señor Moret? ¿Qué hubiera hecho don Segismundo, esa especie de saltamontes político, que á pesar de su natural aptitud y su decidida afición, no ha saltado en su vida más que de una secretaría de las conferencias de San Vicente á la subsecretaría de un ministerio en una situación revolucionaria; de la subsecretaría á la poltrona; del gobierno de la revolución á la monarquía de Amadeo; de la monarquía á la república, cuando la monarquía se acabó, y de la república otra vez á la monarquía, cuando se acabó la república, estando ahora como quien

(1) Saltó efectivamente, y volvió á ser ministro.

dice tomando carrera para volver á saltar á la república si la monarquía se acabase: ¿qué hubiera hecho, digo, si desde niño le hubieran eseñado gimnasia?

¿Y el jefe de los centralistas? No ha dado más saltos que uno desde galán joven del Liceo de su patria á ministro joven de Fomento, con el ilustre granatulense, doctor en ambas majaderías, ó mejor dicho, en todas; otro salto de progresista á unionista, ó como si dijéramos de Espartero á O'Donell; otro ídem de O'Donell á Narváez; otro ídem de Narváez á la revolución; otro ídem de Amadeo á la república interina del 74, que él no quiere que fuera república, sino *república*, y otro ídem de la *república* ó república, ó lo que fuere, á la monarquía progresista de Sagasta, haciendo pie en el grupito del reló, y dando la hora en el Ministerio de Gracia y Justicia.

Pues ahora díganme ustedes; si esta criatura, sólo de afición, ha saltado así, ¿qué hiciera si le hubieran enseñado la gimnasia en la escuela de párvulos, ó siquiera, siquiera en el instituto de segunda enseñanza? Piadosamente pensando puede suponerse que del primer salto se hubiera plantado en el Brasil. Lo cual hubiera sido una ganga.

Y ¿qué me dicen ustedes de don Francisco Romero y otras flores, jefe militar inmediato de los conservadores bravíos, el cual sin saber

leer ni escribir, como dijo el otro, y digo yo también, saltó de la Secretaría del Congreso de doña Isabel á la de la Junta revolucionaria que destronó á doña Isabel, escribió con carbón en las paredes de la Aduana, no se sabe bien si de su propia mano ó de la de su profeta Felipe Ducazcal, aquello de *cayó para siempre la...* (puntos) *raza de los Borbones justo castigo á su...* etc., y después de haber saltado por varias subsecretarías y ministerios de don Amadeo de Saboya vino á ser el alma del primer ministerio del primer Borbón que volvió á esta tierra, hijo de aquella misma doña Isabel destronada?

¿Me quieren ustedes decir lo que hubiera sido este muchacho en el arte de los volteos, si le hubiera estudiado de joven, al mismo tiempo que estudiaba, digo, que no estudiaba leyes ni ninguna otra cosa?

Y con esto paréceme que va bien demostrada la necesidad de enseñar gimnasia á los pequeñuelos, proclamada en el Congreso por un diputado de varias democracias.

Pero á mayor abundamiento, y á fin de que pueda utilizarlos cualquiera que tenga humor para escribir la interesantísima historia del arte de saltar, ahí van otros pocos de apuntes.

El marqués de Molins, sin que se sepa que aprendiera la gimnasia cuando el Cristus, hizo ya paralelas progresistas en el café de la Fontana de Oro; saltó luego en el trapecio

moderado y alcanzó una cartera; después se hizo el muerto, y cuando menos lo esperaba el público, comenzó de nuevo á columpiarse y ¡zás! se agarró de un talón de O'Donell que trabajaba en la unión liberal, ya en el final de la función, en el número denominado *Reconocimiento del reino de Italia*, y con el apoyo adquirido en aquel talón dió tan gran salto que fué á caer (de pie, por supuesto) en mitad de la embajada de Inglaterra; lo cual no le impidió, sino al contrario, le fortaleció para volver á saltar al continente moderado y conservador, colgarse de la embajada de París, y hacer allí dudosos primores bien cobrados, sin perjuicio de saltar de la embajada al ministerio y volver á saltar del ministerio á la embajada, dejando á todos los espectadores con un palmo de boca abierta.

El señor Elduayen, que antes era don José Elduayen nada más, y ahora es, además de Elduayen, Gorriti y Alcatarena y Garrayóa y Arangoa y marqués primero del Pazo de la Merced, como tampoco se sabe que estudiara gimnasia desde niño, no ha podido saltar más que de alto funcionario de doña Isabel á ministro de don Amadeo, y de ministro de don Amadeo á ministro del hijo de doña Isabel.

El señor don José Posada y Herrera, tampoco ha saltado más que de seminarista á progresista; de la tertulia íntima de Esparteró al ministerio de la Gobernación de O'Do-

nell; de ministro de la unión liberal, después de hacer unas planchas de revolucionario platónico, saltó á la presidencia de las Cortes conservadoras de Cánovas; de Presidente de las Cortes conservadoras de Cánovas, á Presidente del Consejo de Estado (por lo que pudiera tronar), y de allí á Presidente de las Cortes progresistas.

Pues si éste hubiera estudiado gimnasia en la escuela de Llanes... me río yo y nos reiríamos todos de Blondín.

Don Antonio Cánovas, también ha saltado bastante, pero menudito: el conjunto de todos sus saltos, ora hacia adelante, ora hacia atrás, forma un gran salto, mortal ó poco menos, que va, ó mejor dicho, viene desde el manifiesto miliciano de Manzanares hasta la mismísima *constitución interna*.

Y, por último, ahí está don Emilio Castelar, que, saltando de la libertad á la tiranía, de la demagogia á la reacción, de la paz á la guerra, de la república federal á la dictadura, y del sufragio universal á la artillería, también universal, ha recorrido el Cosmos de punta á cabo.

Démosele á este artículo de *Gimnasia política*, pero no sin añadir aunque sea por vía de corolario dos palabras.

Que es ligero el artículo como decía yo antes de comenzar, ya lo habrá visto el lector indulgente.

Para demostrar su carura baste apuntar que todos esos señores y otros muchísimos, cuyos nombres no cabrían en media legua de papel continuo, nos cuestan al año por lo menos treinta mil reales cada uno.

A parte de los muchos miles de duros que nos han costado hasta ponerlos en posición de podernos costar ahora todo eso.

¿Les parece á ustedes barato?

BUÑUELOS... LITERARIOS.

(ARTÍCULO QUE AHUMA.)

(1881)

No es cuestión más que de echar á perder un rato.

Lo demás, ya se sabe; en metiéndose uno por la *crónica* de los martes de *El Indiferente*, caza segura.

Tan segura como en *El Tiempo* y en la eternidad; es decir, en *La Correspondencia*.

Por ahora hace un año, ó dos, lo mismo da, que el encargado del departamento de la gracia semanal del aludido periódico, se metió á astrónomo.

Nada; cogió los chismes y descubrió en seguida una nueva constelación. La del buñuelo.

«El buñuelo—salió diciendo el directoor literario de *El Indiferente*—el buñuelo es la constelación (¡!) que preside á la noche de difuntos».

¡El buñuelo... una constelación!

¡Ave María Purísima, qué disparate!

No le hemos podido olvidar todavía con ser

tantos y tan respetables los que desde entonces han salido á hacerle competencia.

Así es que anteayer no pudimos menos de acudir otra vez á la hoja de *los martes* para celebrar el aniversario.

La crónica era del propio cosechero, y decía:

«Los días se siguen y se parecen unos á otros.» «*Plus ça change, plus c'est la même chose.*» «En francés y en castellano, ambos aforismos pintan la monotonía de la eternidad.....»

En efecto, eso no es un aforismo castellano, sino una cosa de *El Indiferente* de *los martes*, lo cual no es lo mismo.

Mas sin ser aforismo castellano puede ser verdad, y lo es en efecto.

«Los días se siguen y se parecen unos á otros.»

¡Dios mío! ¿Qué nuevo disparate traerá en este día *El Indiferente*, que siga y se parezca al del año pasado?

Sigamos escuchando el canto de esta cigarra literaria que suele hacer versos... sin querer; porque cuando quiere, no los hace.

«En francés y en castellano
ambos aforismos pintan
la monotonía de.....
la eternidad..... El minuto

engendra el minuto. El aburrimiento de hoy engendra el aburrimiento de mañana», y así sucesivamente.

Habla luego, no se sabe por qué, de la Revolución francesa, y dice:

«Pasemos con lástima sobre el desdén del retrógrado hacia la Revolución francesa (¡Olé, liberal!), pero consignemos que es abrumadora la *misión* del cronista, condenado á poner en distintas músicas el mismo hecho.

» *Verbigracia*, el día de difuntos.»

Tiene usted razón, pero no olvide usted que, como decía don Hermógenes, todo es relativo.

Será muy abrumadora la *misión* del cronista, pero ha de convenir usted en que es mucho más abrumadora la misión del lector de la crónica.

Sobre todo cuando el cronista da en descubrir constelaciones.

Valor y adelante.

«Al acercarse el tercer día de difuntos, el cronista tiembla.»

Perdone usted, pero mejor podrían temblar los lectores; y mejor todavía la gramática. Aparte de la novedad esa del *tercer día* de difuntos.

«No es el día de difuntos: es el día de mi entierro, pienso. ¿Qué hacer de la pluma?....»

Pues mire usted, lo mejor que podría usted hacer de ella, sería quebrarla, ó ponérsela en el sombrero si es de pavo (la pluma); pero lo mismo puede usted hacer con ella

cualquier otra cosa, un buñuelo si á mano viene, y en último caso, aunque no venga. Siga usted.

«¿Qué hacer de la pluma? ¿Empaparla (¿?) en el acerbo licor de la sátira? ¿Humedecerla en las tristes lágrimas del poeta elegiaco de buena voluntad? ¿Enseñar á las gentes el rostro lacrimoso de un hombre desengañado ó los dientes agudos de un lobo?»

Pero hombre, por Dios, ¿de dónde ha sacado usted ese lobo?

De la historia natural ó de la casa de fieras del Retiro... me lo figuro; pero, bien, y ¿qué tenía ese lobo que hacer aquí? ¿Para qué le ha sacado usted? Vamos á ver.

Mire usted, señor del buñuelo, que nos vamos á quejar á don Venancio ó al conde de Xiquena ó al señor Abascal, ó á quien mejor proceda en derecho, para que no dejen sacar así los lobos de los establecimientos públicos á cualquiera.

Si usted quiere un lobo para las ocasiones, cómprelo usted y manténgale usted, que los de la casa de fieras los mantiene el Ayuntamiento, ó hace que los mantiene, que casi es igual, por más que para los lobos no sea lo mismo. Pero, en fin, si los lobos de la casa de fieras comen poco, y á lo mejor se mueren, eso no es cuenta para los literatos.

Quedábamos en el lobo; es decir, en que usted no debía de haber sacado ese lobo, que

no hacía maldita la falta en la constelación, y que además es capaz de comérsela, porque los lobos también son capaces de comer buñuelos cuando tienen mucha hambre. Y continúa usted:

«Es costumbre; el hombre va al cementerio en este día.»

¿Y el lobo? le volvemos á usted á preguntar. ¿Y el lobo? Si el hombre es el que va al cementerio en este día, ¿para qué quería usted el lobo, si se puede saber?.... ¡Ca! No se puede saber.

Ahora en verso (sin querer, ya se sabe):

«Una libra de cera,
una gota de llanto,
son los gastos *precisos*
del presupuesto humano.

»La libra de cera arde ante la tumba, evapora su olor acre, gotea sus lágrimas calientes.....

»Una peseta consumo,
se alquilan velas por horas
como los coches de punto.

»Después de arder la vela en el cementerio se vuelve á la cereria.....»

¿Han visto ustedes nada más gracioso é interesante? Pues ahora lo verán ustedes; porque en estas crónicas se camina siempre de gracia en gracia, como si dijéramos, de tropiezo en tropiezo. Allá va la gracia siguiente:

«En cuanto á la gota de llanto, la química ha

dicho que es una unidad de agua, una de sal y no sé cuantas unidades de prosa.»

Pero ¿de dónde diablos sacará este hombre todos estos chistes? ¡Cuidado que hay para desternillarse de risa! ¿no es verdad?

Pues todavía falta lo mejor.

«*Un lector:* ¿Conque la lágrima tiene sal?.... será la lágrima de Andalucía.»

Puede ser que sea; no nos opondremos: lo único que se sabe de fijo es que no puede ser la lágrima de usted.

¡Soso, más que soso!

Sigamos paseando por esta exposición de gracias. Otra del mismo estante:

«Zorrilla ha contado desde estas columnas cómo escribió *Don Juan Tenorio*. Esa hermosa obra, la mejor de nuestro teatro romántico, no es comprendida por esta correcta generación de jóvenes ateneistas que se preguntan:—Pero cómo á este hombre que comete tantos crímenes, ¿cómo no se lo llevan al Saladero?»

¿Es ahora lo de reir? Porque casi no se conoce.

Y la verdad es que los jóvenes ateneistas por punto general saben muy poco, lo cual se demuestra fácilmente con decir que es de allá el autor de esa crónica; pero áun sabiendo tan poco como saben, ó precisamente porque saben poco, no son inclinados á clamar porque se lleve gente á la cárcel. Al revés; los más son partidarios de que no la haya.

Y vea una cosa el cronista: si el ser gracioso fuera delito, nadie como él se podría pasear con tranquilidad por el mundo.

Y vea otra cosa: siempre que escriba un artículo con gracias todas de su cosecha, es decir, todas de la calidad de las que hemos saboreado, el hará lo que quiera, pero no haría mal en poner entre paréntesis á lo último: *La gracia en el artículo siguiente.*

Nota.—No digan ustedes por ahí que hemos leído á medias una crónica de *El Indiferente*, más sosa que una calabaza, y con más disparates que letras; ó de decirlo, no lo digan ustedes muy alto.

Que no lo oigan los trescientos ó cuatrocientos descreídos de toda España que leen *El Indiferente*, porque fomenta su descreimiento.

Y principalmente que no lo oigan los veinte mil católicos á su manera que leen ese diario, no porque estén conformes con sus ideas, sino porque *es un periódico muy bien escrito.*

CÁNOVAS.

(ARTÍCULO AVERIADO)

(1881)

Ahí le tienen ustedes. O mejor dicho, ahí le tenían. El más popular y el más aborrecido de los hombres adocenados.

Ahora también le tienen ustedes ahí, pero ya no rige; es decir, no estorba.

¡Cómo pasa la gloria humana! Fué seis años monstruo y ha vuelto á quedar de simple ciudadano.

Todavía no hace un año que Cánovas era entre nosotros todo lo que había que ser, hasta sabio inclusive. Hoy día no es nada más que académico de todas las Academias y jefe *in partibus* de un partido partido por el eje, es decir, por junto al presupuesto.

La verdad es que la popularidad de D. Antonio (Cánovas se llama D. Antonio), era ya una popularidad fastidiosa.

No se oía hablar de otra cosa más que de Cánovas. No se podía leer un periódico sin encontrarse en seguida con Cánovas. En un número solo de *La Correspondencia*—tuve el

humor de contar—estaba escrito treinta y siete veces. Casi tantas veces como tiene de años su discípulo Saturnino.

Y no era sólo en los periódicos; en cualquiera otro papel impreso sucedía igual, desde el cronicón de Huelín hasta los anuncios de máquinas de Singer. Escrito ó pintado, fantástico ó real, en letra ó en música, se le encontraba en todas partes.

¿Iban ustedes á paseo? Le encontraban allí haciendo molinetes con el bastón, como diciendo: ¿Y á mí qué?

¿Iban ustedes al Congreso? Allí le encontraban ustedes revolviéndose en el ámbito del banco azul, como la pantera en la jaula, y lanzando á diestro y siniestro aquellos *¿pues qué?* como Júpiter dicen que lanzaba rayos antiguamente.

¿Iban ustedes al teatro? Allí le encontraban ustedes echando los gemelos á todo el mundo.

Hasta hubo quien le encontró una vez en casa de los modernos duques de Santoña bailando rigodones.

No siendo en la iglesia (y no porque no fuera devoto, que no lo es, sino porque no tenía tiempo), repito que se le encontraba en todas partes.

Un amigo mío le encontró una vez en la sopa (era sopa de letras), y otro me aseguró haberle encontrado en la estación de Ataqui-

nes en un retazo de *La Integridad de la Patria*.

Hoy es al revés.

No se le encuentra por parte ninguna.

Parece que se le ha tragado la tierra.

Nadie habla de él; ni siquiera los periodistas que hablan de todo lo que menos importa.

Yo, que por la misericordia de Dios, leo todos los periódicos á diario—y digo por la misericordia de Dios, porque con eso me considero ya libre del purgatorio,—he pasado algunas veces un mes sin encontrar escrito el nombre de Cánovas. Así es que cuando por casualidad leo *Cánovas*, tengo que pararme á recordar y decir para mí: Hombre, sí, es verdad que había un Cánovas..... Digo no; había tres ó cuatro de varias dimensiones.....

Sí; ahora recuerdo que había varios Cánovas, y todos de la familia; es decir, todos del presupuesto.

Mas volviendo al Cánovas primitivo, ó mejor dicho, Antonio, es de advertir que de todo entiende.

(Lo mismo).

Por si acaso la posteridad, ingrata de suyo y olvidadiza, no hiciera justicia á sus servicios políticos, que no la hará de seguro, don Antonio tiene ya ideada y hasta emprendida otra vía para inmortalizarse. Tiene ya escritas varias obras, peores, si cabe, que sus actos políticos. Vale Dios que no cabe.

La campana de Huesca, novela del género estrafalario, y *Los amores de la luna*, imputación calumniosa de que la luna no se ha querellado por no andar en lenguas, son las dos obras principales que don Antonio ha puesto por cimiento á la segunda columna de su celebridad.

No hay que omitir que el ilustre remendón político y literario también hace versos; eso sí, muy malos, como saben mis lectores, pero los hace. Y hasta los publica. No alcanza á ver que son detestables.

Lo que tienen que se acomodan perfectamente al canto (rodado). Yo, que además de ser su tocayo, apenas sé música, le he puesto ya tres ó cuatro composiciones en solfa.

¡Si me acordara de alguna! pero no me acuerdo más que de otra sin solfear, escrita como todas las suyas en variedad de metros y de disparates. Tiene una estrofa que dice:

«¡Oh! ¿quién será que á tí su voz levante
Con jubiloso acento?
¿Quién será que su pecho no quebrante
Derramando lamento?»

¡Mire usted que derramar lamento!... Vamos que este derrame de lamento, es de lo más deplorable, es casi tan malo como un derrame cerebral.

Pues hay otra estrofa que empieza:

«Pecamos *mi* Señor, *pecamos duros*.....»

Como si el Señor fuera suyo solo, y como si fuera cosa corriente *pecar pesetas.*

Y todo así al símil.

Hay, sin embargo, una ocasión en que casi gustan los versos de Cánovas; cuando se leen inmediatamente después de haber leído prosa, con tal que la prosa sea del mismo Cánovas. Quiero decir, y lo digo y todo, que la prosa de don Antonio, aunque parezca imposible, que sí lo parece, es un si no es peor que sus versos.

«*Cualesquiera* que *sea* el amor...» comienzan los periódicos de don Antonio cada lunes y cada martes. Una vez para decir «príncipe á secas,» ó «príncipe únicamente» fué y escribió «Pincípe *á solas.*» Y así por este estilo.

Excuso decir á ustedes que es académico de la lengua. No podía menos. Escribiendo tan mal.....

También se las echa de jurisconsulto; y una vez para probar que sabe más leyes que todos, á propósito de cierto principado, revolvió toda la legislación española (¡que apenas tiene que revolver!) y resultó que todas las leyes decían lo contrario de lo que él quería que dijeran.

También oficia de filósofo, no es menester decirlo. Ya he dicho que don Antonio es, ó por lo menos era, todo lo que puede ser alma viviente, de monstruo para abajo.

Y si don Antonio hubiera durado más en

el pináculo de la gloria, es indudable que, como á Cervantes, y él perdone la comparación, le hubiera salido también su correspondiente secta de gente simple, su correspondiente enjambre de tábanos literarios, llamados *Antonio-canovistas*, que á la manera como los *cervantistas* escriben libros para que nadie los lea, titulados: *Cervantes geógrafo*, *Cervantes cocinero*, *Cervantes administrador militar*, etcétera, así también ellos escribirían libros, con el mismo destino, titulados al poco más ó menos: *Cánovas filósofo*, *Cánovas jurisconsulto*, *Cánovas artillero*, *Cánovas moro*, *Cánovas Papa infalible*, y por ahí adelante. Y no digo bien al decir que le hubiera salido esa secta, si le dura más la temporada de disparar rayos y credenciales, á esa especie de dios temporero, porque en rigor le había salido ya, y si bien no se habían llegado á publicar todos esos libros, ya en los periódicos conservadores se habían dicho todas esas cosas.

También hay algunos autores graves, como un gacetillero de *La Iberia*, que pretenden que don Antonio, en los buenos tiempos de su mandar, tuvo conatos serios de ser adorado. Mas en esto no le favoreció la fortuna; porque la *canovo-latría* no alcanzó en esta tierra de pecadores y de *benitólatras*, más secuaces públicos que el conde de las Almenas; aunque se cree que en secreto también le adoraba Puente y Brañas, Dios le haya perdonado.

Pero quedábamos en que Cánovas también era filósofo. Y nos faltaba añadir que en filosofía es hegeliano hasta las cachas. Pero nada más que hasta las cachas; es decir hasta la mitad ó un poquito menos. De la famosa trilogía de Hegel no admite más que la primera parte, el *yo*. El ilustre mamarracho alemán la enunciaba así: tesis, el *yo;* antitesis, el *no-yo*, como si dijéramos los demás; síntesis, el *conocimiento reflexivo*, la *conciencia*. El ilustre filósofo malagueño la enuncia de este otro modo: tesis, *yo;* antitesis, otra vez *yo;* y síntesis también, *yo*. Nada; Cánovas no admite el *no-yo* ni la reflexión, ni la conciencia; nada más que el *yo* y siempre *yo*. Los demás, contra un canto.

Lo que es el *no-yo*, es un licor que le da asco; no lo puede ver; y beber menos. Una vez se lo dió á probar el general y en cuanto lo arrimó á los labios se llamó á engaño. La única copa que ha bebido en su vida se la hizo tragar Sagasta hace ocho meses, y todavía le dura el mal dejo en la boca.

También se puede considerar á Cánovas bajo algún aspecto complejo. Verbigracia, en lugar de considerarle como militar y como político, aparte de considerarle también como aljamiado, se le puede considerar de un golpe político-militarmente. Como político militar su ideal fué César, pero se le cargó el acento en la última y le vino ancho el papel

de Pompeyo. Después, entrando en el segundo triunvirato, se le antojó que había de ser Augusto, y se ha tenido que quedar sencillamente Antonio, ó, como él dice, Antonio *á solas*.

Sin Cleopatra.

LO DEL ASCUA Y LA SARDINA.

Que *semos de Vallauli*,
De la gente más *prencipal*,
Y *venemos* de la *junción*.....
De Zaratán.

Señor don Carlos... (Malagarriga, por supuesto.)

Querido amigo: Carlista de verdad yo, y republicano usted, también de verdad, coincidimos en una cosa, en el deseo de quitar *esto*.

Por consiguiente, hasta quitarlo, somos amigos.

Después... reñiremos si es necesario, y el que más pueda llevará el gato al agua.

Yo creo, dicho sea en confianza, que á la larga le llevaremos nosotros.

Mas, porque ustedes no se escamen ni se desanimen, soy capaz de creer que creo que le llevarán ustedes.

Y de todos modos, si fuera posible que yo perdiera toda esperanza de ver triunfante el ideal político y religioso al que he sacrificado lo mejor de mi vida y mi vida toda, conste que yo, como todos los carlistas de raza, áun

fuera de la esperanza del triunfo, preferiría la República á *esto*.

Pero dejemos *esto* á un lado... mientras no podamos echarlo al otro, y vamos al asunto.

Ante todo, hágame usted el obsequio de suplicarle al regente que me deje dos eles donde quiera que yo ponga dos eles, y una sola donde yo ponga una sola; diciéndoles de paso á los cajistas que los de Valladolid se llaman valisoletanos, así, con una ele, y no *vallisoletanos* con dos, pues esta manera última de escribir la palabra es una corruptela nacida en los periódicos de la misma Valladolid, que no son ciertamente los mejor escritos de la tierra, y adoptada por algunos de Madrid, no demasiado conocedores de la ortografía ni de las otras partes de la Gramática: que si se quiere llamar á los de Valladolid con un adjetivo genuinamente castellano, formado del nombre castellano de la población, se les puede llamar *valladolideños ó valladolicenses;* pero si se quiere usar castellanizado el adjetivo latino *vallisolitanus*, formado del nombre latino de la ciudad *Vallisoletum*, hay que pronunciarle como se pronuncia en latín, como si tuviera una ele sola, aunque se escribe con dos, y debiendo pronunciar en castellano *valiselotano*, lo mismo que en latín *valisoletanus*, como quiera que en castellano, por punto general, no se escribe letra que no se pronuncie, hay que escri-

birlo también con *ele* y no con dos eles, VALISOLETANO, y así lo ponen todos los diccionarios, incluso el de la Academia, que áun cuando en muchísimas cosas no tenga razón, cuando la tiene, no hay por qué quitársela.

Quedamos, pues, en que los de Valladolid se llaman valisoletanos, aunque ellos no quieran, y en que á pesar de pertenecer al reino de León, escriben y hablan el patrio idioma bastante mal, ordinariamente.

Es decir, en esto no hemos quedado todavía, pero quedaremos ahora. Después que leamos el proyecto de ley, ó cosa así, que la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de Valladolid ha echado á volar en los periódicos contra los alcoholes alemanes.

No crea usted que porque no me parezca bueno el primer producto literario-industrial de la Junta, voy á ser amigo de Alemania.

¡Dios me libre!

Soy tan antialemán como el primero; y si no pareciera vanidad, diría que soy el primero de los antialemanes.

Pero creo que Alemania no es la castellana literatura, y que se puede ser muy enemigo de esa tía que nos ha salido, empeñada en protegernos, y ser muy enemigo de esta otra señora, vamos, de la literatura nuestra, digna de todo género de consideraciones.

¿Qué necesidad hay de escribir mal para combatir la codicia alemana que nos adultera

las bebidas y los gobiernos, con el fin de envenenarnos física y moralmente?

Yo por mí no la veo.

Ni áun después de leer la primera conclusión de los de Valladolid, que dice:

«1.ª Se declaran nocivos á la salud todos los vinos y licores fabricados ó *remontados*...»

En primer lugar, me parece que los vinos no se *remontan* como los pantalones ó los zapatos: se *encabezan*, ¿eh?

Alguna vez se dice del vino que está un poco *remontado*, pero no quiere esto decir que ha sufrido remonta ó reforma, sino que se va subiendo al monte, que se va declarando en rebeldía, es decir, que está próximo á avinagrarse.

Esto lo saben perfectamente en todos los pueblos de tierra de Valladolid; pero los eruditos de la capital no lo saben.

Mas no es esto sólo.

«1.ª Se declaran nocivos á la salud—dicen los de Valladolid—todos los vinos ó licores.....»

Esta *ó* debe ser una *y*, pero, adelante.....

«...todos los vinos ó licores fabricados ó *remontados* con alcoholes industriales, entendiéndose por tales.....»

¿Qué necesidad hay de hacer versos?—pregunto yo á los de Valladolid...—¿qué necesidad hay de hacer versos, escribiendo en prosa, para combatir la opresión alemana?

Quedábamos en que «todos los vinos ó licores fabricados ó remontados

con alcoholes industriales,
entendiéndose por tales
lo que proceden de la destilación
de pulpa de cereales,
patatas ó remolacha.....»

Etcétera, y vuelvo á preguntar lo mismo de antes.

La segunda conclusión está en verso desde el principio.

«2.ª Se declaran igualmente
nocivos á la salud
todos los vinos colo-
reados artificialmente
con materias extrañas á la uva,
y todos aquellos que
contengan cualquiera *droga*
que, alterando su composición,
constituya una falsificación
nociva del producto natural.»

«3.ª En toda capital.....»

¿No es verdad que esto está bastante mal?

«En toda capital de provincia se creará con cargo á los presupuestos provincial y municipal.....»

¡Cómo no están ya bastante cargados!

La cuarta dice:

4.ª «Los vinos no podrán ser gravados por

derechos de consumo en más de un 30 por 100 de su valor.» Esto está bien, y áun no debieran ser gravados con tanto, pero la conclusión quinta es de esta figura:

«5.ª Se declaran libres de contribución industrial *por diez años*, todas las fábricas de destilación de vinos.....»

¿Y quién paga mientras tanto la contribución industrial? Eso ya no está bueno, señores de Valladolid; porque no es justo, ni áun escribiendo mal, no es justo que á pretexto de combatir los alcoholes alemanes arrimen ustedes el ascua á su alquitara.

Y todavía falta lo más gracioso, lo de pedir la exención de contribución por diez años para «todas las fábricas de destilación de vinos, orujos, cereales.....»

¿Cereales?

¿Pues no piden ustedes más arriba, en la conclusión primera, que se declaren nocivos á la salud los alcoholes que proceden de la destilación de cereales?.....

¿En qué quedamos? ¿O en qué quedan ustedes, señores de Valladolid?... más formalidad, vaya.

La sexta conclusión también es buena; es decir, mala. Dice así:

«6.ª Se declaran libres de derecho de introducción los aparatos destinados á la destilación.....»

Sí, y además un jamón.

¿También es necesaria esa libertad para que no haga daño el alcohol de patatas? Sigan ustedes:

«Se declaran libres de derecho de introducción los aparatos destinados á la destilación de alcoholes, así como las duelas de roble para la pipería.»

¡Así! Todo libre.

Lo que ustedes necesitan, libre de derechos, para comprarlo bien barato... y al prójimo contra una esquina.

Hay en la montaña de León una veintena de pueblos pobres, cuyos habitantes se dedican á hacer duelas ó más bien levias de roble para cubas, y después de matarse trabajando en ellas todo el año y de traerlas hasta Valladolid, se las suelen dar á ustedes casi de balde.

Pero á ustedes todavía se les figuran caras, y las quieren traer más baratas del extranjero, arruinando á aquella pobre industria montañesa.....

Esto no sé cómo lo llamarán ustedes en su idioma especial de Valladolid, pero en castellano se llama la ley del embudo.

¿Cómo quieren ustedes ser oídos si comienzan pidiendo gollerías é injusticias y queriendo prosperar á costa del prójimo?

Y todavía piden ustedes que las exportaciones de coñac sean favorecidas con una prima.....

No, señores; ni con una sobrina.

El que quiera primas que trabaje y las busque, pues el Erario público no está en condiciones de regalar primas á nadie.

Todo lo demás está bien.

Es decir, que tienen ustedes razón para pedir que se persigan las adulteraciones de bebidas y comestibles; pero no la tienen ustedes para escribir mal, adulterando el habla castellana, ni para tratar de mejorar la situación de ustedes, con perjuicio de otros contribuyentes, so pretexto de combatir los alcoholes alemanes.

Dígales usted todo esto de mi parte á los de Valladolid, amigo Malagarriga, y mande á su afectísimo.—MIGUEL DE ESCALADA.

REBAJAS

San Sebastián 17 de Agosto.

Amigo director: Si yo fuera filósofo, comenzaría esta carta lamentándome de haber alcanzado tiempos tan tristes y malaventurados en que la corte y el Gobierno, el jefe, ó si se quiere la jefa irresponsable y constitucional del Estado, y el presidente del Ministerio responsable con más el ministro de la Justicia, habitan en una inmensa casa de juego, en un enorme bazar de lujo, enorme bazar ó inmenso garito que, por uno de esos sarcasmos de la suerte, lleva el nombre de un santo á quien pintan desnudo.

¡San Sebastián!

¡Oh, qué pueblo este!

Ni se hace aquí más que jugar y bailar, ni nadie piensa más que en el baile y en el juego, en el juego principalmente.

Hay marquesa aquí, que comiendo en la mesa redonda de un gran hotel delante de cincuenta personas, da distraída una vuelta

al plato con el dedo índice de la mano derecha, y dice: *¡No va mas!*

Si yo fuera casado no traería por nada del mundo á San Sebastián á mi mujer.

No crea usted que iba á decir *mi señora*, como escriben Bremón y Canalejas, y como dicen los barberos, los veterinarios y los cursis.

Digo que no traería á mi mujer á San Sebastián, no fuera que se aficionara al juego, porque aquí juega todo el mundo.

¿Y cómo nos hemos de quejar luego de los pobres gobernadores, más ó menos fríos en perseguir el juego, si en la misma residencia del Gobierno no se halla cohibido ningún juego, á no ser el de las instituciones?

¡Qué tiempos! ¡Qué tiempos!

Pero dejémonos de filosofías, y diga usted que no, amigo, diga usted que no ha habido tal entusiasmo ni tales progresistas, como suele decirse.

Y eso que no sé si aquí está del todo bien dicho; porque aunque es verdad que los progresistas son muy carneros, hoy por hoy, más es el país que los aguanta.

En fin, diga usted que no ha habido ese entusiasmo que dicen, ni ningún otro. El viaje de la archiduquesa ha sido frío y silencioso, y la entrada en San Sebastián ceremoniosa y triste.

Y ríase usted de los idilios pedestres de

El Correo, y más todavía de los de *El Imparcial*, que como es aún más frío que *El Correo*, le sienta peor hacer de romántico.

¡Que de Segovia á Medina, los pueblos donde la ovación fué más entusiasta, han sido Santa María de Nieva y Olmedo!... ¡Es claro! Donde más y donde menos; porque no habiendo parado el tren en más estaciones, en los demás pueblos ni pudieron dar cuenta del paso.

¡Y qué detalles más conmovedores los de la estación de Medina, y los de la de Valladolid!

Pero lo más bello y conmovedor de todo es, el *gentío inmenso* que el corresponal de *El Imparcial* vió en la estación de *Venta de Baños*.

Por la cuenta el corresponsal no sabía que esta estación está en un despoblado y... velay.

Como la vió marcada en la guía con letras gordas, le pareció que, siendo estación de primer orden, debía poner un gentío *inmenso* ó *numeroso*.

¿Y en Burgos? ¿Y en Bribiesca, que sale un *concejo* que parece un chisme como el tambor? ¿Y en Miranda, donde una mujer grita: *¿viva el rey chiquitín?* ¡Qué monada!

¡Para Vitoria te espero! decía yo; porque el entusiasmo de Vitoria le he visto.

Algunas autoridades salieron á saludar ofi-

cialmente, y dos mujeres ofrecieron á la Regente unos ramos de flores, parecidos á los que la Quinta de la Esperanza vende á dos pesetas. Y nada más.

Pero el corresponsal tuvo el buen acuerdo de suprimir la *ovación* de Vitoria.

El entusiasmo del clero le deducen los corresponsales de que oyeron tocar las campanas.

¡Vamos, que oyeron campanas y no saben dónde!

Porque no saben ó no quieren saber, que las campanas las tocan hoy los alcaldes cuando quieren.

Y hasta cuando no quieren, si se lo mandan los gobernadores.

¡San Sebastián! Flores, arcos, etc. Arcos de donde arrojaban flores, palomas y *versos*. El detalle de los *versos* le suprimen casi todos los corresponsales. Uno le consigna, los demás no han tenido valor para mentar los versos.

¡Tales versos serían!

En cuanto á *vivas*, no se sabe de cierto más que de uno desesperado que dió un asturiano, un pobre diablo, cargado de hijos, que quiere volver al Ministerio de Fomento.

El mismo *Imparcial* dice que el recibimiento de San Sebastián fué *cariñoso teniendo en cuenta el carácter del pueblo*.

Casi no se puede decir con más claridad que fué frío.

Pero con más claridad lo decía ayer mañana un oficial del ejército, muy entusiasta, que había estado en todo.

—«Se la ha hecho un recibimiento muy *simpático*... sin gritos ni vivas, porque eso *ya ha pasado de moda*, pero ha sido un recibimiento *simpático*.»

Vamos, sí; que no la hicieron demostraciones de desagrado.

No lo permite la cortesía en los pueblos cultos.

Otro detalle delicioso es el del entusiasmo de los carlistas.

Los corresponsales que vieron en San Sebastián tirar boinas al alto, consignan también que los carlistas que hay en la Diputación de San Sebastián se ofrecieron á la archiduquesa, incondicionalmente.

¡Buenos carlistas serán ellos! Serán carlistas nocedalinos, es decir, no carlistas. De esos que se escudaban hace cuatro años con las órdenes de retraimiento de *El Siglo Futuro* para no apoyar á un candidato carlista en el distrito de Azpeitia, y apoyaban en el de Vergara á un conservador de tres al cuarto.

¡Jansenistas! Rigurosos para los demás y laxos para sí. ¡Valiente apoyo para cualquiera!

En resumen, que los fusionistas y *El Imparcial*, ni siquiera saben ya fabricar entusiasmo. Han perdido los artes.

En algún viaje de don Amadeo, se dijo que se pagaban los vivas á medio duro, pero los vivas se daban.

Ahora yo no sé si los pagaron ó no; pero lo cierto es que no se dieron.

¡Ah! se me olvidaba.

He oído decir que en vista del fracaso de la circular de Moret para que á los generales no se les discuta, se trata ahí de constituir una Sociedad protectora de los generales.

Dígame usted si es cierto.

Postdata. En esto llega *La Correspondencia* de ayer en la cual aparece un corresponsal nuevo, que deja atrás todo lo conocido.

Dice que la archiduquesa, para ir á visitar al *Destructor* se embarcó con gran presencia de ánimo, á pesar de la *galerna* que *reinaba*.

¡Ave María purísima! ¡Tan dinástico y andar poniendo motes á las instituciones!

En otra parte dice *La Correspondencia* que la multitud ha prorrumpido en vivas...

Me disponía á protestar, pero no hay de qué, porque el amigo Mencheta, que es corresponsal mucho más sincero, no dice sino que la multitud ha prorrumpido en *vivas*... manifestaciones de simpatía. Ya ve usted que no es lo mismo.

Otra muestra de la sinceridad de Mencheta. Verá usted:

«A cada instante aumentan y se acentúan las simpatías del pueblo guipuzcoano, *antes algo retraído*, hacia la familia real.»

¡*Antes algo retraído!* ¿Lo ve usted? ¿No le decia yo á usted que se riera de ciertos idilios?

Antes algo retraído... Y ahora también.

Pero, en fin, que conste que Mencheta confiesa que hasta hoy, que es el cuarto día, el pueblo guipuzcoano estaba retraído y que no había una palabra de verdad en lo de la ovación.

Notará usted que Mencheta en un parte del 15 dice que Sagasta y Alonso han prohibido el juego, y en otro parte del 16 dice que se continúa jugando.

Naturalmente.

LOS CONCIERTOS DOMINICALES.

(MÚSICA POLÍTICA.)

(1891)

El domingo se celebrará el último de los de este año.

Antes se llamaron de Barbieri, después se llamaron de Monasterio, más tarde se llamaron de Vázquez, y ahora se llaman de Bretón, que no es el de los Herreros, sino el de *Los Amantes*.

Barbieri, Monasterio, Vázquez, Bretón han dirigido aquí sucesivamente la música de Cuaresma, como O'Donnell, Narváez, Serrano, Cánovas y Sagasta han dirigido la política de Cuaresma; que tal suele ser para el país la política de todo el año.

Yo no sé si será verdad, ó serán aprensiones y manías de viejos; pero dicen que va decayendo la música.

Yo no sé si será verdad; lo que sé es que la política ha decaído muchísimo.

Y continúa decayendo.

Aunque ya apenas se concibe que pueda

bajar más, habiendo llegado á los conservadores.

Y eso después de haber pasado por los fusionistas, y de haber sido ministro Puigcerver.

En fin, ¡cuándo ha llegado á serlo Isasa... tras de Pidal y Villaverde!

¡Y cuándo ha llegado á ser gobernador el marqués de Viana!

¡Ah! y de Madrid... porque lo que es de Guadalajara, ya lo fué Nido y... Segalerba.

Pero ¿qué más? ¡Si hasta Godró llegó á ser en los últimos tiempos padre de la patria!... Y nuevo lazo de unión entre la poesía y la música.

Porque Godró, como tenor es malo, eso si, muy malo; pero como político es peor seguramente...

Quedábamos en que iba bajando mucho la política.

Narváez, por ejemplo, era un energúmeno; pero tenía su alma en su almario, y sabía poner los pasaportes en la mano á Mr. Bulver, cuando el caso lo requería; mientras que don Antonio Cánovas, con toda su monstruosidad y todo su Elduayen, se humilla hoy ante Ribot, Constans y otros excontratistas de... perfumes, como se humillaba hace unos años ante Mancini y ante Jacobini, y ante todos los acabados en *ini*, sin excluir la kábila de los Beniburriagas.

Y todavía éstos, al fin y al cabo, eran moros; pero después vinieron los fusionistas con su Segismnndo más ó menos *Morete*, á caer de rodillas ante cualquier *Mora*.

Rindiendo culto al refrán atabacado que dice

«Que la roncha de la Mora
Con otro millón se quita».

Claro es que, quien dice con otro millón, dice con otra treintena de millones (1).

Mas dejando la música internacional para volver á la política interior, ¡qué diferencia entre el maestro Bretón y don Antonio!

Firme el primero con su batuta en mitad del escenario de Rivas, por señas, y sólo por señas, se hace obedecer de todos incondicionalmente, sin permitir que se insurreccione ni desafine nadie. Lo mismo le está sometido el requinto que el reformista, digo, que el contrabajo, el violín, que el violón, la flauta, que el cornetín de llaves.

Mientras que al pobre D. Antonio, áun haciendo uso á cada triquete de su palabra dificultosa y de su erudición antipática, un día se le desafinan los tetuanistas, otro día se le bajan demasiado los mestizos, otro día le sueltan un sostenido los silvelianos; por aquí se le descompone la chirimía del ministro de Hacienda, por allá el violón del general Mar-

(1) Se aludía á la ruidosa indemnización de Mora.

tínez Campos, por otra parte el vieloncelo del ministro de la Guerra, por la otra la pandereta del de Gracia y Justicia... y gracias que el de Fomento y el de Ultramar no tocan pito.

Nada, que al pobre D. Antonio nadie le hace ya caso más que Vallejo Miranda, y ese á medias.

De suerte que el concierto conservador parece un infierno en que cada Plana y Casal ó cada *Cosi* pita por su lado.

Eso además de ser mala la música; porque ya se sabe que la música liberal-conservadora es de suyo muy mala, más mala, si cabe, que la política musical fusionista; y la mala música, por bien que se toque, siempre es desagradable.

Conque tocándola mal... no les quiero á ustedes decir nada, porque ya lo están ustedes sufriendo.

Como tuvimos que sufrir las personas filarmónicas en uno de los pasados conciertos una rapsodia titulada *España*, una especie de España traducida al francés, que parecía la recíproca ó la pena del talión por la nueva ley de lo contencioso.

Y, sin embargo, fué muy aplaudida del vulgo.

El vulgo es vulgo en todas partes.

Y como *La Correspondencia* había elogiado mucho la tal rapsodia, para que se pareciera más á la rapsodia política actual de los con-

servadores, que también viene muy elogiada por *La Correspondencia*; y como el verdadero vulgo no suele tener otro criterio musical ni político que el que se forma leyendo *La Correspondencia*, de aquí el éxito de la rapsodia, que fué repetida.

De aquí y de estar bien tocada, porque bien tocada lo estuvo.

Para que no se pareciera en todo á la rapsodia política de los canovistas...

¡Ah! ¡Dios quiera que en lo de la repetición tampoco se parezca!

En cambio vinieron el otro día unos preciosos números de Beethoven, tocados, además de ser preciosos, magistralmente, y el vulgo indocto siseaba á los que aplaudíamos para que se repitieran.

¡Mire usted que sisear á Beethoven! Es casi, casi, tan enorme como aplaudir á Mariano Catalina, lo cual, en buena hora sea dicho, no hay memoria de que haya sucedido nunca.

Es verdad que, los que se oponían á la repetición de las poéticas dulzuras de Beethoven, quizá lo hicieran impulsados por el natural deseo de oir cuanto antes el último número, que era la *Marcha festival* de Gounod, la cual también á mí me gustó mucho.

Principalmente, porque me sonaba así como á la marcha de D. Antonio Cánovas... y sus contornos.

LA MEKA... CHIST.

(1889)

Hablo de la Meca progresista, establecida ahora provisionalmente aquí en Urberoaga de Alzola.

Para inteligencia de Manolo, Perico y otros progresistas sin descortezar, es necesario darles, ante todo, un refregoncillo geográfico.

El establecimiento balneario de Urberoaga de Alzola, que hoy constituye la Meca progresista, no está situado en la Arabia feliz, sino en la infeliz provincia de Guipuzcoa (que en tiempos liberales todas lo son), sobre la margen izquierda del río Deva, dos leguas y media por bajo de Vergara, y legua y media por cima de la villa que tiene el mismo nombre que el río, por junto á la cual desemboca éste en el mar cantábrico.

No hay que confundir este establecimiento con el otro Urberoaga que está en Vizcaya,

cerca de Marquina, y se llama Urberoaga de Ubilla.

Uno y otro son de aguas salinas tibias (que por esto se llaman en vascuence *Urberoaga*, de *ur* agua y *bero* calor), claras, sin olor y de sabor ligeramente salado, al revés de *La Unión Catolica* que le tiene marcadamente soso.

Las de Alzola contienen 35 centigramos por litro de sustancias fijas que son: carbonato de cal, cloruros de sodio, de manganeso, de calcio, y además sílice.

Las de Ubilla contienen 31 centigramos por litro de las sustancias fijas siguientes: carbonatos de cal, de magnesia, de hierro, de amoniaco y de sodio, cloruros de sodio, de cálcio y de magnesio; sulfatos de sosa, de cal y potasa; sílice, silicato de sosa y nitrato de amoniaco.

Todo esto en circunstancias normales y ordinarias; porque en ocasiones se aumentan estas sustancias fijas con alguna otra más ó menos variable, casi siempre más, como sucede este verano, que en las aguas de Alzola se ha descubierto una nueva sustancia medicinal ó venenosa, según los casos, llamada *fusionina*, recomendada para las indigestiones municipales y otras análogas dolencias.

También hay quien dice que contienen ahora un poco de sulfuro de Sagasta en disolución ó muy próximo á disolverse; pero otros

lo niegan porque creen que don Práxedes no se sulfura nunca. Ni con las pulverizaciones de don Segismundo.

¿Y por qué ha preferido el Presidente del Consejo el establecimiento de Urberoaga de Alzola al de Urberoaga de Ubilla? A punto fijo no se sabe, pues si lo que buscaba en las aguas era la sílice para endurecerse un poco más contra los clamores del país, unas y otras la tienen.

Lo que parece más probable es que ha preferido estas aguas de Alzola porque las otras están muy cerca de Marquina, y á los gobernantes parlamentarios no les gusta que las cosas sean de Marquina, sino de marca mayor, como sus desaciertos.

En fin, el caso es que el jefe de la fusión se ha venido á Alzola, y esta circunstancia ha convertido el balneario en una especie de Meka interina, como dije al principio, y ha hecho de esta retirada casería la ciudad (*non*) santa donde todos los fusionistas creyentes vienen en carabanas, no á adorar el zancarrón de Mahoma, pero sí á venerar la patilla izquierda del señor Sagasta.

Porque desde que se le cayó al Presidente el tupé natural, no hay nada tan venerable en su persona como la patilla izquierda, que es la que se rasca en los casos de apuro.

O cuando no tiene que hacer otra cosa, que es casi siempre. Porque con su claro enten-

dimiento, su perspicacia política y su buen sentido no ha podido menos de conocer que como mejor le va es no haciendo nada; y que dado el desastroso sistema liberal á que está sometido, el no hacer nada es la única manera de no hacer algún desaguisado.

Y aquí le tiene usted entregado á su ocupación, casi continua. Se levanta tarde y no trabaja antes de almorzar, y después tampoco. A no ser que se llame así el beber agua, sonreirse, bañarse, sentarse á la sombra de los plátanos, darse un paseito por la carretera al obscurecer y dejarse venerar de las caravanas que llegan.

Que son muchas.

Las más numerosas y las de más lujo suelen venir de San Sebastián, que es el Damasco de verano de esta Siria devastada por los beduinos del progreso.

Vienen también caravanas de las otras ciudades menores. Moret, por ejemplo, pensó venir desde Palmira, en cuyas ruinas vive hace bastantes meses; es decir, á él de seguro que le parecen ya bastantes, desde que tuvo que dejar á Ali-Kap-de-Pont, el gran califato de la sublime Puerta (del Sol); pero luego no vino, porque no tenía dromedario.

Y como Alberto Aguilera no le podía servir de compañía por estar muy ocupado en la Corte ajustando las cuentas al emir Habas-Kal y demás liquidadores de las sisas

municipales, determinó conferenciar con el mago Martínez (1) y enviarle la adoración á don Práxedes por medio de este astrólogo.

El cual se ha presentado efectivamente en la Meka... y apenas le vió el gran profeta, sin permitirle que le besara la babucha, le dijo:

—¿Pero de veras os ha dicho Ali-Morete-Prende-Gatos aquello que revelasteis al vulgo desde las columnas del antiguo templo de Ben-Gassete?

—Ni una palabra menos—contestó el periodista—sino por el contrario muchas más, porque está que prende... Crea usted que me dijo pestes del profeta, y cuando le leí lo que había escrito y le pregunté si quería quitar algo, dijo que no, que lo dicho dicho y la jaca á la puerta.

—Tanto como á la puerta no, pero no está lejos—dijo el Presidente rascándose la susodicha patilla y pensando en la crisis.

Mas no es sólo de la Siria fusionista, habitada hoy por los genuinos Mansis, de donde vienen caravanas, sino de todos los demás puntos .·. del Oriente, hasta de *Becerril* inclusive.

Porque si bien es cierto que D. Manuel no ha venido en persona, ha enviado su repre-

(1) Se aludía al redactor de *El Imparcial* D. Enrique Martínez, que por entonces había celebrado una *interview* con el señor Moret en la que éste hizo pinitos de oposición.

sentación á decir que no *aceta* la *alcaidía* de Madrid aunque le *trespapelen*, porque no quiere perder el buen *conceuto*.

También han venido de la Fenicia, cuya capital es Lourizán, representantes del Kalifa de allí, pidiendo varios bajalatos de provincia y dos ó tres Direcciones generales.

Y hay quien dice que hasta el Mahdi Nocedal-el-Romea, ha venido desde *Integrópolis* á pedir su acta de Diputado para las elecciones próximas.

De donde no ha venido nadie todavía es de la *Mauritania*, cuya capital es Mazagán ó *Gamazán*, porque hay variedad en esto de colocar las sílabas; pero espera el profeta que, con pocas economías más que haga Abu-el-González, vendrán de seguro, y en todo caso, dicen que está dispuesto á ir como Mahoma á la montaña, si la montaña no viene al profeta.

Aparte de estos personajes principales que, ó no vienen, ó vienen, más que á adorar al profeta, á darle disgustos, entran todos los días en la Meka provisional muchas caravanas de poco pelo, que no traen dones, ni ofertas, ni nada más que la intención de llevarse alguna cosa.

La última que llegó esta mañana venía desde las orillas del Río Jaa, cerca del desierto de Kam-Erós. Formábanla cinco beduinos de la tribu de los progresistas, un matrimo-

nio y tres criaturas, y no pedían al profeta más que una plaza de jefe de negociado para el que lo era de la familia, y otra de auxiliar con 6.000 reales para el niño mayor, con más otra de peón caminero para el novio de la criada.

El Presidente, que es hombre muy amable, los recibió sin ceremonia, diciendo para sus adentros:

La libertad me revienta
desde tiempo inmemorial...
Pero la gente está en cuenta
de que yo soy liberal...

Mas como después de sonreirse con mucha amabilidad no les dió todos los destinos, los creyentes se retiraron muy descontentos del profeta y diciendo por lo bajo:

¡Alá te parta por el eje!

—¡Azí zea!—dijo Cánovas desde la huerta de su suegro.

SIMILIS CUM SIMILI.

(1880)

—

Los animales están en grande.

Son los niños mimados, por no decir los dueños, de la situación. Están como la nata sobre la leche.

A lo último de la calle de Embajadores, cerca de la Inclusa, que se está cayendo, se les construye para escuela de Veterinaria un palacio mucho mayor, diez veces más suntuoso y cien veces más caro que la facultad de Medicina.

Tienen en Madrid para ellos solos una *Sociedad protectora* que se halla lo menos á cien codos por encima de la *Sociedad protectora de los niños*; pues mientras en ésta la persona más visible es un administrador ó cosa así de una antigua sociedad de crédito, la protectora de los animales cuenta en su seno condes y marqueses como niebla. Todo lo más florido de la antigua aristocracia que como Esaú ha vendido sus glorias y sus privilegios y por una hartura de potaje liberal, todo lo

más granado de entre esa cáfila de personajes que por diversas artes, casi todas malas, han adquirido mucho dinero, un palacio y un título de Castilla.

Un caballo inglés de esos que corren, después de pasarse una vida regalada y muelle, con la ración segura y con una lujosa instalación que para sí propios envidiarían nueve de los dieciocho millones de españoles que hay en España, gana en un día de *carreras* más que un abogado en todo el año de Dios, y más que un jornalero en toda su vida. Se dirá que lo gana para su amo; pero la verdad es que todo queda en casa, y que si no lo ganara ni tuviera probabilidad de ganarlo, no se llevara tan buena vida.

Como si todo esto fuera poco, Víctor Hugo parece que acaba de dedicar á uno de los individuos más caracterizados de la clase, al asno, todo un poema, que, según dicen sus admiradores, es de lo mejor que ha echado de sí la imaginación del furioso corifeo de la impiedad, de mucho tiempo á esta parte.

«Víctor Hugo—dice un revistero—personifica en su asno, que se llama *Paciencia*, la ignorancia humilde y despreciada, y la compara con la insultante pedantería de los pretendidos sábios.» Es decir, que pone al asno por encima de los más sabios de los hombres.

Y como si todo esto aún no fuera bastante, publica la madrileña *Sociedad Protectora de*

Animales un *Boletín*, redactado, según en el mismo se dice, por todos los señores socios protectores, en colaboración, al parecer, con los protegidos, aunque éstos no firman por modestia, impreso con más lujo que ninguna revista científica.

Boletín en donde, á vuelta de mil desatinos de todas especies, que parecen plagiados verbigracia de *El Tiempo*, hay una de piropos á los animales, que, si éstos supieran leer y los leyeran, se ruborizaban de seguro.

Lo de menos es allí atribuir á los animales inteligencia como al hombre. Allí se llega á proclamar francamente la superioridad de la *inteligencia de los animales* comparada con la de las personas, lo cual, hablando aquí formalmente, es una barbaridad, áun cuando las personas sean de las que redactan el *Boletín de la Sociedad Protectora*.

Allí, en un artículo ó discurso titulado *Inteligencia de los animales domésticos*, después de haber referido lo que hace un pobre animalejo para salvar á sus hijos, el autor entusiasmado exclama: «Y bien, señores, ¿haría más, *ni tanto*, una persona? En circunstancias parecidas, la mayoría de las mujeres se arrojarían también al agua para salvar al hijo de sus entrañas; pero si tratándose del acto instintivo, no habían de mostrarse reacias al grito del amor maternal, lo probable es que salvas muy raras excepciones, les fal-

tase la serenidad indispensable para *discurrir* con acierto y acomodar sus operaciones ulteriores (precisamente las intelectuales) á las exigencias de tan apurada situación.»

En donde, como se ve, se concede que la mujer puede llegar en instinto, por ejemplo, á la perra, pero lo que es en *inteligencia*, de ningún modo.

Y más adelante, quejándose de que los animales no estén en la sociedad todo lo considerados que debieran, dice que si el hombre no cediese con deplorable frecuencia al estímulo de innobles pasiones, «además de cuidar bien á los animales domésticos, les dispensaría los *miramientos* que, por su preeminencia misma en la escala zoológica, debe á *seres inteligentes*, sensibles y dotados de *afecciones*, *como él*. Desgraciadamente y para su vergüenza está muy lejos de hacerlo así.»

Lo que es una vergüenza es que con tanta serenidad se publiquen tan enormes despropósitos; porque ha de saber este panegirista de los animales y todos los demás protectores que «las bestias no tienen entendimiento», proposición que se enseña en toda sana filosofía, y que si no es *de fe* en el sentido estricto de la frase, es quizá porque ningún Concilio ni ningún Papa creyó jamás que la estupidez liberal llegase á proclamar lo contrario; por lo demás, está expresamente contenida en la Sagrada Escritura, en el Salmo XXXI, que

dice: *Nollite fieri sicut equus et mulus,* QUIBUS NON EST INTELECTUS.

¡Pero váyanle ustedes con estas cosas á *El tiempo*, verbigracia, que á más de no saber latín, tampoco entiende el castellano!

Por eso suele oficiar también de órgano interino de la Sociedad Protectora de Animales.

Conocí yo á una señora afrancesada que solía llamar á los garbanzos *la cebada racional;* y como es posible que *El Tiempo* haya oído alguna vez la frasecilla, también puede ser que de ahí le venga por asociación de ideas, digámoslo así, su afición al garbanzo.

Mas sea de esto lo que quiera, lo cierto es que *El Tiempo* salió anoche encabezando su parte editorial *interior*, donde publica sus desahogos conservadores y todas las cosas que él tiene por más importantes, con un medio artículo en alabanza y honor de la Sociedad de animales protectora.

Comienza así:

«Bajo la presidencia del excelentísimo señor marqués de San Carlos, se reunió anoche la Junta general de la Sociedad Protectora de los Animales, asistiendo gran número de socios, entre los que se encontraban varias señoras.

El objeto principal de la reunión, era la elección de Presidente y renovación reglamentaria de varios cargos de la Junta directiva.

Terminado el escrutinio, resultaron elegidos: Presidente, el excelentísimo señor don José de Cárdenas.....»

Perfectamente. Aquí sí que sí, y no en la Dirección general de Instrucción pública, es donde el director de *El Tiempo* está en carácter. Lo abrumador es que, con el cargo de presidente de la Sociedad de animales protectora (permítase el hiperbaton), conserve el de jefe inmediato de la pública enseñanza.

Después, dice *El Tiempo* que se discutió la creación de centros infantiles, donde propagar las *ideas protectoras*, sin que dé cuenta de que se le ocurriera á alguno que esos centros podían ser las escuelas, sustituyendo las ideas protectoras en lugar del Catecismo.

Pero ya se les ocurrirá otro día.

Mientras tanto, otro periódico de la misma naturaleza que *El Tiempo*, nos da la noticia de que, entre los individuos de la Sociedad de animales... protectora, bulle la idea de solicitar autorización del Gobierno para usar una medalla como distintivo.

A la exhibición de esa medalla, si el Gobierno accede á todo lo que solicita la protectora sociedad, cualquier agente municipal ó de orden público, cualquier número de la Guardia civil, ó cualquier otro individuo de cualquiera de los institutos armados, tendrá obligación de ponerse incondicionalmente á las órdenes del que se la exhiba, para de-

fender á cualquier socio pasivo, es decir, á cualquier animal que sea maltratado por su dueño.

De modo que ¡buena la van á tener los carreteros, los cocheros y todos los que tienen que sufrir el mayor mal de los males, que es tratar con animales!

Como que áun sin estar en vigor todavía lo de la medalla, ya la emprenden los socios de la Protectora con cualquier infeliz mortal que falte al respecto á alguno de sus protegidos.

El día pasado presencié yo en la calle de la Libertad una escena curiosa.

Iba por dicha calle uno de esos jardineros ambulantes que venden *la planta de geráneo rosa* y *el tiesto de claveles dobles*, llevando del ramal un burro cargado de macetas.

El burro no cabestreaba bien, y, fuera por distracción ó fuera por cansancio, se paraba á cada momento, haciendo á su amo á lo mejor suspender el cántico melodioso con que pregonaba la mercancía.

Enfadado una vez el vendedor se puso detrás del burro y le sacudió media docena de palos en las ancas para espabilarle.

Inmediatamente comenzó á apostrofar al hombre con dureza un sietemesino muy elegante que volvía de tomar un billete para la exposición de pantorrillas del teatro de la Alhambra.

El hombre le contestaba que el burro era suyo y podía hacer con él lo que quisiera, sin que á nadie le importara un cuerno: el sietemesino insistía en sus apóstrofes cada vez más duros: en lo mejor de la reyerta pasó por allí una señorona en lujosa berlina con coronas de marqués en las portezuelas, y mandando parar al cochero, empezó también á ayudar al sietemesino y á reprender al hombre, amenazándole primero con dar parte al gobernador y después con llamar á un polizonte y llevarle á la cárcel.

Entonces acobardado el pobre vendedor de flores, dijo en tono amistoso á su pollino tirándole suavemente del cabestro:

—Vamos, anda, burro, anda; que no creí que tenías tan elevada parentela.

LAS CATÁSTROFES.

(1881)

—

Cuando en el gallinero generalmente bien poblado de una posada entra después de anochecido la cocinera á caza de algún pollo con que preparar la cena á un viajero que llegó á deshora, todo el gremio se alarma y cacarea un poco al ver la luz y al oir los graznidos lastimeros de la víctima; pero en cuanto la luz desaparece, y la víctima cierra el pico por virtud de una operación que llaman retorcer el pescuezo, se serena el cotarro alborotado, y todo bicho viviente, hasta el gallo inclusive, se vuelve á dormir, como si no hubiera cocineras en el mundo.

Lo mismo pasa en ese otro gallinero que modernamente les ha salido á los pueblos que se dicen civilizados, con el pomposo nombre de prensa periódica.

Se descarrila un tren, ó se chocan dos, ó se hunden tres casas ó treinta andamios, haciendo con operarios y moradores y viajeros sangrienta tortilla, y el gallinero de la publici-

dad se alborota un momento, chilla un rato, cacarea dos ó tres dias; mas en cuanto los muertos han sido enterrados, y á los heridos se les ha restañado la sangre, se vuelve á quedar en silencio, si no durmiendo, porque eso es menos liberal, picoteando los granillos que los responsables de tanto desperfecto le arrojan de cuando en cuando para que calle.

En casi todas esas grandes catástrofes cuyo sólo relato eriza los cabellos, aparece clara y evidente la culpa, y sin embargo nadie la paga.

El año pasado se hundió un puente de hierro en una carretera al ir á probarle, ocasionando al par que gravísimos perjuicios materiales, una docena de víctimas humanas. ¿Exigióse acaso la responsabilidad al contratista?

Todos los días se oye decir que se ha hundido un andamio y que han perecido tres ó cuatro obreros. ¿Se exige alguna vez la responsabilidad á los constructores?

Contrayéndonos á los ferrocarriles, por ser los descarrilamientos y choques de trenes las catástrofes que se repiten con más frecuencia, ¿qué medidas se toman para evitarlas? Ninguna absolutamente: lo que es medida eficaz, ninguna. La prensa de oposición chilla dos ó tres días, pidiendo responsabilidades; la prensa ministerial promete que el Gobierno ha de hacer y acontecer, y todo se olvida y todo se queda en hablado.

No hace muchos días que *La Correspondencia de España*, defensor nato de todo lo que no tiene defensa, trataba de apagar las quejas de otro periódico con estas ó parecidas palabras:

«Un periódico llama la atención del señor ministro de Fomento con objeto de que adopte las medidas más severas contra las Compañías de ferro-carriles, á fin de que se eviten los accidentes que todos los días se lamentan, de choques y descarrilamientos. Nuestro colega debe saber que hace muy poco tiempo se publicó una enérgica circular por la Dirección general de Obras públicas en aquel sentido, y tanto por el señor ministro de Fomento como por las mencionadas Compañías, se impone el correctivo de que se hace merecedor el funcionario que olvida el cumplimiento de su deber.»

Pamemas. «Lo cierto es, contestaba el periódico aludido, que menudean desgraciadamente los accidentes en las vías férreas, y hay que buscar y estirpar las causas de tan lamentables catástrofes.»

Y bien pudo añadir el periódico mencionado, que una de la razones más fuertes que tiene *La Correspondencia* para defender á las Compañías, es que sus redactores viajan gratis por donde quieren; aunque quizá no lo añadiría porque sus redactores viajen lo mismo.

Que se castiga al empleado que falta. ¿Y

es esto bastante? ¿Concluye ahí la responsabilidad de la Compañía? ¿Dónde están las indemnizaciones? Y si la catástrofe no acontece por culpa de ningún empleado, sino porque la Compañía emplea mal material móvil ó fijo, ¿á quién se castiga entonces?

Bien reciente está el choque ocurrido en la línea del Mediodía, ahí, á las puertas de Madrid; en esa catástrofe terrible tiene la Compañía dos culpas graves, una inmediata y otra mediata. La primera por anunciar la vía libre habiendo dado salida á un tren de mercancías poco antes; la segunda por no tener la vía en el estado que reclaman las necesidades del servicio; y si la primera puede ser de un empleado, la segunda es de la Compañía única y exclusivamente.

¿Cómo se quiere que por una vía sola se haga el servicio entre Madrid y Alcázar de San Juan, donde afluyen lo menos cuatro líneas generales? El número de trenes ascendentes y descendentes tiene que ser muy grande, los empleados tienen que tener una maravillosa confusión de trenes en la cabeza, y las catástrofes tienen que repetirse.

El servicio está pidiendo la segunda vía en ese trayecto; la explanación y las obras de fábrica están hechas para vía doble; no falta más que emplear un poco de madera y hierro. ¿Por qué no se obliga á la Compañía de Madrid á Zaragoza y Alicante, á tender la

segunda vía, siquiera en ese trayecto de Madrid á Alcázar?

Por una razón muy sencilla. Por la misma porque no se obliga á la Compañía del Norte á tender la segunda vía de Madrid á Villalba y de Medina del Campo á Venta de Baños, por la misma porque no se obliga aquí nunca á ninguna Compañía á nada, ni se la exige responsabilidad de nada.

Porque la inmoralidad, que tiende sus alas asquerosas sobre todos los servicios públicos en los pueblos gobernados á la moderna, está especialmente apoderada de todo lo concerniente á empresas de ferrocarriles.

Toda Compañía empieza por rodearse de una muralla de hombres políticos importantes, pertenecientes á todas las fracciones del liberalismo, muralla que, con el pudoroso nombre de Consejo de Administración, ha de librarla de los tiros de cualquier particular y defenderla contra toda reclamación, por justa y legítima que fuere.

Por este sistema, mande quien mande, la Compañía tiene siempre consejeros, es decir, copartícipes, empleados en el manejo de la cosa pública; y como ningún loco tira piedras é su tejado, la Compañía no tiene que temer nada. Mientras el cargo de consejero de un ferrocarril no inhabilite por diez años al que le ejerce para todo cargo público, no se hará entrar en rodera á las Compañías ni se mo-

ralizará el servicio, me decía un pobre liberal de buena fe al día siguiente del choque de Cerro-Negro.

Y tenía razón.

NI TANTO NI TAN CALVO...

¿Pescará?

No lo sé.

Yo he visto de niño á los pescadores poner anzuelos á los peces, y he visto, ya de hombre, á los editores y empresarios poner anzuelos al público.

Pero siempre los he visto poner disimulados.

Ahora los pescadores creo que siguen poniéndolos como antes; pero los empresarios y editores parece que han simplificado el sistema, y sin molestarse como aquéllos en remedar con plumas y sedas de colores alas y cuerpos de mosquitos, presentan el anzuelo desnudo.

Sin duda por haber llegado á formarse mucho más baja idea del talento de los peces... urbanos.

Lo digo porque acabo de ver el anzuelo que un apreciabilísimo periódico de la noche tiende al público de Madrid para llevarle á ver el estreno de una novela del Sr. Pérez Galdós,

que se va á representar en el teatro de la Comedia.

Y... francamente, eso ya no es echar un anzuelo; es echar el alto... ó pedir limosna.

Vean ustedes el artefacto:

«Aunque *todo el mundo ha leído* la novela de Pérez Galdós que lleva este título *(Realidad)*, y todos conocen, por tanto, el argumento del drama que *será estrenado* dentro de pocos días.....»

Bueno. En primer lugar eso es una exageración. No todo el mundo ha leído la novela. Por el contrario, creo que la leyó muy poca gente. Y recuerdo que los críticos amigos del autor, para explicar aquella indiferencia del público, sin confesar que la novela era, como ahora se dice, una *lata*, dijeron que no podía apreciarse el mérito de *Realidad* sin leer al mismo tiempo *La Incógnita*, de la cual era continuación, no precisamente á lo largo, sino á lo ancho; que las dos novelas se completaban paralelamente... con otras cuantas vaguedades de esas que los escritores de ingenio inventan cuando no tienen razón y defienden mala causa.

Quedamos, pues, en que no todo el mundo ha leído la novela; y si no, aquí me tienen ustedes á mí que, formando parte del mundo, tengo el gusto de no haberla leído... Vamos, de no haber leído de ella más que el capítulo que publicó un periódico para muestra.

Y como aquel capítulo, que diz que va á ser una importante escena del drama, era precisamente un coloquio entre una ramera y un perdulario, coloquio que, por otro lado, no tenía nada de notable más que lo inverecundo de la cosa, no me tomé el trabajo de leer el libro.

¿Para qué le había de leer?

Leí por sorpresa la *Cristiana*... falsificada de doña Emilia Pardo Bazán, donde hay otra escena parecida, la de aquel *tío* que dice á un sobrino estudiante en un día de satis: *Ven, que te llevaré á ver género fino*; y le lleva á casa de unas amigas suyas... y de todos. Desde entonces, ya sé lo que se puede encontrar en ciertos libros, y no los leo; porque ciertas desnudeces, leídas una vez (y mejor es no leerlas ninguna), ya después no ofrecen novedad: siempre son lo mismo.

Esas cosas podrán agradar á los que tienen gusto extravagante ó no tienen gusto; á los que, como la misma doña Emilia, elogian las novelas de Polo y Peyrolón (agua de borrajas), y las de Tolstoi (guindilla extremeña); pero á los que, gracias á Dios, conservamos idea de lo bello, y regular gusto artístico y cristiano, no nos agradan.

Volviendo al anzuelo, fíjense ustedes:

«*Acto primero.*—Por esta razón (por la necesidad de suprimir personajes) en el primer acto aparecen sólo en la comedia *(hace poco*

era drama) Cornelio Malibrán (Balaguer), Villalonga, (Montenegro), Aguado, *el Catón ultramarino* (Calle), Manolo Infante (García Ortega), el simpático Diputado, primo de Augusta, y por último, Federico Viera (Thuiller), único adorador de aquélla que logra ser correspondido».

¿Conque *sólo* aparecen esos?—dirán ustedes.—¡Pues si llegan á aparecer los otros!.....

Después de decirnos que el despacho de Orozco tiene varias puertas, añade:

«Las siete primeras escenas de la novela han quedado reducidas á pocas palabras, *sin que por ello hayan desaparecido los detalles de fina observación* (ya pareció la *observación*) que se admiran en ella, ni el encanto de aquella tertulia tan verdad».....

¡Cosa más rara! Desaparecen en el drama las primeras escenas de la novela y no desaparecen sus detalles... Ni siquiera «el encanto de aquella tertulia tan verdad en la que todo se habla y todo se comenta *con la gracia y ligereza que pueden observarse en los salones distinguidos de la corte*».

Este último toque del reclamo se dirige á la curiosidad de las señoras. ¿Iran éstas á ver el drama? Si han leído la novela, ó leen el reclamo, no van, de seguro.

Y continúa:

«La rápida escena entre Augusta y Federico Viera, su amante, aparece en la comedia

sin grandes alteraciones (¡bien hecho!) y otro tanto ocurre con la de Augusta y Orozco, su marido».....

Pero ahora viene lo mejor: atiendan ustedes:

«En este acto vestirá la señorita Guerrero un precioso traje de recepción de color oscuro y *cuerpo algo abierto*, confeccionado, lo mismo que los demás que ha de lucir en la obra, por el *modisto* Besançon».

Esto me parece que ya es el colmo del reclamo.

¿Se puede echar más descubierto el anzuelo?

¿Qué fe tendrá el que haya compuesto el aparato piscatorio, qué fe tendrá en la bondad artística de la obra, cuando cree necesario anunciar que una actriz, ya de suyo hermosa, saldrá bien vestida y un poco escotada?

Si Ayala y Eguilaz levantaran la cabeza; si aquellos autores que llenos de buena fe se propusieran hacer del teatro escuela de costumbres, volvieran al mundo y leyeran estos carteles y vieran que el mérito de las obras dramáticas se hace consistir en dar ocasión á que un *modisto* anuncie sus *confecciones*... ¿qué dirían?.....

«*Acto segundo.* — Al levantarse el telón aparece un lujoso gabinete en casa de la Peri (señorita Martínez), que vestirá una lujosa bata encarnada con adornos negros».....

No se dice de qué modisto, pero se añade:

«Han sido suprimidas todas las escenas en casa de Viera, limitándose el autor á escribir una nueva escena en casa de la Peri, en la que aquél cuenta á Infante lo ocurrido con su hermana, que se ha fugado con Santanita».

«Queda sin grandes alteraciones la escena entre Federico Viera y la Peri, en que aquél acepta, en vista de su situación apurada, el socorro que la última le proporciona»...

«Cae el telón por breves minutos, y al levantarse de nuevo aparece una habitación amueblada con descuído... Es en la que celebran sus entrevistas Augusta y Federico Viera»...

¡Dios mío! ¿Pero estará uno soñando?... La Peri... la casa de la Peri... escena entre Federico y la Peri... la casa en que celebran sus entrevistas Augusta (una mujer casada) y Federico Viera... escena entre «esta mujer extraordinaria que *detesta la regularidad en la vida*»... ¿Estará uno soñando ó es verdad que todo esto se anuncia al público para que vaya á verlo?

«*Acto cuarto.*—Las principales escenas de este acto son entre la Peri y Federico (*por variar*), entre éste y Manolo Infante, quien le refiere lo contado en el Casino por Malibrán; es decir, sus relaciones con Augusta... *Viera confiesa todo á Infante*»...

Así, en correcto francés, para que la literatura del reclamo esté á la altura del objeto.

«Viera confiesa todo á Infante: sus relaciones con Augusta, su desesperada situación...

»También son importantísimas en este acto la escena entre Orozco y Viera... y la escena con Augusta, la más dramática de la novela, que termina con la muerte de Federico».

Acto quinto.—Concluye el drama lo mismo que la novela, con un monólogo de Orozco, en el que se revela la grandeza de alma de este hombre extraordinario (¿por su *conformidad?*), creación hermosísima... etc.

«Durante este monólogo (sigue el anzuelo) aparece, como en la novela, la imagen de Federico Viera. ¿Hablará como en ella, ó se limitará á aparecer ante Orozco? No podemos aún decirlo, por la sencilla razón de que lo ignoramos».

Esto no puede ser verdad. El que ha compuesto ese reclamo y sabe hasta los trajes que van á sacar las actrices y quién los ha hecho, no puede ignorar si hablará un personaje.

Lo que hay es que ha querido dejar al público en la curiosidad de si hablará ó no, para que vaya á verlo.

Ahora, que al público se me figura á mí que no le ha de importar gran cosa que la figura hable ó no hable.

Después de haber visto que hablan ciertos personajes políticos...

Ultimo golpe:

«Sabemos únicamente que se ha encargado de producir la sombra, por el mismo procedimiento que emplea para las transformaciones de *Dafne*, el señor Aycardi.»

Lo cual es un aliciente como otro cualquiera.

Tal es el anzuelo presentado al público.

¿Pescará, como dije al principio? (1).

No lo sé, vuelvo á decir ahora. Pero, pesque ó no pesque, el tal anzuelo da muy triste idea de lo que ha llegado á ser entre nosotros el arte.

Pase que se recomienden las obras; pero... ni tanto ni tan calvo...

---

(1) No pescó gran cosa. La obra, además de ser inmoral, resultó aburridora en extremo. Así lo dijeron con bastante claridad *El Liberal*, *El País* y algunos otros periódicos que no quisieron engañar á sus lectores, sino manifestarles la verdad honradamente. Por eso, á pesar de las mentiras de otros críticos y *críticas* empeñados en salvar la obra, á la tercera noche estaba ya el teatro casi desierto. Gracias á Dios, todavía no hay mucha gente que quiera ir al teatro á enterarse de cómo hablan las rameras con los perdularios, ni á oir que el suicidio es un signo de grandeza moral y otras enormidades por el estilo.

LOS DESCUBRIDORES.

Los hay de dos clases.

Unos descubrieron continentes ó islas, y otros descubren las faltas de los que descubrieron las islas y los continentes.

Aun dentro de esta segunda clase, la variedad de aficiones anda cerca de ser infinita.

Á unos les da, como digo, por descubrir faltas de conducta ó deficiencias de entendimiento en los personajes que estaban disfrutando pacíficamente la admiración, el respeto y la gratitud del mundo.

Á otros les da por quitar á este ó á aquel autor la paternidad de sus obras.

El más circunspecto no se contenta con menos que con negar media docena de tradiciones universalmente recibidas.

El que no lo es tanto, niega la existencia de cualquier personaje histórico que le estorbe para sus fines particulares.

Mas á pesar de lo variado de las aficiones, todos tienen una característica común: la modestia.

Una modestia especial que á cualquiera de ellos le lleva á creer de buena fe que, antes de que él viniera al mundo, nadie conoció nada, ni nadie entendió nada, ni nadie supo nada de provecho.

Tienen la aspiración constante y la ocupación ordinaria de reformar, de innovar y de deshacer las cosas; pero es porque creen firmemente que están mal hechas.

Son una especie de nihilistas literarios de buena intención, sin explosiones... Vamos, sin más explosiones que las del entusiasmo con que mútuamente se aplauden y se animan.

Á raiz de uno de sus portentosos descubrimientos, la generalidad de la gente se queda perpleja y asustada, como diciendo: ¡Si será verdad!

Porque, bien mirado, ¿qué interés habían de tener en decirlo si no lo fuera?...

Pero luego, más tarde ó más temprano, suele venir la reacción; es decir, el contradescubrimiento. Porque nunca falta un hombre estudioso y sin pasiones de secta que se dedique á poner en claro el asunto y dé al traste con las invenciones.

No por eso el descubridor se desanima; eso no. El verdadero descubridor, el descubridor genuino, de raza, si le cogen en una, inventa otra; y como él se proponga probar algo, lo prueba... á su modo... ¡Vaya si lo prueba!

También hay descubridores de segunda impresión, que se dedican á descubrir los descubrimientos de los demás.

Estos tienen de malo, ó si se quiere de peor, que les suelen llegar las noticias con retraso notable.

Hace poco andaba un periódico librepensador descubriendo entre nosotros los descubrimientos de los enciclopedistas franceses contra la Santa Biblia, cosa de medio siglo después de haberse hecho los contradescubrimientos correspondientes y de haberse probado que los descubrimientos antibíblicos de los filósofos del siglo pasado fueron pura pamema.

Así, por ejemplo, el profeta Isaías habla de un Rey asirio llamado Sargón, del cual no se hallaba noticia alguna en la historia profana.

Los enemigos de la Biblia descubrieron que el tal Sargón no había existido, que era una de tantas mentiras de los libros sagrados.

Mas hoy todos los asiriólogos conocen una colección de documentos cuneiformes llamada *Fastos de Sargón*, porque este poderoso Monarca, como si hubiera presentido la ligereza de los *descubridores*, tuvo cuidado de hacer escribir su historia en piedra.

Un apreciable catedrático de nuestra Universidad central descubrió hace ocho años en

un discurso de apertura la existencia de otro Adán... negro.

Pero no fué esta la más negra; sino que, puesto á descubrir, descubrió también que Asurbanipal (Sardanápalo) era un *mito* bíblico, y esto muchos años después de haber escrito Smith la *Historia de Asurbanipal*, con todos sus pelos y señales.

Y descubrió asimismo que Sesostris, ó sea Ramsés II, el Faraón que oprimió á los hebreos, no es más que una *personificación*...

Este apreciable catedrático, que también llama *pretendido* al diluvio, me hace el efecto de una lugareña bien acomodada que, antojándosela venir á Madrid en la primavera próxima y queriendo venir vestida de señorita, tropezará por casualidad con un figurín de *La Moda de Cádiz* del año de la guerra de Africa, y poniéndose, con sujeción al figurín, un miriñaque enorme, se presentará con él en el paseo del Retiro.

¡Vamos, que descubrir hoy día que ha sido un *mito* Sardanápalo!

¡Y descubrir que no ha sido más que una *personificación* Sesostris... cuando se sabe hasta la razón de haberle llamado así los griegos!...

Porque, efectivamente, un amigo mío acaba de descubrir que los griegos llamaron Sesostris á Ramsés II porque todos los días se desayunaba con seis ostras.

Un francés (porque también hay descubridores en Francia) descubrió un día que el libro de la *Imitación de Cristo* no era del venerable Tomás de Kempis, sino del Canciller Juan Gersón. El descubrimiento hizo fortuna entre los franceses, y por muchos años pasó allá como cosa corriente que el venerable Tomás de Kempis no había sido más que un mero copista... Sin reparar en que dejó escritos otros varios opúsculos del mismo estilo.

Otro descubridor italiano, por no ser menos, descubrió que el devoto libro tampoco era de Juan Gersón, ni había sido escrito en Francia, sino en Italia, por un abad llamado Gersenio...

Poco después se descubrió y se demostró que el abad Gersenio no ha existido, y que Gersón, aunque existió, no pudo escribir el libro. De modo, que hoy todas las personas de juicio han vuelto á creer que el precioso libro de la *Imitación de Cristo* es del venerable Tomás de Kempis.

Por mucho tiempo se creyó (y yo lo creo todovía) que Rioja era el autor de la canción á *Las ruinas de Itálica* y de la *Epístola moral* que llevaba su nombre.

Los descubridores han querido despojarle de ambas obras.

¿Con qué fundamento?

Con cualquiera; con el de encontrar, por

ejemplo, una copia de la *Epístola moral* suscrita por Fernández de Andrada, como podía estar suscrita por Fernández Villaverde.

—¿No le parece á usted—me decía poco hace, á este propósito, mi ilustre amigo don Ramón de Campoamor—no le parece á usted que, á pesar de todo lo que dicen, es realmente de Rioja la *Epístola moral*?

—Tanto me lo parece—le contesté—como que encuentro imposible que la *Epístola moral* no sea del mismo autor de la silva á *La rosa*.

Si la raza de los descubridores no se acaba, tengo por seguro que dentro de dos siglos ó tres saldrá uno descubriendo que la *Divina comedia* no es del Dante, sino de José María Carulla, porque habrá encontrado una carta de Pepito al Obispo de Segorbe, diciéndole:

«Ahí le envío á su ilustrísima un ejemplar de mi *Divina comedia* (así diz que llama Pepe á su endiablada traducción de la gran trilogía), para que su ilustrísima se digne manifestarme si es de su agrado.»

Con motivo del Centenario de Colón, se están descubriendo cosas peregrinas.

El que era tenido por un ser vulgar y muy poco diferente de un mentecato, resulta á lo mejor un prodigio de sabiduría.

Quien pasaba por cumplido caballero y casi por santo, aparece *descubierto* como verdadero diablo en carne humana.

Y todavía no lo hemos visto todo.

Porque muy pocos meses faltan para que llegue el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo; pero ó mucho me equivoco, ó no han de pasar esos pocos meses sin que se descubra que Colón no ha existido.

Es decir, que es otro *mito* como Sardanápalo.

Hace pocos días fuí yo á ver á un descubridor amigo particular mío, bastante sabio y enfermo de diabetes.

—¿Qué trabaja usted?—le dije.

—Aquí estoy concluyendo—me contestó—una conferencia que tengo que leer en la Academia de los Chismes, para probar que no existió Fernando VII.

—¡Hombre! atrevidilla me parece la cosa.

—Pues lo tengo perfectamente probado.

—Y, ¿cómo explica usted, entonces, el verso aquel que dice:

Cuando Fernando Sétimo
Gastaba paletó.....?

—¡Ay, amigo! tenía previsto ese argumento, y resuelto de una manera satisfatoria.

—¿A ver, á ver?

—Sí, señor. Ha de saber usted, que ese Fernando no era Fernando VII. El Fernando de que habla la copla era un Fernando cualquiera que *se timaba* con la vecina de enfrente; y por eso la copla en su lección genuina, dice:

Cuando Fernando *se timó*
Gastaba paletó.

Esta es la versión verdadera, tal como se ha encontrado entre las cartas de una criada de un jefe de alabarderos, la cual tuvo un novio asistente y después se tiró por el Viaducto.

LA HIDRA.

No se trata del Gobierno-conjunción que disfrutamos, ó viceversa.

No, en verdad... Y no es que no tenga el tal Gobierno puntos de semejanza con la fabulosa serpiente, como, por ejemplo, el estar aniquilando al país y el tener nueve Ministros, ó dígase nueve cabezas, que son las que algunos autores atribuyen á la hidra, por más que la general opinión no la concede más que siete... Pero no se trata del Gobierno.

Tampoco se trata del partido conservador liberal, y eso que también tiene algunas propiedades comunes con el enorme reptil del Peloponeso; verbigracia, la voracidad, la afición á vivir en el charco y la facilidad con que le nacen cabezas, como Silvela, Romero, Martínez Campos, Pidal, Elduayen, ecétera, no ya cuando se le corta una, como á la hidra, sino en cuanto se piensa en la mera posibilidad de cortársela; es decir, de jubilar al señor Cánovas del Castillo.

No; la hidra, la verdadera hidra que causa hoy en nuestra Península é islas adyacentes iguales ó mayores estragos que los que causaba la otra en Lerna y sus contornos, no es el Gobierno ni es el partido conservador.

La hidra es el Banco de España.

Al Banco es á quien convienen con maravillosa exactitud, no una ni dos propiedades de las del horrible monstruo mitológico, sino todas absolutamente.

¿Recuerdan ustedes que la hidra de Lerna asolaba la comarca, destruía los frutos del campo, destrozaba los rebaños y no dejaba vivir á nadie?

Pues díganme ustedes á quién deja vivir el Banco, á no ser, si acaso, al Ministro de Hacienda, y en qué estado tenemos los cambios y el crédito del país, especialmente desde la malhadada ley votada en Julio.

¿Recuerdan ustedes que á la hidra de Lerna, en cuanto se la cortaba una cabeza, la nacía otra, si no la nacían otras varias?

Pues traten ustedes de cercenarle al Banco un privilegio, y le naceran en seguida siete sucursales.

¿Recuerdan ustedes que para deshacerse de la hidra y librar de ella al país, tuvo Hércules que emprender uno de sus doce famosos trabajos, avanzar hasta el pantano en su carro guiado por Iolas, acometer al monstruo, machacarle las cabezas con su maza, y, ayudado

eficazmente por Minerva, cortárselas con una hoz de oro?...

¡Ay! Pues el pobre pueblo español sufre hace tiempo los trabajos de Hércules, pero con menos próspera fortuna; y no llegará, crean ustedes que no llegará, á deshacerse de su hidra, porque ni le queda ya oro para hacer la hoz, ni hay diosa que le ayude.

Por analogía con la célebre hidra de Lerna, hija de Tifón y de Equidna, según unos, y según otros de Styx y del gigante Palás (tampoco se sabe de quién es hijo el Banco), los naturalistas han llamado hidras á cierto género de pólipos de agua dulce.

¡Y qué semejanzas no se descubren entre estas hidras y los establecimientos de crédito!

Estas hidras tienen varios tentáculos, creo que son siete, destinados á proveerse de alimento.

¡Ah! Y se alimentan, por supuesto, de seres vivos.

Fuera de los siete tentáculos, ó digamos siete bocas, todo su organismo se reduce á un saco provisto de un orificio; vamos, á un estómago.

Allí no hay más órganos que el estómago, ni más funciones vitales que la digestión; pero una digestión admirable.

Según las experiencias de algunos naturalistas, á estas hidras, aunque procedan de agua cenagosa, las gusta exhibirse.

Poniendo una en un vaso, se adhiere á una de las paredes, y colocando luego el vaso de modo que la mitad de él esté iluminada y la otra mitad (donde está la hidra) quede á oscuras, la hidra se traslada poco á poco al lado de la luz, como quien se muda de las lobregueces de la calle de Atocha á los esplendores del Prado.

Por lo demás, las hidras no se mueven nunca más que por comer y para comer.

Sobre la poderosa facultad digestiva del Banco, digo, de la hidra de agua dulce, ha hecho un naturalista, creo que Trembley, una experiencia sumamente curiosa.

Ha cogido hidras y las ha dado la vuelta como á un saco, dejándolas la piel exterior para adentro, sirviendo de estómago, y las paredes del estómago para afuera, sirviendo de piel exterior, y ha visto que las hidras viven y digieren lo mismo.

De modo que se conoce que la piel exterior es en ellas continuación del tubo digestivo; es decir, que estos animalitos son estómago por todas partes.

Hubo hidra que, á los dos días de haberla dado la vuelta, ya comió un gusano y le digirió perfectamente.

Después de haber vivido así una temporada, con lo de afuera para adentro, Trembley la dió otra vez la vuelta, y la hidra siguió viviendo tan campante.

A este propósito, yo que leo algunas veces los análisis que de los balances del Banco suele hacer *El Correo*, también recuerdo haber leído en uno de ellos que el gran establecimiento pasó una vez al *Activo* una partida que hasta entonces venía figurando en el *Pasivo*, y siguió viviendo como si tal cosa...

Pero todavía falta la prueba mayor de semejanza, y áun pudiera decirse de identidad, entre la hidra y el Banco.

El Banco y la hidra no se asemejan solamente en sus tendencias y aficiones; coinciden hasta en la forma, hasta en las condiciones más características de su ser material.

¿Habrá sido una genialidad del arquitecto? ¿Será una burla sublime de lo Alto, conforme á aquello del Real profeta: *Qui habitat in cœlis irridebit eos?...*

Yo no lo sé, pero el hecho es patente. Vengan ustedes conmigo y lo verán por sus propios ojos.

No nos detengamos á contemplar el exterior del edificio, lujoso; brutalmente lujoso, pero algo feo, adornado con ese mal gusto con que se adorna una mujer enriquecida de repente.

Entremos, subamos y... ya hemos llegado á un departamento anchuroso, el de *cuentas corrientes*, que tiene una valla de madera fina.

Ahí, detrás de esa valla, vive el Banco.

Esa valla tiene ocho agujeros, ocho ventanillas..... Contémoslas bien; son ocho.

Las ventanillas tienen encima unos letreros que dicen: *Ingresos, ingresos, ingresos, ingresos, ingresos...*

Una sola dice: *Pagos...*

¿Lo ven ustedes?

Siete agujeros para engullir y uno sólo para devolver..... Siete bocas..... Siete cabezas...

¡La hidra! ¡La hidra!

LA NIEVE Y LOS CONSERVADORES.

Madrid 27 de Diciembre.

Esta mañana hemos amanecido llenos de nieve. Y de conservadores.

Es verdad que esto último no es de hoy sólo; porque los conservadores nos tienen ya, desde hace más de un año, llenos hasta arriba.

Por lo demás, la nieve y los conservadores tienen sus semejanzas y sus diferencias.

Por ejemplo: la nieve es fría.

Y los conservadores también.

No tienen calor más que para sí mismos y para los mestizos, sus ahijados; y esto porque unos y otros se arriman siempre al sol que más calienta.

Para todo lo demás son los conservadores el mismo hielo.

Para la Iglesia....

Para la patria.....

La nieve cae de arriba; y en esto no es como los conservadores, que suben al poder

desde abajo, desde lo ínfimo, como por tramoya de teatro, ó por corazonada.

La nieve, aquí especialmente en las calles de Madrid, es muy fastidiosa, porque no deja andar á la gente.

Y lo mismo hacen los conservadores en las calles y en los campos y en todo lugar, son una traba para todo.

Para todo lo bueno, se entiende.

Porque si se trata de la propaganda del mal, de dar libertad á la prensa impía y aun á la pornográfica, entonces los conservadores se acuerdan de que son liberales... y... ancha Castilla.

La nieve corona las montañas.

Y los conservadores, también coronanho y todos los altos puestos de la nación, para la cual vienen á ser una corona de espinas: una ignominia, vamos.

La nieve es muy hermosa: lo contrario de los conservadores que suelen ser bastante feos.

Pero la nieve, aunque es hermosa, mientras dura sobre la tierra, impide la vegetación.

Lo mismo que hacen, aunque feos, los conservadores, que impiden, mientras mandan, la prosperidad de la religión, y el desarrollo de la agricultura, de la industria y del comercio, sin permitir que nada fructifique.

La nieve es símbolo de la inocencia y de la pureza.

Y los conservodores, sobre que no son inocentes, vienen á ser, aun entre los demás liberales, que todos son malos, el símbolo de la impureza administrativa.

La nieve cuando se deshace, sirve de tempero á la tierra, y la deja en condiciones de ser más fecunda; y en esto también la parecen un poco los conservadores, que sólo son beneficiosos para el país cuando se marchan.

De la nieve hay un cantar que dice:

La nieve por tu cara
Pasó diciendo:
Como aquí no hago falta,
No me detengo.

Que es lo contrario de lo que hacen los conservadores: por lo mismo que no hacen falta, se detienen en el poder todo lo posible.

La nieve es una bendición del cielo.

Y en cambio los conservadores son un castigo que Dios suele enviar á los pueblos en forma de gobierno, cuando no halla otro peor. *Quia non inveni pejorem.*

Por último, á la nieve se la barre de las aceras, para que no dificulte el paso.

Que es lo que, al fin, habrá que hacer con los conservadores; barrerlos.

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas
No más sietemesinos	5
¡La Correspondencia!	15
Los fusionistas y los pavos	25
Modus vivendi	33
¡Para que veas!	41
Reflexiones sobre un telegrama	47
Política del santo	53
Las nuevas ochentinas	59
Remedios heroicos	65
Impresiones	73
De tal palo, tal astilla	83
Fra-diabolo	105
Frío extra-oficial	113
Ignorancias neas	119
Un cuarto á espadas	124
Un libro soso	143
Gimnasia política	159
Buñuelos literarios	167
Cánovas	175
Lo del ascua y la sardina	183
Rebajas	191
Los conciertos dominicales	199
La Meca... chist	205
Similis cum simili	213
Las catástrofes	221
Ni tanto ni tan calvo	227
Los descubridores	235
La hidra	243
La nieve y los conservadores	249

PROTESTA

Si alguna cosa apareciera en este libro contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

El Autor.

Se acabó de imprimir
este libro en Madrid
en casa de J. Cruzado
el 14 de Mayo
de 1892.

CAT- 29/07
52

VALBUENA

AGRIDULCE

G 42148